



FUGAS DE TINTA 12


CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 12

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL



“LIBERTAD BAJO PALABRA”
UN PROGRAMA DE RELATA



FUGAS DE TINTA 12

CUENTOS, RELATOS
Y POEMAS
ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

2019

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA



FUGAS DE TINTA 12

CUENTOS, RELATOS Y POEMAS ESCRITOS DESDE LA CÁRCEL

RELATA, RED DE ESCRITURA CREATIVA 2019

MINISTRA DE CULTURA
Carmen Inés Vásquez Camacho

VICEMINISTRO DE LA CREATIVIDAD
Y ECONOMÍA NARANJA
Felipe Buitrago Restrepo

SECRETARÍA GENERAL
Claudia Isabel Victoria Niño Izquierdo

DIRECTORA DE ARTES
Amalia de Pombo Espeche

COORDINADORA DEL GRUPO
DE LITERATURA Y LIBRO
María Orlanda Aristizábal Betancurt

ASESORES DEL GRUPO DE
LITERATURA Y LIBRO
Vanessa Morales Rodríguez
Daniela Mercado Pineda
Ángela Amarillo Castro
Ana Ximena Oliveros González

COORDINADOR DE LIBERTAD BAJO PALABRA
José Zuleta Ortiz

EDITOR
Cristian Valencia Hurtado

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN
Asís Felicia

Corrección de estilo
Elkin Rivera Gómez

MINISTRA DE JUSTICIA Y DEL DERECHO
Margarita Cabello Blanco

DIRECTOR GENERAL DEL INPEC (E)
Coronel Manuel Armando Quintero

DIRECTORA DE ATENCIÓN Y TRATAMIENTO
Roselín Martínez Rosales

SUBDIRECTORA DE EDUCACIÓN (E)
Licenciada Ingrid Paola González Reyes

TEXTOS LOGRADOS EN LOS TALLERES DE
ESCRITURA CREATIVA DEL AÑO 2019

- © Ministerio de Cultura,
República de Colombia
- © RELATA, red de Escritura Creativa
Programa *Libertad bajo Palabra*
- © Derechos reservados para los autores

Material impreso de distribución gratuita
con fines didácticos y culturales. Queda
estrictamente prohibida su reproducción
total o parcial con ánimo de lucro, por
cualquier sistema o método electrónico,
sin la autorización expresa para ello.

Primera edición, noviembre 2019
ISBN 978-958-753-344-6



ÍNDICE



PRESENTACIÓN	15
Crisitan Valencia Hurtado	
Editor	
AMAZONAS	19
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE LETICIA	
VÍCTOR ANDRÉS LEÓN CASTIBLANCO ~ DIRECTOR DE TALLER	
HAY TIEMPO PARA TODO	21
H8 (seudónimo)	
HISTORIA DE LOS DUEÑOS DEL MONTE	25
Jaime Arturo Shuña	
LOS MICOS NARIMBO Y LOS MAJÚ	29
Modesto Vanegas	
UN SECRETO DE MI VIDA	33
K.S.B. (seudónimo)	
YO ME ACUERDO COMO EN UN SUEÑO	37
Juan Carlos García	
ANTIOQUIA	41
CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO	
ANDRÉS DELGADO PEÑA ~ DIRECTOR DE TALLER	
CRÓNICAS DE CELDA	43
Fio (seudónimo)	
EL MANUAL DE LOS PERJUICIOS	47
Káiser (seudónimo)	

EL CHAMPÚ Jeison Pearson	49
TOMANDO CAFÉ CON DÉBORA Carlos A. García	51
ANTIOQUIA COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE MEDELLÍN - PEDREGAL - MUJERES JOSÉ RAFAEL AGUIRRE SEPÚLVEDA ~ DIRECTOR DE TALLER	53
ALLÁ EN MI CASA FINCA Gladyz Amparo Valencia Estrada	55
AUTORRETRATO EN NEGATIVO Hellem Guisette Giraldo Montilla	57
EL MILAGRO DE ALICIA Paula Andrea Larrea Cortés	59
LA SOMBRA Luz Miriam Marín Hernández	63
MI AMIGA INSEPARABLE Beatriz Castaño Díaz	65
ARAUCA ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE ARAUCA NELSON PÉREZ MEDINA ~ DIRECTOR DE TALLER	67
AMORES CARCELEROS Danny Yelitza Calderón Blanco	69
COMO UNA LUNA Pierina Vargas	73
DÍA VIERNES Wilmayerlín Pérez	77
ATLÁNTICO CÁRCEL MODELO DE BARRANQUILLA ANTONIO SILVERA ARENAS ~ DIRECTOR DE TALLER	81

ENFERMO EN VILLA MOSQUITO	83
Jorge Luis Pérez Álvarez	
SOLEDAD Y YO	87
Luis Vásquez	
BOGOTÁ, D.C.	89
RECLUSIÓN DE MUJERES DE BOGOTÁ - EL BUEN PASTOR	
CRISTIAN VALENCIA HURTADO ~ DIRECTOR DE TALLER	
COPLAS EL BUEN PASTOR	91
Nataly Gisell Monroy Velandia	
EL CLUB DE LOS OLVIDADOS	95
Amy (seudónimo)	
EL MAYOR DOLOR DE NO VERTE	99
Fanny Ospina C	
LA CULTURA DE LA CALLE	101
Ángela Patricia Fernández	
¿POR QUÉ A MÍ?	107
Yinneth Paola Betancourt	
BOLÍVAR	113
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CARTAGENA	
LA TERNERA	
DAVID LARA RAMOS ~ DIRECTOR DE TALLER	
LAS BUENAS INTENCIONES	115
Rogelio Peña García	
LA CURA	119
Jonathan Zuluaga Payares	
EL MISTERIO DE UN ENTIERRO	123
Rogelio Peña García	
MI AMIGO Y YO	125
Manuel Atencio	

BOLÍVAR	127
CÁRCEL MUNICIPAL DE MUJERES	
CENTRO HISTÓRICO	
DAVID LARA RAMOS ~ DIRECTOR DE TALLER	
EFFECTO O CAUSA DESDE UNA ÓPTICA POPULAR	129
Cersa Cecilia Colón Polo	
EL AMIGO DEL BOSQUE	133
Keynys Orimar Lunar	
EN MI VENTANA	135
Luna Jiménez	
RECLUSA, SAN DIEGO, UNA REALIDAD	137
Cersa Cecilia Colón Polo	
BOYACÁ	141
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE SOGAMOSO	
CAMILO IGUA TORRES ~ DIRECTOR DE TALLER	
ELEMENTAL	143
Anfiloquia (seudónimo)	
LA BATALLA DEL PUENTE DE BOYACÁ	145
NAPS (seudónimo)	
UN DÍA EN LA CÁRCEL	149
Aztrit Serrano	
UNA LUZ GUÍA EN MEDIO DE LA OSCURIDAD	151
Daga (seudónimo)	
CALDAS	155
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE MANIZALES	
NICOLÁS DUQUE ~ DIRECTOR DE TALLER	
CAMINA SOLO	157
Juan Camilo Morales Calderón	

EL INICIO DEL HORROR	161
Jorge Luis Muñoz Parra	
EL TIEMPO QUE NO REGRESARÁ	165
Juan Camilo Toro Giraldo	
LA FAMOSA BANDA DEL PUEBLO	169
Juan Esteban Hernández	
CAUCA	175
RECLUSIÓN DE MUJERES LA MAGDALENA DE POPAYÁN	
PAOLA MARTÍNEZ ACOSTA ~ DIRECTORA DE TALLER	
AL BORDE DE MI PROPIO ABISMO	177
Oneida Díaz	
AQUEL 27 DE MARZO	183
Ángel Rebelde (seudónimo)	
EL KARMA DEL DÍA A DÍA	185
Blanca Olivar Ocampo	
UN DÍA DE FEBRERO	191
Mireya Jiménez	
Y QUÉ TAL TU DÍA	193
Viviana Andrea Lobo	
CESAR	195
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ALTA Y MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE VALLEDUPAR	
LUIS ALBERTO MURGAS GUERRA ~ DIRECTOR DE TALLER	
DESPERTAR	197
Adalberto Marrugo Narváez	
EXORCISMO	201
Orances Marín Cuervo	
LA MUERTE DEL KUERVO	205
Jeirock (seudónimo)	
LOS INVENCIBLES	207
El pirata (seudónimo)	

HUILA	209
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE NEIVA	
BETUEL BONILLA ROJAS ~ DIRECTOR DE TALLER	
EL DÍA QUE ME CONVERTÍ EN OTRO	211
Luis Ernesto Pérez Polanco	
FILAS DE A CINCO	213
Andrés Camilo Pastrana León	
NUNCA ES TARDE PARA CAMBIAR	217
Nelson Castañeda Claros	
TARDE DE PERLAS	219
Pedro Luis Roncancio Pedreros	
NORTE DE SANTANDER	221
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PAMPLONA	
JOHANNA MARCELA ROZO ENCISO ~ DIRECTORA DE TALLER	
EL DEMONIO	223
Juan Carlos Mora Cárdenas	
EL PEZ DEL BANQUETE	227
Andrés Felipe Osma Ríos	
EL PROFESOR DE MATEMÁTICAS	229
Isai C. Antolínez Vera	
LOS PASOS DE MI VIDA, MI REVIVIR	231
William Bocía Rinón	
NARIÑO	233
ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA	
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE TUMACO	
ALFREDO VANÍN ROMERO ~ DIRECTOR DE TALLER	
ESTA HISTORIA	235
Dalmiro Klinger	
DÍAS AMARGOS	237
Gerardo Quiñones	

EL RESCATE Gonzalo Meza	239
ÁRBOL MARCHITO Glicerio Bravo	241
QUINDÍO ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE CALARCÁ DUVÁN DARÍO CANO ~ DIRECTOR DE TALLER	243
DE LA TRANQUILIDAD AL INFIERNO Ruber Mera Quiñones	245
NUBES EN EL LAGO Andrés Fernando Hoyos Arias	247
SUEÑO CON ALAS Jhon Jairo Guzmán	251
RISARALDA ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA SEGURIDAD Y CARCELARIO DE SANTA ROSA DE CABAL DUVÁN DARÍO CANO ~ DIRECTOR DE TALLER	253
CUENTO AL REVÉS Nolberto Arango Arango	255
EN AMORES Reinerio Villegas Gallego	257
LA CÁRCEL Alexis Fernando Rojas Sandoval	259
SANTANDER RECLUSIÓN DE MUJERES DE BUCARAMANGA JESÚS ANTONIO ÁLVAREZ ~ DIRECTOR DE TALLER	261
EL GATO Mónica Johana Londoño	263

EL PADRE Y SUS HIJOS
Sonia Estupiñán

265

LA SERENATA
Luz Marina Ortega Gómez

267

PRESENTACIÓN



Es difícil no conmoverse con estos textos, pensados y escritos desde las cárceles del país. Cada palabra tiene el sello indeleble de lo verdadero, de lo fundamental. Esta antología de *Fugas de tinta*, como al igual que las once antologías que la preceden, está soportada por originales que harían llorar al más guapo, tanto por el tipo de historias que cuentan, como por las condiciones en las que fueron escritas. Resulta increíble la cantidad de vida que hay en estas páginas, la cantidad de humanidad existente.

Las escuelas literarias del país deberían indagar un poco sobre estos procesos creativos tan poderosos, porque son procesos sin engaños ni trucos ni egos ni artimañas ni poses. Solo historias contadas con honestidad. Eso es todo. Aunque trabajan con tantas limitaciones, esto no impide que el espíritu de la literatura esté en cada página del presente libro.

Libertad bajo palabra es un programa diseñado desde la dignidad, para que las personas privadas de la libertad, por los motivos que fueren, tengan un espacio mental y físico para vindicar la imaginación y la memoria. No son pocos los casos en que el solo hecho de poder escribir lo que pasó ha tenido un valor terapéutico: ha sanado heridas, ha servido para comprender mejor la realidad y para entender la forma de estar en el mundo. Y es porque la literatura, aparte de un divertimento, puede ser un mecanismo de conocimiento de uno mismo, del entorno y de los demás.

Vale la pena hacer un reconocimiento a José Zuleta Ortiz, porque fue la persona que inventó estos talleres y logró hacerlos extensivos a muchas

instituciones carcelarias de Colombia. Obviamente, también vale la pena hacerle un reconocimiento al Ministerio de Cultura, porque este proyecto no sería posible sin su apoyo logístico y económico.



CRISTIAN VALENCIA HURTADO
Editor

AMAZONAS

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE LETICIA



VÍCTOR ANDRÉS LEÓN CASTIBLANCO
DIRECTOR DE TALLER

HAY TIEMPO PARA TODO

H8 (seudónimo)



Nací, crecí, he estado muerto en vida y ahora estoy listo para volver a vivir...

Estaba perdido en los años, dándome cuenta de que necesito muchas cosas. Pero nunca me daba cuenta de que lo tengo todo: tan solo tener la vida ya es una riqueza; poder respirar, poder ver, todo es poder. No sabía valorar lo grandioso que tenía: mi libertad. Acá en la cárcel he aprendido a valorar muchas cosas.

No me imaginé que en un par de segundos me cambiaría la vida. Sé que cometí un error, ese error fue dejarme llevarme por la ira. Se despertó en mí un psicópata.

Recuerdo que mi madre y mi padre me daban muchos consejos, consejos que ignoré por completo. A veces pensaba que me estaban fastidiando, pero comprendía que me estaban cuidando y que siempre querían lo mejor para mí.

Estaba ciego y sin querer ver. Perdí en el momento y en el efecto del consumo de la química que inhalaba por la nariz, que al igual que el alcohol me dejaba ciego y nada me importaba. Solo quería estar en la calle vendiendo y consumiendo drogas. En mi conciencia trataba de ser fuerte, me decía que tenía que ponerme metas y objetivos y seguir mis sueños. Que tenía que estar consciente y ser fuerte.

Al estar atrapado dentro de estas cuatro paredes, llorando en silencio como un niño regañado, reacciono y reflexiono. Solo se escuchan los sonidos de las rejas y los candados, pero en mi mente oigo dulces melodías, la voz de mi madre y de mi padre, y soy consciente de que ellos tenían toda la razón.

En las noches he hablado con Dios: le pido que me disculpe por mis errores y que llene de bendiciones a mi familia y también al resto de la humanidad. Siempre le pido que no me deje caer en tentaciones y que me libre de todos los males.

Al siguiente día, me mentalizo en que seguir mis sueños es lo único que me dará la paz. Pienso en que los años que estaré acá los invertiré en cultivar mis sueños, y solo el tiempo sabrá si se harán realidad.

La verdad, me considero un profesional, aunque no tengo un título, ni he estudiado en ninguna academia, ni nada por el estilo. Pero la verdad, pienso que tengo un gran talento para el arte, al igual que muchos otros compañeros a mi alrededor, no soy el único; a mi alrededor hay personas impresionantes, cuyos talentos son únicos. La mayor parte del tiempo la he dedicado a dibujar, a escribir y también a planear mi vida para cuando salga de aquí. He conocido muchos parches: gente inocente y otros culpables. Solo Dios sabe cómo hace sus cosas.

Bueno, en el transcurso de este tiempo he vivido muchos momentos, he compartido peleas, risas, recochas, alegrías y tristezas, hasta la fuma hemos compartido. Todos los presos estamos unidos acá por una causa: la convivencia. Acá a veces existe mucha indiferencia e inconformismo y hasta se puede volver un campo de batalla. Los sonidos del metal retumban cuando hay tensión, el silencio se apodera del lugar y las miradas se vuelven sospechosas. Siempre algo puede pasar y de la nada se forma una guerra entre nosotros los presos. Cada quien se defiende como sea y como pueda, pues no se sabe si es con uno o es con otro. Hay personas agredidas simplemente porque no están de acuerdo con la ideología del Pluma. Acá el destino se decide al azar o es decidido por unos pocos. Siempre, después de un combate, los guardianes controlan la situación.

A veces pienso que el único espacio en el que puedo convivir es en el calabozo. Tal vez me quede unos días, semanas o meses encerrado porque piensan que soy el malo de la película, pero lo que no saben es que, al final, todos somos protagonistas.

Soy un loco viviendo la realidad de mi vida. Pasan los meses, salgo del calabozo y vuelvo al patio. Las miradas sospechosas no cesan. Siento los comentarios de las personas que están inconformes con mi presencia. Yo siempre voy pensando en mis sueños y mi futuro. Estoy con Dios, y si estoy con Dios, ¿quién contra él?

Si caigo, vuelvo y me levanto, tras pasar por la humillación y el desprecio de las personas que me consideran mala gente. Mi única ideología

ahora es tratar de crear un arte en la piel. Seguir adelante hasta que llegue el día en que me llamen para darme la libertad.

Quiero conocer una chica o varias chicas, ahora no será una simple fantasía. Igualmente, deseo presentarme en la universidad, pues sé que puedo lograrlo; quiero montar mi propio local de arte y seguir adelante con mis sueños, porque ahora sé que hay tiempo para todo y pronto llegará el día en que estos sueños se harán realidad.

HISTORIA DE LOS DUEÑOS DEL MONTE

Jaime Arturo Shuña



Mi nombre es Jaime Arturo Shuña, nacido en la Amazonia peruana el 2 de enero de 1972. Esta es una crónica de mi vida, una experiencia real que me sucedió en mi tierra natal, San Juan de Camuchero.

Recuerdo que siempre me ha gustado andar en el monte. Desde muy pequeño me iba remando por las quebradas y caños, picando con flecha y arpón todo tipo de peces, palometas, dormilones, sábalos y lisas. Con tan solo diez años empecé a volverme más diestro en la supervivencia en la selva. Así iban transcurriendo los tiempos y muy seguido me iba de cacería por distintos lugares. Mataba cada noche entre cinco y ocho animales. Esto para mí era genial y ya me había acostumbrado, pues era mi manera de subsistir, porque a través de la venta de la carne ayudaba a la solvencia económica de mi familia.

Un día, en el año 1988, estaba de cacería en el monte aproximadamente a las diez de la noche; recuerdo que estaba muy oscuro, era una noche sin luna, muy conveniente para cazar; únicamente se observaban las estrellas en el firmamento que titilaban, apagaban y prendían, regalando su luz a lo más profundo de la selva. Yo estaba adentrándome por la quebrada San Juan, que está a quince minutos de mi poblado. Subía contra la corriente en mi canoa, alumbrando las orillas y esperando ver una presa más para disparar, pues ya llevaba tres en mi canoa. Esa noche se sentía extraña, había algo raro en el ambiente, pero yo solo estaba pensando en mi cacería. Así,

seguí subiendo por la quebrada, linterniando, hasta que me encontré con el cuarto animal, una boruga o majaz¹. De inmediato la encañoné y le disparé, alcanzándola en la barriga. Este animal no murió allí, salió corriendo y se internó en la selva. En ese momento orillé mi canoa y me bajé a tierra para seguir a la boruga. Cuando estaba corriendo detrás de ella, alumbrándola, la volví a encontrar. Le disparé por segunda vez y el animal no murió. Le seguí disparando y nada que moría. Entonces le metí el quinto tiro. En ese instante al animal se le salieron las tripas del vientre, tenía la barriga destrozada y la boruga empezó a comerse sus propias entrañas. Al ver esto quedé muy impresionado, pero a la vez estaba ansioso de matar esa presa, así que le seguí disparando.

Era el sexto tiro y no podía matar a la boruga, por lo que le metí el séptimo tiro a una distancia como de dos metros. En el momento en el que solté el tiro, pareció como si la bala hubiera pegado sobre una piedra. Se observaron unas candelillas que brillaron sobre el animal, unas chispas que me dejaron ciego momentáneamente. Allí solo pensé en correr a mi canoa, pues ya me había dado cuenta de que algo sobrenatural estaba ocurriendo. Corrí como loco, medio ciego y temblando de miedo. Cuando llegué a la canoa, cogí el remo con mucha fuerza y empecé a remar aguas abajo, queriendo huir de esa quebrada. Desde lo profundo del monte algo parecía que me perseguía, sonaba como si viniera un viento huracanado, grandes ramas caían al suelo y al agua; este ventarrón iba tumbando y rompiendo los árboles a su paso. Yo seguía mi rumbo desesperado, pensando en quién me ayudaría. Quería gritar pero sabía que era inútil, pues estaba solo en medio del monte.

Tal vez el destino, o por coincidencias de la vida, unos compañeros de mi comunidad iban ingresando por aquella quebrada. Al ver el bote en el que ellos venían, solté un grito de auxilio. Sentí que fue lo último que hice, porque perdí el conocimiento. Según me cuentan los compañeros que me encontraron, yo estaba desmayado en la canoa, parecía sin vida.

Los amigos juntaron mi canoa con el bote de ellos y me llevaron a mi casa, al lado de mi familia. Allí mis padres se pegaron un susto enorme. Mi madre, desesperada, buscaba remedios. Eran las dos de la mañana y no se podía conseguir ningún medicamento. Mi padre, abatido al verme casi sin vida, envolvió un cigarrillo de tabaco y le rezó un padrenuestro y un ave-maría. Lo encendió y me empezó a soplar por todo el cuerpo. Hasta ese

1. Nota del editor: Boruga o majaz es el nombre que se le da en Perú a un roedor grande que en Colombia se conoce como guarinaja.

momento vine a recuperar el sentido. Empecé a sentir un dolor de cabeza intenso, me dolía todo el cuerpo, como si me hubieran dado una paliza, y una alta fiebre que me tenía temblando todo el cuerpo.

Mi padre, al verme por lo menos con signos vitales, salió al poblado a conseguir un médico tradicional o chamán. Rápidamente mi padre llegó con este curador a la casa, quien me dio a tomar algunos bebedizos y habló como entre dientes palabras incomprensibles. Inmediatamente mi estado empezó a mejorar, la fiebre bajó y los dolores desaparecieron. Luego me quedé profundamente dormido. Recuerdo que tuve un sueño en el que veía a aquel animal, la boruga, que con las tripas por fuera me hablaba.

—Jaimito, ¿por qué tú estás acabando con mis crías? —preguntó la boruga con un tono de tristeza—. Vienes a matarlos sin mi consentimiento, no me has pedido permiso, no me has hecho ninguna ofrenda. Te voy a dar un consejo: si vuelves por este lugar, tendrás que venir acompañado; si vienes solo, correrás peligro —continuó el majaz como enojado—. No podrás cazar nunca más en nuestros territorios. Si quieres andar tranquilo por allí, tendrás que dejar un cigarrillo de tabaco encendido en la orilla de la quebrada. De esta manera, sabremos que eres tú y no te haremos nada.

En medio del sueño, yo me encontraba en la orilla de la quebrada donde le disparé a aquel animal. Yo, inmóvil, miraba a la boruga que estaba en la cepa de un árbol y me seguía hablando

—Yo soy la madre de la selva, soy la madre de los animales, y no puedes seguir saqueando mis territorios.

Cuando desperté de aquel sueño, estaba sudando a chorros. Aún me retumbaba en la cabeza la voz de esa boruga madremonte. De esta manera, empecé a cogerle respeto a la selva y a creer que verdaderamente existen seres que cuidan el monte. Así mismo, no sé si por respeto o por miedo, nunca volví por la parte alta de la quebrada San Juan y después de eso ya no cacé ningún animal que no fuera para mi propio alimento. Entendí que hay que coger solo lo necesario de la selva.

LOS MICOS NARIMBO Y LOS MAJÚ

Modesto Vanegas



Hace miles de años, en lo más profundo de nuestra selva amazónica, existieron muchas clases de animales distintos a los que hay ahora. Entre todas estas especies sobresalían los micos narimbo y los majú.

Los narimbo eran una especie de primates que tenían unas destrezas especiales para moverse entre los árboles y eran más rápidos que cualquier otro mico. De esta manera, los narimbo recorrían gran parte de su territorio en la selva en busca de alimentos. Todas las noches, los narimbo se reunían en su enorme árbol, una gigantesca lupuna², también conocida como ceiba. Allí vivía el poderoso y colosal espíritu de la selva, que cuidaba todo el territorio y a los seres que en él existían. A los pies de este magno árbol llegaban los narimbo a realizar todo tipo de rituales, a entregar sus ofrendas y a ofrecer sacrificios.

Todo este conocimiento era transmitido de generación en generación. Los momentos de enseñanza eran los rituales en los que estos primates revelaban todos sus secretos y conocimientos a sus descendientes.

Los narimbo cultivaban la tierra, donde creaban grandes sembríos de muchas variedades de plantas. En estos campos de cultivo se encontraban todo tipo de plantas. Existían plantas alimenticias como la yuca, el plátano y los frutales, y también medicinales como el tabaco; además, sembraban

2. Nota del editor: La lupuna amazónica puede alcanzar setenta metros de altura. En la región del Caribe colombiano se la conoce como bonga.

hermosas flores que adornaban sus jardines. Los narimbo utilizaban muchas de estas plantas en sus rituales.

Pero de todas estas especies vegetales que los narimbo usaban, existía una que era la más preciada de todas: la gran flor de more. Esta flor era muy especial para ellos, pues les otorgaba las grandes habilidades que los hacían ser los más diestros entre los árboles y además les servía para tener la fuerza de defender el gran árbol de lupuna.

De esta manera, los narimbo vivieron felices y en armonía durante muchos años. Pero como no todo en la vida es perfecto, un día se aparecieron en su territorio los micos majú, quienes practicaban la hechicería y la magia negra a partir de plantas oscuras, olvidadas y prohibidas por las fuerzas de la vida. Lo que estos micos majú hacían era pura maldad, pues su corazón estaba enceguecido por un poder maléfico.

Así fue como estos primates con corazón negro comenzaron a mandar todo tipo de hechicerías y maleficios a los monos narimbo, al gran árbol de ceiba y a la flor de more, para que perdieran su fuerza y no sirvieran más a las diferentes especies que se beneficiaban de ellos. Lo que los majú querían era tomar el control del gran árbol y dominar al espíritu de la selva que lo custodiaba, pues de esta manera dichos micos se harían con el poder de todo el territorio.

La maldad arrojada por los majú empezó a hacer efecto, las flores de more que había por toda esta región empezaron a enfermarse y a morir. Lo mismo ocurría con los micos narimbo. Ya no tenían la fuerza para acercarse al gran árbol a realizar sus pagamentos y rituales, por lo que el gran espíritu también estaba debilitado y alejándose de la vida de los narimbo.

Entonces ocurrió lo peor: los majú se apoderaron del gran árbol, y con esto también del espíritu de la selva, y así consiguieron el dominio de este gran territorio selvático. Muchos de los narimbo perecieron bajo el poder maligno de sus enemigos; los que pudieron sobrevivir migraron hacia las orillas del río Loretoyacu³, lugar donde vieron una oportunidad de establecerse en busca de un nuevo comienzo.

Mientras los narimbo encontraban un nuevo hogar, los monos majú, con el control del territorio en sus manos, continuaron llenando de maldad el gran espíritu de la selva. Así, este gran espíritu fue derrotado en la oscuridad y las tinieblas del poder de los majú, llegando hasta el punto de comenzar a expandir su maldad a gran parte de la selva amazónica,

3. Nota del editor: El río Loretoyacu es un tributario del Amazonas, a la altura de Puerto Nariño. Antes de rendirse al gran río Amazonas forma el complejo acuífero de los lagos de Tarapoto, lugar preferido de los delfines rosados.

territorio que iba perdiendo su color y la vida de la flora, la fauna y todos los demás seres que en ella habitan. Estos monos majú dominaron la gran selva durante mucho tiempo, lanzando maleficios a todos los seres y lugares.

Los pocos micos narimbo que estaban asentados en el Loretoyacu se percataron de que en un lugar secreto, en una de sus orillas, crecía la hermosa flor de more, que no se había contaminado con la maldad que regaban los majú por todo el territorio. Los narimbo fueron recolectando estas flores y cuidando muy celosamente el lugar donde crecían. De igual manera, empezaron nuevamente a usar la flor de more para conseguir sus beneficios y volver a tener la fuerza y agilidad que los caracterizaba.

Luego de algún tiempo, los narimbo ya habían recuperado el poder y la magia que les otorgaba aquella planta, y un día decidieron que podían atacar a los majú y así poder recuperar el árbol de lupuna y la fuerza del espíritu de la selva.

Una noche se reunieron los monos narimbo e hicieron sus primeros planes para poder atacar a los monos majú. Decidieron que romperían sus maleficios con el poder de las plantas y la naturaleza, y así se prepararon para pelear con sus enemigos. Los narimbo sabían que ellos eran los únicos que a través de la fuerza de la flor de more podrían recuperar la selva amazónica.

Los narimbo salieron en la noche hacia el territorio dominado por los majú. Prepararon sus mejores armas, curadas con el poder de las plantas. De esta manera, los narimbo llegaron a territorio majú, donde se encontraron en una batalla campal, una batalla histórica, las fuerzas del bien contra las fuerzas del mal. Muchos primates de ambos bandos murieron luchando, defendiendo su causa, pero los narimbo, gracias al poder de la flor y después de mucho guerrear, lograron doblegar el poder maligno que manejaban los majú y los vencieron. Los monos narimbo les perdonaron la vida a los pocos majú que quedaron, pero les impusieron un castigo y los exiliaron; luego, por un hechizo del espíritu de la selva, estos monos enfermaron, murieron y desaparecieron de esta selva. El gran territorio amazónico fue despojado de ese velo de maldad y enfermedad que lo cubría, el gran espíritu de la selva volvió a ser el dueño de la vida, y la flora y la fauna renacieron en esta región.

De esta manera, los narimbo regresaron al gran árbol a realizar sus pagos y rituales, volviendo así a fortalecer al gran espíritu de la selva, que convirtió los corazones oscuros en corazones bondadosos y restableció el equilibrio entre todos los habitantes de este enorme territorio verde.

UN SECRETO DE MI VIDA

K.S.B. (seudónimo)



Todo empezó en una tarde lluviosa, como las que suelen darse acá en el Amazonas. Estaba yo frente a las residencias donde vivía ya hace algún tiempo. Quería salir a dar una vuelta, pero la lluvia me detenía. Al parar de llover, de repente pasó una vecina llamada Andrea, más conocida como la Piojito. Era una chica guapa, alta y delgada, de cabello ondulado. Ella acostumbraba pararse en las esquinas o deambular por ahí, mirando a ver qué plan salía. En pocas palabras, era una chica de programa o, como ahora les dicen, una prepago. La Piojito me saludó y me dijo que la acompañara a comprar unas cosas en el centro. Fuimos y luego regresé para mi cuarto, pues quería darme un duchazo.

En la noche, salí nuevamente a dar una vuelta y decidí entrar un rato al bar del dueño de las residencias. Estaba sentada en una de las mesas que están cerca de la puerta, así que podía observar todo lo que sucedía en la calle. En ese momento pasó un muchacho muy guapo en una moto grandísima y se quedó mirando hacia donde yo estaba. Yo empecé a frecuentar dicho bar y siempre veía a aquel muchacho que pasaba por allí. Luego de un tiempo, este muchacho me empezó a lanzar piropos, pero yo nunca le ponía cuidado, pues la verdad no me llamaba la atención.

Un día estaba en el bar con la Piojito, tomándome unas cervezas y hablando cháchara, y de repente pasó nuevamente el joven de la moto. Él me miró, se detuvo, se bajó y llamó a la Piojito, quien se paró de la mesa y fue a donde él estaba. Durante unos instantes hablaron como en secreto mientras miraban hacia donde yo estaba, y de repente vinieron hacia mí.

Cuando estuvieron frente a la mesa, la Piojito me lo presentó. Nos dimos la mano y conversamos un rato. Seguidamente, este muchacho me propuso que fuéramos a dar una vuelta en su gran moto. Yo le dije que no

quería ir a ningún lado, pero él me insistió, me dijo que no nos demoraríamos y que me iba a invitar a tomar algo por ahí. Seguí negándome, pero la Piojito me animó a que fuera con él. Me dijo que nada me iba a pasar y que antes aprovechara que ese hombre me estaba invitando. Yo en medio de la duda le dije que sí, pero que no nos demoráramos. Inmediatamente el joven me hizo una seña para que subiera a su moto y arrancamos con rumbo hacia las afueras de Leticia. El muchacho me dijo que estuviera tranquila, que solo íbamos a dar una vuelta y que regresaríamos pronto.

Estaba calmada, pero de repente me di cuenta de que estábamos entrando a la zona de la carretera. Estaba totalmente oscuro y solo. En ese momento, un presentimiento hizo que un escalofrío me recorriera todo el cuerpo. Al llegar a una curva sombría y desolada, el joven detuvo su moto, la parqueó en la orilla de la carretera y me dijo que me bajara. Mi presentimiento se convirtió en terror, me preguntaba en qué momento me subí a esta moto con un desconocido.

Temblando de susto y casi a punto de llorar, me bajé de la moto. El muchacho también se bajó e inmediatamente me mostró un cuchillo. Me empujó hacia un lugar escondido, me dijo que me quitara toda la ropa. Yo estaba petrificada del miedo y no decía ni una sola palabra. Me quité casi toda la ropa por miedo a que este sujeto me atacara con el cuchillo. Luego me dijo que me acostara y me mostró nuevamente su arma, que apenas brillaba en la oscuridad.

En aquel instante, el muchacho sacó de su bolsillo una bolsa con cocaína, la abrió, sacó una llave y se metió unos lances que lo dejaron como inmóvil durante unos segundos. Así se olió toda la bolsa. Yo estaba totalmente asustada, quería gritar o correr, pero sabía que sería peor. Mi corazón latía a mil por hora.

Luego de haberse metido todo ese perico, el man se quitó la ropa y me miró con ojos psicóticos. Me mostró nuevamente el cuchillo y se acercó a mí para intentar violarme. Resultó que en el estado en el que él se encontraba, no pudo conseguir una erección. Él intentaba de varias maneras, pero no lograba hacerme nada. Yo lloraba y le pedía que por favor me dejará ir. Él cogía nuevamente su cuchillo y me lo colocaba en el cuello e insistía. Me tocaba y me pasaba la lengua por todo lado.

En ese momento, sonó el ruido de una moto grande. Él se quedó inmóvil y me dijo que me vistiera rápido, y que si gritaba me mataba. Yo rápidamente me cambié y me quedé parada y en silencio, esperando a ver qué me decía este sujeto. Yo solo pensaba en salir de ese lugar y volver a

mi casa. Realmente, pasaron muchas cosas por mi mente en ese instante. El man de la moto me dijo que me subiera y que me quedara tranquila. Después de recorrer unos minutos, en una esquina, me dijo que me bajara, y yo corrí a subirme al primer mototaxi que vi y le pedí que me llevara.

Cuando llegué a la residencia, me puse a llorar durante un rato. Luego me fui a dar un baño, sintiéndome ultrajada y pensando en lo asqueroso de esta desgracia. La verdad, tenía miedo de contárselo a alguien. Después de un tiempo, cuando ya había pasado todo, me enteré de que la persona que tuvo la responsabilidad en esto fue la Piojito, quien me vendió al sujeto ese.

Así pasaron los años y jamás volví a ver a esa mujer ni a aquel hombre que me marcó la vida, pues aprendí a no confiar en nadie nunca más.

YO ME ACUERDO COMO EN UN SUEÑO

Juan Carlos García



Año 1986. Recuerdo que cuando era niño vivíamos por un río llamado Shishita, con mi papá, mi mamá y cuatro hermanos, dos hombres y dos mujeres. Yo tenía siete años y era el mayorcito de todos mis hermanitos. Vivíamos muy solos, apartados de la comunidad. Allí teníamos una casa en la que también vivía mi abuela, quien estaba muy anciana. El lugar que habitábamos era un poblado que había sido abandonado muchos años atrás. Cuando llegamos a este sitio, mi papá empezó a hacer chagra (campo de cultivo) y mi mamá sembró plátano, yuca y muchos otros productos. Yo me volví pescador. Mi papá era un hombre que tenía sus defensas espirituales, sabía rezos con plantas medicinales, él curaba a los enfermos de la brujería que otros curanderos no podían curar.

En el lugar donde vivíamos había un puerto principal y, cerca de él, un camino por el que recorriamos todos los días y que, según decían, era la parte donde quedaba el antiguo cementerio del poblado abandonado. Cada vez que yo pasaba por este camino, se me aparecía como una vaca y yo me quedaba hipnotizado mirándola. Cuando sentí como miedo corrí para la casa, y al voltear a mirar dónde estaba la vaca, ya no había nada, se había desaparecido. Corrí rápido para avisar a mis padres, pero mi mamá me decía que por acá no había vacas. Yo siempre la veía cuando bajaba para el puerto.

Recuerdo que un día mi familia se fue y me dejaron solo por unos días, pues mi abuela había muerto. Mi familia se fue río arriba a reunirse con otros familiares, que también conocían de plantas. Mi padre tenía sus medicinas sembradas alrededor, en el patio de la casa, y recuerdo que el día anterior a dejarme solo, a las seis de la tarde, nos mandó a dormir; cuando

Llegó el silencio de la noche, él se bajó al patio y prendió su tabaco. Empezó a soplar por los alrededores de la casa, luego se acercó a cada planta, le soplabla el tabaco y le hablaba a cada una de ellas en su dialecto, por lo que yo no le entendía. Yo desde mi cama lo escuchaba, él hablaba muy grueso y despacio. Después de hacer su trabajo, se subió nuevamente para la casa.

Al otro día, muy temprano, mi papá me levantó y me dijo que me quedaría solo. Cuando escuché esto me puse a llorar porque todos se iban. Mientras yo lloraba, el resto alistaba sus cosas y las embarcaba en la canoa. Yo más lloraba, desesperado me tiraba al suelo y me revolcaba. Mi papá agarró y me dijo: “Hijo, no llore; venga le cuento, usted no va a quedar solo”. Mi padre me dijo que no tuviera miedo, que a las pocas horas que ellos se hubieran ido llegarían unos amigos que se encargarían de que nada me fuera a pasar. Me tranquilicé y me quedé en la casa cuidando de los animales que teníamos: perros, gallinas y marranos.

Mientras terminaba la tarde y yo me disponía a cerrar el gallinero, pensaba en lo que mi papá me había dicho de la llegada de sus amigos. Eran ya las seis de la tarde y yo me sentía muy solo y triste. Dormía en un zarzo y desde allí estaba pendiente de lo que me había dicho mi padre, esperaba la llegada de los amigos que me acompañarían.

Cuando eran las siete de la noche, yo esperaba a ver a qué hora llegarían los amigos y nada. Pensaba en mi mamá y lloraba con desespero a esa hora de la noche. Sentado y sin lámparas, pensaba por qué mi papá me había dejado solo. Cuando de repente, en el silencio de la noche, escuché como un ruido en el puerto, como el golpe de una canoa. Mi corazón se alegró, yo dije: “¡Llegó mi papá!”. Sentí que alguien subía desde el puerto. Era como cuando alguien camina descalzo sobre la tierra. Llegó hasta las gradas de la escalera y se quedó en silencio. Yo me levanté entre la claridad y la oscuridad y miraba hacia el patio, pero no veía a nadie. No podía gritar porque, por más miedo que tuviera, nadie me escuchaba.

Volví a acostarme en silencio. Luego empecé a escuchar caminar encima de la casa, sonaba el piso cuando daban los pasos. Luego escuché voces en el patio, una voz muy leve. Los perros no ladraban, apenas gruñían. Prestando atención a todo esto, me quedé dormido, y al otro día, cuando me desperté, noté que aún permanecía solo. Así pasó una semana, lo mismo todos los días.

Cuando llegaron mi mamá, mi papá y mis hermanitos, yo lloraba de contento. Les conté lo que escuchaba cuando se hacía de noche, de los ruidos en el puerto y de las voces en el patio. Mi papá me dijo: “Hijo, tú

piensas que te dejamos solo pero tú no estabas solo, yo te estaba cuidando. Los ruidos y las voces que escuchabas eran mis soldados”. Él me dijo que ellos nos cuidaban de los que querían acercarse a la casa a hacer daño, que hacían ruidos para que los demás sintieran y no se acercaran a la casa. Así iba yo creciendo y conociendo todo esto.

Existían muchos brujos que le preguntaban a mi papá para hacerles daño a otras personas con hechicería. También a mi padre lo querían matar otros brujos que sabían manejar su conocimiento pero no podían dominarlo. Un día amaneció lloviendo, había muchos relámpagos, truenos y rayos. Todos estábamos en la casa, y por la misma tempestad, todo se sacudía, el piso iba de un lado para otro y la intensidad de los rayos aumentaba. Del miedo, mi familia y yo nos acostamos en todo el centro de la casa, solo mi papá se quedó de pie; la casa era un poco descubierta y el viento hacía que entrara el agua. El cielo estaba muy oscuro y mi padre sabía lo que iba a suceder. Él se concentró, y cuando abrió los ojos observó que venía como una gran esfera ardiente en dirección a la casa; en ese momento él levantó las manos y sopló, haciendo que esa masa incandescente se estrelara contra unos chontaduros que estaban muy cerca de la casa. Al escuchar el estruendo quedamos como inconscientes, y luego mi mamá y mis hermanitos nos levantamos como locos. Cuando mi mamá reaccionó la casa estaba llena de humo, hasta el punto de que ya no podíamos ver. En ese momento, mi mamá gritó: “¡Hijo, a tu papá lo quemó el rayo!”. Cuando el humo se disipó, vimos a mi papá parado en el mismo lugar. No le había pasado nada.

Cuando pasó todo este terror, mi padre le dijo a mi madre que nos estaban atacando unos brujos y que él sabía quiénes eran, pero que no podrían hacernos daño.

Pasaban los tiempos y yo crecía e iba conociendo más cosas de las que pasaban en mi casa. Cuando llegaban amigos de mi familia a la casa, siempre eran bien recibidos. A los que se quedaban en la casa mi papá les compartía de las plantas medicinales. Recuerdo que un día llegó un amigo de mis padres y se fueron juntos a la chagra, y en la tarde regresaban con un tercio de bejucos de yagé. Él preparaba solo para tomar los días jueves en la noche. Ese día tomaron mi papá, mi mamá y el amigo. Ellos se quedaban bien concentrados, visionando lo que iba a suceder, mirando lo que era mejor para nuestras familias. Así se quedaban hasta la madrugada.

Cuando se empezó a saber que mi papá curaba enfermos, la gente empezó a llegar. Amigos que tenían un hijo o su mujer enferma se quedaban

en la casa hasta que se curaban. Por esto a mi papá los otros hechiceros le tenían rabia.

Un día llegó un señor con su esposa. Ella no podía caminar ni comer, tampoco podía hablar. Mi padre le dijo al señor: “Tranquilo, yo se la voy a curar”. Entonces mi padre le hizo una primera curación, que no dio mucho resultado; viendo esto, en el segundo día mi papá usó el tabaco y preparó yagé, todo estaba listo. Esa tarde sacó a la señora enferma a la sala de la casa y le pidió al marido de la señora que los acompañara. Cuando fueron las ocho de la noche, nos reunimos toda la familia con la mujer enferma y su esposo. Todos nos acostamos en silencio en la sala. La paciente estaba en todo el centro del recinto, lista para que mi padre empezara a hacerle el tratamiento. De repente escuchamos un ruido, como si algo se hubiera parado en el techo de la casa, la enferma se quejaba y mi padre cantaba en voz baja, en su idioma. Al instante, oímos que un animal entró volando a la casa, se estrellaba con el techo y los postes de la casa, dando vueltas por todo lado, hasta que finalmente se estrelló y cayó sobre la enferma. Ella pegó un grito tremendo y mi padre, en medio de la oscuridad, se levantó y alumbró. Lo que vio fue un animal con forma simiesca que se revolcaba sobre el pecho de la señora. Mi padre llamó al esposo y le dijo que ese era el brujo que estaba matando a su mujer. Mi papá cogió al animal y lo llevó al patio, sacó una botella con querosén y lo roció, y en el momento en que mi padre lo incendió, el animal se levantó en llamas hasta que murió. Mientras se quemaba, se escuchaba el aullido y silbido de muchos animales y otros seres.

Ya eran como las doce de la noche y mi padre habló con el esposo de la enferma, asegurándole que ahora sí iba a curarla. La enferma no se quejaba más, no hablaba. Mi padre le empezó a soplar tabaco por todo el cuerpo. Luego la cubrió con una sábana hasta que se quedó dormida. Al otro día la mujer se levantó curada, podía hablar y comer. Se sanó muy bien y rápido. Esta pareja no sabía cómo agradecer a mi padre por haberlos ayudado. Mi padre simplemente lo hacía de corazón. Él no cobraba dinero, simplemente lo que la gente tuviera a bien darle por voluntad. El pago de él era ver sanarse a la gente que atendía.

Así es como en la selva la gente cura a través de las plantas medicinales. El saber de los chamanes y curanderos es increíble. Ahora la gente solo quiere ir al hospital y tomar medicamentos. La moraleja de esta historia es mostrar a la gente que aún existen personas en el mundo que son conocedoras de los secretos de las plantas.

ANTIOQUIA

CÁRCEL MUNICIPAL DE ENVIGADO



ANDRÉS DELGADO PEÑA
DIRECTOR DE TALLER

CRÓNICAS DE CELDA

Fio (seudónimo)



DÍA 1

No sé si estoy aliviado o asustado...

Espero...

Esperamos...

El día me sabe a cobre de tanto morderme la lengua

Pa no insultar a este par de pendejos.

Traen acusaciones bajo el brazo, insultos maquillados, brusquedad, condescendencia.

Y los hijueputas insisten con el “calidoso”, “parcerín”, “amiguito”.

Yo pensaba que los lados de la ley se expresaban distinto, o que al menos un lado era más sofisticado que el anterior.

Espero...

Esperamos...

Como no eran capaces de guardar silencio siguieron jactándose de sus proezas,

hasta que llegaron a mi caso.

Aunque intentaban encriptar lo que decían, me daba cuenta fácilmente.

Abiertos como boca de muerto me quedaron los ojos cuando me enteré de que ella también tejía esta patraña.

Y aunque hace rato tenía sed de llanto, no me escurrió ningún ojo.

Espero...

Esperamos...

SEMANA 4

El calor húmedo, como siempre, se apodera de la noche, mientras humo y risas inundan el pasillo.

—Qué canastazo —dijo Adrián mientras buscaba con calma la mari-guanita que había comprado antes del almuerzo.

—Sí, ome —respondió su compañero mirándose las manos, magulladas de tanto tallar madera.

El día había pasado lento y pesado, pero todo se haría más ligero por un momento luego de darle fuego a ese moño.

—Chimba de pipa.

—Sisas, se la compré al parcero de la siete —dijo Adrián sonriendo con tristeza—; mero artesano.

—¿Y cuánto le faltaba a ese pana?

—Como ocho meses. Muy güevón, hacerse tremendo daño, con la puerta ya sin llave.

—Quién sabe, de pronto se le vino la avalancha o tiene culebras serias.

—Pero ¿tres veces? Mis respetos, tiene que ser una causa la hijueputa para meterse tanto chuzo.

—Sin palabras —dijo otro de manera definitiva y una mirada llena de preocupación.

La pipa pasaba de mano en mano y el silencio reinó por un momento. Pedacitos de papel envuelto se arrastraban y volaban de un lado a otro del pasillo.

—Uy, qué purgue esas bolitas, ome.

—Qué tristeza.

A pesar de la aparente calma, la zozobra era emperatriz. Remisiones, suicidios y güiros fueron los titulares en la de Envigado esa semana.

—¡Vivo, vivo! —dijo Adrián tras escuchar las llaves de un guardia que se aproximaba.

—Buenas noches, don Óscar —le dijo alias Cobija al guarda.

Este le respondió con una mueca, haciéndole saber que no era inocente de lo que hacían y que le importaba poco.

—Ese es mi cachorro —dijo Adrián.

—Sisas. ¿Y por eso escondió la vuelta?

Sonaron algunas risas en la celda.

—Sergio, Sergio.

—Callate, bobo —respondió otra celda.

—Tranquilo, papi, que ese man ya es suyo, no se meta en lo mío.

—Sí, Sergio. ¿Te comiste ese roscón? —preguntó un tercero.

Las risas que sonaron en el pasillo se disolvieron rápidamente en murmullos.

¿Remisión? ¿Volante? ¿Empelotaron una celda?

—Chaleco verde, mi pai, chaleco verde.

—Se nos va de viaje el apá.

—La buena, mi viejito, Dios lo bendiga.

—La buena, mi pai.

—Cucho, mis respetos.

—Se va sabrosito —dijo el apá para despedirse.

Una vez pasada la algarabía, varios internos empezaron a hacer cuentas y comparaciones, temerosos de la posibilidad de ser trasladados. Nostalgia y vacío, como siempre, se apoderaban de la noche, mientras risas y humo inundaban el pasillo.

EL MANUAL DE LOS PERJUICIOS

Káiser (en alemán, ‘césar, emperador’; en español, ‘káiser’)



I

Era septiembre del 84, tenía catorce años, estábamos estudiando todos los de la cuadra porque teníamos el mismo horario en la tarde. Salimos del colegio, cursaba sexto grado, veníamos charlando cuando vimos que unos policías militares invadieron toda la cuadra, y no nos dejaban pasar para entrar a nuestras casas a mis compañeros, mis vecinos y yo. Entonces nos sentamos en un andén a mirar lo que hacían y escuchar lo que decían. Era un allanamiento a una bodega que contenía entre quinientos y setecientos kilos de cocaína, y uniformes militares. Todos quedamos sorprendidos, pues en la bodega, como le decíamos, nunca veíamos carros ni gente entrando, nada.

Bueno, nos quedamos hablando conjeturas, tratando de averiguar de quién era la bodega, hasta que por fin se fueron todos los militares y los chismosos. Ya cuando cayó la noche, nos dio por entrar y saber cómo era y qué tenía la bodega por dentro, porque siempre jugamos fútbol frente a ella, pero nunca nos había entrado la duda. Nos sorprendimos con todo lo que habían dejado, bolsas rotas con polvo blanco, era coca, pero nosotros no sabíamos. También había otras bolsas rotas con hierba, esa sí la conocía el más grande de nuestros amigos porque su tío fumaba. “Esto es lo que se fuma mi tío”, nos dijo, y nos mostró cómo los hacía o armaba. Lo armó en una hoja de cuaderno. Fue a la casa de la mamá, trajo fósforos y lo prendió. Fumamos. Era la primera vez de todos.

A uno de nosotros lo puso a vomitar, a otro le dio risa y otro veía marcianos. A mí me dio una borrachera como si hubiera tomado aguardiente. Llegué a mi casa y me preguntaron: “¿Va a comer?”, y yo contesté: “No”. Y me dijo mi mamá: “Claro, Héctor, con esa borrachera; ¿dónde estabas,

culicagado?, ¿quién te dio aguardiente? Acostate y mañana hablamos”. Y así fue. Me acosté y esa fue mi primera traba. Continuará.

II

Hace unos años, los parches eran muy diferentes. Nos parchábamos en las esquinas a fumar hierba y botar caspa, pero esto se hacía para que los otros combos supieran quién pertenecía a tal combo de tal cuadra. Y en todo ese ocio salían vueltas para hacer, tales como robar motos, carros, tiendas, carnicerías, etc. De estos robos, las milicias o milicianos, como les decíamos en aquella época, salieron a flote. Ellos inventaron el impuesto o vacuna para cuidar las tiendas del barrio. Ahí fue cuando comenzó la guerra de los pillos contra los milicianos. Nosotros les dábamos bala y ellos, petardos. Cada sábado eran atentados de uno y otro bando. Así que este es el fundamento de toda esta guerra que se está viviendo ahora. Claro que en la de ahora, el jefe se esconde y da órdenes. Nosotros las dábamos y las ejecutábamos, repartíamos el botín por partes iguales. Ahora no. La tajada más grande se la lleva el pato que no está presente en la vuelta, que de chimba no les da bala a todos para quedarse con todo para gozárselo con las chimbitas, alardeando y dándoselas de mucho, sabiendo que le da culillo meter el culo a dar bala. Solo tiene al lado gente que le teme y le copia.

III

Un día me encontré con un parcero al que le dicen Cucho. Y me dijo: “Mi niño, vamos a goliar a esa chunchurria de Camelleto que me tiene picado; se juntó con el Caravana y me van a mecatiar, dizque todos sorneros.

Y ese par de panguanas pensaron que no me iba a dar cuenta. Llame al ñero suyo para que le dé la pelea, picado que se cree muy mostro ese aliñado”.

EL CHAMPÚ

Jeison Pearson



En 1996 era apenas un niño con ganas de dinero fácil y con mucha ambición. Tenía una amiga mucho mayor que yo, qué hijueputa plaga era ella. Un día cualquiera me propuso un trabajo. Me dijo que era fácil y que ganaría buen dinero, cincuenta mil pesos. En ese tiempo era mucho dinero para un niño de apenas catorce años. Le pregunté qué había que hacer y me dijo: “Un champú”. Me quedé pensando y me pregunté: “¿A quién tendré que bañar?”. Igual se lo pregunté y ella, cagada de la risa, me explicó que era echarle sacol en el pelo a una vieja que le estaba quitando el marido a otra... “Qué teso eso”, pensé, y me reí. Le dije que sí, pero no lo haría solo. Le diría a Edwar, mi mejor amigo de infancia, de escuela y de colegio. Me fui a buscarlo y le comenté qué era lo que había. La verdad, él era más plaga que yo y me dijo que de una. Maribel nos trasladó a Unicentro y nos presentó a la señora a la que le ponían los cachos. La señora tenía muy bien analizada a su rival. Mejor dicho, la tenía tan estudiada que sabía su horario de salida y hasta cuánto se demoraba retocando su maquillaje. Ella nos mostró todo su recorrido, hasta la esquina donde cogía el bus. Nos señaló el sitio y el momento indicado donde quería que le hiciéramos el champú. Nos dio guantes de látex y un tarro de sacol plástico, muy fácil de estripar para que se saliera el contenido. Lo hicimos tal cual lo acordado. Edwar y yo nos dirigimos de nuevo al local, uno de ropa y bisutería. Esperamos a la hora acordada por la señora que nos pagaría por este cruel favor. Edwar y yo esperamos pacientemente a la que sería nuestra víctima. Se llegó la hora y vimos cómo ella cerraba el local comercial. La seguimos hasta el baño y esperamos que retocara su maquillaje. Al salir, la seguimos con cautela hasta salir del centro comercial. La perseguimos como dos cuerdas. Y cuando el semáforo cambió a rojo, fue el momento indicado para nuestra hazaña. La cogimos por detrás y le soltamos el contenido del tarro en su

hermosa cabellera. La refregamos hasta quedar totalmente empapada de sacol. Edwar le metió una patada en el trasero y le gritó: “Por quitamaridos, perra hijueputa”. Nuestra víctima, asustada y llorando, trató de montarse en un taxi que estaba parado, pero el taxista no la dejó montar. Se dirigió a otro y este tampoco la dejó. Para ellos era más importante la cojinería de sus carros que lo que le pudiera estar sucediendo a esta mujer. Todo fue muy rápido. Salimos corriendo, dimos una vuelta y regresamos hasta donde nos esperaba la señora, que se ubicó en un lugar donde observó todo nuestro movimiento. Cuando llegamos, la satisfacción de sus carcajadas eran evidentes por nuestra maldad. Ya hecho el trabajo, nos pagaron más de lo acordado, y la señora a la cual le ponían los cachos quedó muy contenta, hasta nos llevó a comer al centro comercial. Edwar y yo estábamos felices con la paga. Era mucho dinero para nuestra época. La señora nos arrimó hasta el centro y Edwar y yo nos fuimos a lo que hoy en día le llamamos sople. La fiesta nos duró como tres días y no escatimamos en gastos para invitar a nuestros amigos y contar nuestra hazaña. ¡Qué hijueputas plagas!

TOMANDO CAFÉ CON DÉBORA

Carlos A. García



En las tardes, cuando nos íbamos de caminata por las calles de mi pueblo envigadeño, hacíamos estación en la casa de una señora que se llamaba Débora. En ese momento no sabíamos quién era, o sea, sabíamos su nombre, pero no que era una pintora muy famosa.

Era una casa muy agradable por fuera. Quedaba ubicada a todo el frente de La Bota del Día, un lugar muy conocido en Envigado, enseguida de la bomba de Texaco. Nosotros, jóvenes entre catorce y quince años, nos sentábamos en esa puerta porque era hermosa y era muy cómoda. Grande, café, sombreada y fresca. Era muy rico sentarse allí porque quedábamos en medio de un lindo jardín, y una puerta de madera seguida por paredes blancas y altas. Hacíamos un pequeño descanso luego de salir del colegio y aprovechábamos para ver a las muchachas que salían de los colegios San Marcos y La Presentación.

Una de esas tardes conocimos a la propietaria. Estábamos sentados, uno de los nuestros machacando la bareta y otro sacando el cuero de la cajetilla de Pielroja. No sabíamos que éramos espiados por una persona, hasta que abrió el portón de madera. La señora se nos quedó mirando, viendo cómo armábamos el bareto. Cuando lo íbamos a prender, la señora, vestida con un delantal lleno de parches de pintura, y que tenía anteojos y cabellos blancos y grises, nos miraba y nos miraba. Y nosotros pensando que nos iba a regañar. Pero en vez de eso, nos saludó muy formalmente y nos invitó a tomar gaseosa adentro, en su casa. Todos caminamos por un corredor y se presentó como Débora Arango. Pero como digo, ni idea, no sabíamos quién era. La tomamos como una ricachona de Envigado. Le aceptamos la gaseosa porque estaba haciendo mucho calor.

Ya adentro de la casa, estábamos sorprendidos. Era una casa muy grande, muy hermosa; era como un museo, como esas casas de ricos de las películas o de las novelas. Y le dijimos: “Qué casa tan bonita”, para halagarla y hacernos sus amigos. Queríamos estar más tiempo cerca de aquella señora tan formal y tan atenta.

Dejamos descansar el parche por unos días. No volvimos. Por esa época lo único que hacíamos era caminar y fumar bareta después del colegio.

Luego regresamos a hacer estación. Nos hacía falta estar en esa puerta de madera grande, la frescura de la entrada y ver a las muchachas de los colegios. Ese parche era muy amañador. Además, el barrio se mantenía muy solo. En Envigado solo había una patrulla de policía, una sola.

Otro de estos días estábamos escuchando *rock* de la emisora de La Voz de la Música. Vimos que la señora del delantal nos saludó muy amable y nos invitó a tomar chocolate con pandequeso. Eran como las cuatro de la tarde. De nuevo nos invitó a entrar a su casa.

Qué casa tan hermosa. Tenía muchas pinturas. Y ese jardín tan lindo. Nos sentamos en una silla de madera, había como cuatro bancas largas. Y nos pusimos a conversar. Comenzó a investigarnos. Nos preguntó por qué nos gustaba ese vicio, entre otras preguntas. Comenzó a aconsejarnos de muy buena manera, con mucha educación. Nos decía que invirtiéramos el tiempo en algo productivo para nuestro futuro. Pero cuando uno está adolescente no come de nada. Le seguimos la corriente pero no le hacíamos caso.

Otros días íbamos y prendíamos el bareto. Y ella para adentro, a invitarnos a comer y tomar chocolate. Y claro, a darnos consejos. A nosotros nos gustaba el parche porque nos trabábamos y luego nos sentábamos allí, con la “cometrapo”, y esperábamos a que la señora nos invitara.

Un día le preguntamos al señor que vendía los cigarrillos quién era esa señora. “Esa señora es nada más ni nada menos que la pintora Débora Arango. La pintora que un día va a ser más famosa que Laura”, nos dijo.

A veces nos cogía la noche para ir por el chocolate y los pandequesos donde la señora Débora porque nos quedábamos fumando marihuana en la Casa de la Cultura, y a esa hora ya ella no debía tener chocolate, tan tarde debía servir era la comida, y no, pues, tampoco tan conchudos.



ANTIOQUIA

COMPLEJO CARCELARIO Y PENITENCIARIO DE
MEDELLÍN - PEDREGAL - MUJERES



JOSÉ RAFAEL AGUIRRE SEPÚLVEDA
DIRECTOR DE TALLER

ALLÁ EN MI CASA FINCA

Gladyz Amparo Valencia Estrada



Mamá toca a la puerta, suavemente, vestida con ese delantal a rayas que no puedo olvidar; nos llama a mi hermano Édgar y a mí.

—Levántense, las vacas y las cabras se volaron del corral. Hay que ir a buscarlas.

Me siento, bostezo desperezándome, con un dedo chuzo la espalda de mi hermano y él, de un brinco, se levanta.

—Vamos —le digo—, creo que las vacas no están en el corral.

En la cocina desayunamos, nos cambiamos, mamá nos echa la bendición y nos dice que papá nos encarga que vayamos a las mangas del Salazar Herrera, que con toda seguridad allá deben estar los animales. Yo le propongo a mamá ir a caballo para que el recorrido nos rinda más y ella aprueba, no sin antes advertirnos tener cuidado con los carros, ya que por ese entonces se empezaba a urbanizar el sector.

Mi casa era una casa finca, que quedaba abajo de la iglesia de la América, al frente del Colegio de La Presentación; aún había árboles y extensas mangas. Por allí pasaba una quebrada, ya hoy canalizada, de lánquidas aguas malolientes. Ensillamos los caballos, Mono para mí y Polo para mi hermano. Íbamos subiendo, cuando nos gritó un amigo de mi papá:

“Hey, mona, por el Salazar están las vacas, vayan rápido”.

Apuro mi bestia, mi hermano me sigue, llevo primero. Me bajo del caballo, tomo el lazo y amarro a Maravilla, la vaca más corpulenta, que era como la líder y las demás la seguían. Entre mi hermano y yo las fuimos arriando a todas y le dije a mi hermano que bajáramos por el otro lado, dando un rodeo para no pasar la calle, pues allí se asustarían con los carros, especialmente las cabras. Pero fue como si mi hermano no me hubiera escuchado, y justo por la calle pasaron los animales; entonces sucedió lo

peor. Por el tráfico de los carros, los animales se asustaron, y vacas y cabras se metieron a la iglesia justo cuando estaban en misa.

“Shisss, shisss... saquen esos animales”, expresaba la gente, tratando de apaciguar la batahola. Yo, muy apenada, no sabía qué decir ni qué hacer; solo mi hermano, más despierto, pedía disculpas a la feligresía y al señor cura hasta que, como por un milagro, los animales, como si supieran, lograron salir por la puerta lateral del templo.

También fue como un milagro pasar sin contratiempos la quebrada con los animales sanos y salvos. Cuando llegamos a casa, mamá nos indagó por qué nos habíamos demorado tanto y mi hermano me echó la culpa a mí. Luego de una discusión, mamá expresó que le diría a papá que habíamos cumplido cabalmente con la misión de buscar y recoger las vacas y las locas cabras, y dejarlo todo como si nada hubiera pasado.

Eh, qué cosas de la niñez se nos vienen a la cabeza en este lugar. El episodio de las vacas en la iglesia es algo que todavía alimenta mi imaginación y es un buen recuerdo entre estas paredes. Y no es que esté anclada en el pasado, esta y otras remembranzas de mi niñez me son necesarias para no perecer.

AUTORRETRATO EN NEGATIVO

Hellem Guisette Giraldo Montilla



Soy poseedora absoluta de mil defectos y errores como la que más:
soy directa, terca, acelerada, cositera, torpe, despistada,
irreverente, impaciente, cruda, lunática, caprichosa, egoísta,
soberbia, sin filtros, malgeniada, explosiva, llevada de mi parecer,
ideática, repelente, histérica, consentida, desconfiada,
orgullosa, perezosa, respondona, complicada, camaleónica,
rara, vanidosa, fastidiosa, arrogante e insoportable...
También soy psicorrígida, madrugadora, obsesionada por el orden,
ingeniosa, inteligente, curiosa, reservada e intuitiva...

De vez en cuando soy tierna y supremamente leal.
No soy hipócrita, falsa ni chismosa.

Como ves, son más las cosas negativas que positivas
las que arman este arvesado puzzle que soy.
Pero ello da una ligera ventaja y es que la gente,
quienes de verdad importan en mi universo,
en el que pareciera que el núcleo eres tú,
saben a qué atenerse en el trato conmigo.

¿Por qué tú no?

Soy muchas en una, de todas ninguna y a la vez todas en una.
Así que quíereme entera o no me quieras...
Soy y estoy bastante loca.

Y un poco peor...

Y en medio de este desastre que soy,
te amo.

Te amo con cada fibra de mi absurdo ser
y no hay otra forma de poderlo decir,
y es que no quiero decir otra cosa;
simple y llanamente te amo.

Solo anhelo que puedas y quieras ver,
en esta infinita zona de penumbras,
mi luz,

y comprendas que soy mil piezas, y no intentes armarme.

Y a pesar de que soy como ya te dije que soy,
ojalá, tal vez...

quieras amarme

y así volar a NUNCA JAMÁS y no regresar.

EL MILAGRO DE ALICIA

Paula Andrea Larrea Cortés



El temor, la angustia y la incertidumbre se apoderaron de Alicia aquella noche cuando su padre la echó de casa. Ella no comprendía por qué después de una niñez pasada por hambre y necesidades, la vida se le tornaba injusta y cruel. Ya no tenía más opción, resolvió tomar una mano amiga que la llevó al interior de la selva donde encontró, por lo menos, dónde dormir esa primera noche fuera de casa.

Al otro día de su partida, empezó a trabajar en las labores de la cocina, prestar guardia, aprender a manejar armas de fuego y otros artefactos, cruzar ríos, caminar cientos de kilómetros con pocas provisiones, huir a la medianoche..., incluso seducir al enemigo si se presentara el caso. Se sabía que el enemigo estaba cerca. Alicia aprendió a la perfección estas tareas, y se ganó la confianza y aceptación del grupo, lo cual es de gran importancia para subsistir.

Una noche de mayo, siendo las tres de la madrugada, el frío cortante penetraba hasta los huesos y el dolor anunciaba la llegada de la nueva criatura, motivo de la expulsión de su casa paterna. Dos de sus compañeros la llevaron a la cima de la montaña, donde vivía una humilde familia; allí, con lo poco que tenían, ayudaron a la mujer y a su criatura próxima a llegar al mundo.

En ese hogar de emergencia y ante los vericuetos de la vida, Alicia conoció el amor verdadero. Sucedió que en esos ires y venires, y sin que se diera cuenta, uno de sus compañeros la había estado observando todo el tiempo. La felicidad de tener a un hijo entre sus brazos no le permitía ver la dimensión de los problemas, y por aquello de la falta de espacio para albergar a nadie más, debía tomar la más dura de las decisiones. Lo que tenía que hacer era reponerse y reincorporarse a sus labores en una noche.

La criatura quedó al cuidado de la familia que la auxilió. Alicia prometió regresar en pocos días.

Pasaron los días, en los que realizó impecablemente sus compromisos y así fue como conoció al líder, un hombre de mediana estatura, frío, imponente, el mismo que la felicitó por su desempeño y hasta le informó que merecía una retribución. La llamó a solas.

—Pide lo que quieras —le dijo aquel hombre de mando.

Alicia solo tenía en mente regresar donde su hija, sus esperanzas no desfallecían. Entonces fue cuando ingresó el otro hombre misterioso que la había estado observando y solicitó permiso para tomar la palabra. Con voz firme, se dirigió al mandamás. Ella no entendía nada.

—Señor, ¿recuerda usted que teníamos algo pendiente?—

—Sí, Tigre, no he olvidado que usted salvó mi vida y le debo un favor. Llevo años esperando cómo pagarte.—

—Pues llegó el momento— dijo Morales, mientras Alicia seguía sin entender la situación. Pues bien, señor, esta mujer y yo tenemos una relación, estamos enamorados y le vamos a pedir algo imposible: queremos nuestra libertad y permiso para rehacer nuestras vidas. Podemos, sin embargo, hacer muchas cosas desde afuera.

El silencio se apoderó del recinto como un monstruo aparecido. El corazón de Alicia parecía una ráfaga de tiros. No sabía por qué este hombre hacía lo que hacía, pero pensó que era su única esperanza. Los minutos se hicieron eternos. El mandamás, tras rascarse la cabeza, contestó con gestos irónicos:

—¿Saben? No puedo conceder lo que me piden, sobre todo porque son de mis mejores elementos —dijo, y en ese momento, Alicia perdió la untadita de fe que la embargaba—. Sin embargo, soy un hombre de palabra y a usted le debo mi vida. Al amanecer, sin que nadie se dé cuenta, pueden salir. No olviden su palabra de servir a la causa desde afuera. Seguiremos en contacto.

Llegó la noche como un manto sagrado. Mientras Alicia recogía sus pertenencias, el miedo se incrustaba en su estómago. Su libertad y la de su hija estaban en manos de un desconocido, pero ya no había marcha atrás. Al llegar la hora de partir, ella no sabía cómo explicarle a este hombre que era madre de una niña recién nacida y debía llevarla en la huida. Alicia desconocía que Morales ya sabía ese detalle, pues como dije antes, este hombre la venía observando desde tiempo atrás. De pronto, tal como ocurrió en el primer día, una mano la sostenía para ayudarla a sortear cañadas,

rastros... Este hombre la ayudó, la protegió y le dio de comer durante los ocho días que duró la travesía, el mismo tiempo en que Alicia le contó sobre el nacimiento de su pequeña hija. Llegaron donde la familia que la cuidaba, la encontraron en buen estado de salud, y la felicidad no cabía en su cuerpo cuando pudo, por fin, tenerla en sus brazos.

Tres seres: una madre, un padre y una criatura, igual que en el pesebre de Jerusalén, salían de aquel lugar hacia nuevos rumbos. Llegaron a un albergue indígena. Una idea con sabor a paraíso se cruzó en la mente de Alicia, en medio de la batahola, y cuando pensaba que todo estaba terminado, llegó del cielo un nuevo amanecer; una oportunidad para volver a empezar.

LA SOMBRA

Luz Miriam Marín Hernández



Tras las rejas frías y azuladas me fumo un cigarrillo. Sin darme cuenta, de repente, una sombra aparece a mi lado.

—¿Quién eres?

La temida sensación estaba a mi costado izquierdo.

—Tardaste... le reclamé a la oscura esquelética. Ella me arrebató el cigarrillo y fumó un poco.

—Aún no vengo por ti, pero como eres tan ansiosa y piensas seguido en mí, solo vine a saludarte. Me acosas y hostigas con tu constante humareda.

Le arrebaté el cigarrillo y lo apagué. “Ni la muerte me quiere”, pensé, y sonreí irónicamente... Ella suspiró y clavó la cabeza con lástima y resignación.

—¿Puedes, al menos, dejarme descansar un poco? En este lugar no eres la única que piensa en mí deseándome. En cuanto a ti, debo decirte que es abrumadora esta labor de ir y venir convocada por pensamientos pesimistas. ¿No deberías mejor pensar en Dios, que es el único que escucha deseos egoístas? Ten cuenta que el diablo nunca da nada sin pedir algo a cambio; bueno, al igual que Dios, lo que pide es el alma. Y yo debo cargar con tu miseria para hacer que se cumplan tus deseos de pagar esta condena de contado. No, mejor todavía no, ji, ji, ji...

Saqué otro cigarrillo, lo encendí y de inmediato ella me lo arrebató, y como con rabia lo lanzó lejos.

—Ah, y también eres tramposa me dijo. Tus vicios no te harán apresurar las cosas como quieres.

—Está bien, dejaré de pensar en ti, pero es bueno que pases a saludarme de vez en cuando. Me gusta sentirte y verte cerca para recordar que aún debo vivir un poco más; qué paradoja, pero es verdad.

Ella se desvaneció mientras permanecía en mis pupilas. ¿Será que volverá sin que la llame y la desee? En verdad, me preocupa que se preocupe por mí, una simple mortal como yo. Qué pretensiosa realidad. Siempre me acosan los deseos de que esto acabe pronto. Ese es el dolor de estar acá, ese es el castigo. Bueno, la vida es así, supongo, no la inventé yo, estas cosas le pasan a cualquiera. Escuché un susurro de frío, y entonces me dije “Ahora sí”. Sacudí la cabeza, un poco confundida; creí que era la sombra y en efecto lo era.

—¿Qué diantres haces aquí de nuevo? —

le reproché. La boca se me secó, no logré articular palabra alguna.

—Viciosa... habíamos quedado en algo...

No sé cómo recuperé mi semblante. En un golpe de pensamiento, tomé la firme determinación de no tiznar más mis pulmones para respirar la vida, pero la vida viva, la viva vida...

MI AMIGA INSEPARABLE

Beatriz Castaño Díaz



Voy a decirlo de una vez, sin misterios ni tapujos, ni siquiera con poesía, porque no soy poeta.

En la cárcel se mide a las personas por el valor de su *boucher*, y lo mismo pasa en la calle; el dinero disponible determina el número de nuevos amigos. Por estos motivos, decidí que mi mejor amiga, mientras estuviera encerrada, sería este aparato redentor. Luego de dos años y medio de encierro, considero que no me equivoqué en la elección.

Los mejores momentos del día en la cárcel ocurren entre las cuatro de la tarde, hora del encierro, y las cinco de la mañana, hora de la apertura. ¿Por qué lo digo? Por ser puro tiempo de intimidad, son los momentos reservados en el interior de la celda. Lo que más me gusta es escuchar a una amiga muy singular; nunca me traiciona. Pero antes debo decir que la prisión es algo a la que se llega sola, la condena se paga sola y de ella se sale sola; por este simple hecho no puedo decir que a este lugar venimos a hacer amigos. Además, la realidad me demuestra que hay que ser precavida con los demás.

Mi amiga inseparable solo me pide del *boucher* un par de pilas al mes para mantenerla animada. No le interesan los chismes del patio, pero me mantiene informada sobre los acontecimientos políticos, sociales, económicos y hasta de farándula en el mundo. Es mi compañera del rosario todas las tardes, con sus mensajes de espiritualidad que me ayudan a ser una persona mejor, y cuando estoy decaída, me canta las más bellas canciones de amor y la más hermosa música para mi gusto.

Me he acostumbrado tanto a mi amiga, que creo no ser capaz de vivir sin su compañía. En los días en que se ausenta, porque en el expendio no venden pilas, es cuando me llega el aburrimiento, lo más parecido a morir

en vida, pero sé que ella no muere, porque continúa divirtiéndose e informando en otras partes del país y del mundo.

Cuando estamos juntos no para de hablar y hablar y de cantar y cantar. Solo me aburre un poco cuando le da por hablar de fútbol a través de unos señores demasiado parlanchines.

En mis noches de insomnio me arrulla hasta que logra adormecerme y luego, al llegar el día, me despierta sin sobresaltos para que yo sepa que el mundo sigue girando.

Mi gran amiga nunca habla mal de mí y solo dice cosas cuando se lo pido; en realidad no es que sea muy discreta, especialmente cuando de farándula se trata, pero respeta profundamente mis ideas. Sabe dar consejos; por ejemplo, sabe que amo a mis perritos y me recomienda cómo cuidarlos y alimentarlos.

ARAUCA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE ARAUCA



NELSON PÉREZ MEDINA
DIRECTOR DE TALLER

AMORES CARCELEROS

Danny Yelitza Calderón Blanco



Conocí al amor de mi vida cuando éramos motociclistas. Nos enamoramos y rico la pasamos. Éramos dos locos levantando la moto en una sola rueda. Andábamos sin temor a caernos porque él era todo un experto, los amigos nos abandonaban por las maniobras que él daba. Así pasó el tiempo y nos fuimos conociendo. Después de dos años quedé embarazada. Yo pensaba que iba a ser más amada, pero estaba más que equivocada. De él vivía enamorada y él simplemente me despreciaba, con sus amigos de rumba farreaba mientras yo en la cama lo esperaba, y al otro día llegaba como si nada; también me golpeaba, mientras en lágrimas mi corazón se expresaba. Esta relación se convirtió en odio, desprecio, infidelidad de por medio.

Recuerdo ese 28 de agosto de 2017, en el baño, cuando llorando infinitamente me arrodillé y a mi Dios le clamé, con fe y desesperación le hice saber lo mal que me estaba sintiendo, el dolor me estaba consumiendo, sentía que era mi momento, por un poquito casi desfallezco. Mi Dios actuó en ese instante dándome un suspiro de tranquilidad, con su fortaleza me levantó y de la desesperación me alivió. Al siguiente día en la madrugada, un líquido por mis piernas derramaba, era la llegada de mi preciosa dama, nos dirigimos al hospital a esperar con ansiedad. Empezaron las contracciones, un dolor sin restricciones, pensé que nunca iba a terminar, me hizo llorar, pues ya era mamá. Mi hermosa hija nació y su papá no asistió por estar en medio de borracheras y ramera, pero esa era la vida que él quería, dándole un giro a mi vida mi corazón lo destruía y poco a poco este amor desvanecía. Pasaron tres meses, él tuvo un accidente con otra moto, chocó de frente, cerrando los ojos cayó inconsciente quedando en la UCI, rumbo hacia la muerte; estando en el hospital, cuatro preinfartos le dan, la clavícula se le astilló, el peroné se le partió en dos, tuvo un trauma

craneoencefálico grave que casi se lo lleva al infierno; el médico nos decía que él no sobreviviría.

Una noticia nos dan: trasladarlo para Bogotá era la única solución para calmar este dolor, dejando a mi pequeña hija de tan solo tres meses en Arauca con mi mamá. Me fui con mi suegra para Bogotá, un lugar desconocido donde nunca habíamos ido. Sin destino fijo, en el piso dormimos aguantando frío, nuestro desayuno era un mulo y el almuerzo uno compartido. Una mañana el ortopedista nos llamó y nos dijo que el brazo izquierdo ya no tenía remedio, pues le había dado gangrena por una herida que tenía, la bacteria fue fatal que hasta el alma casi se la hace quitar; nos dieron a elegir: el brazo o la vida, pues la bacteria no tenía salida y a su corazón llegaría. Obviamente escogimos la vida, y en la sala de cirugía su brazo quedaría, pues la fiebre alta y la convulsión eran por la infección que padecía. Amputándolo se notó su mejoría, despertándose del coma en que dormía; en un mar de llanto y alegría dábamos gracias a Dios todos los días, pero no todo era felicidad, una parte de su extremidad tuvieron que quitar para así poder despertar por una bacteria que casi lo envía al inframundo.

Él nos miraba sin poder hablar, pues le habían hecho una traqueotomía y preguntando cosas con señas nos decía que qué era lo que sucedía; angustiado y desesperado se dio cuenta de lo que estaba pasando, sin poder ocultarlo tuvimos que calmarlo. Después de un mes, regresamos a Arauca; yo, como una buena mujer, me hice cargo de él, lo cuidaba y hasta el culo le lavaba, porque en recuperación él se encontraba; mientras mi hija con la abuela estaba, yo pendiente de Marlon andaba.

Marlon se mejoró y otra vez en moto se montó, tener un solo brazo no fue impedimento para seguir manejando, pues era un gran piloto que no les tenía miedo a las motos; siguió con sus andanzas, amistades y malas famas. Empecé a trabajar todo el día, pero él nada hacía, andaba de arriba abajo, encompinchándose de cualquiera que le extendiera la mano; conoció a unos amigos, los cuales eran unos asesinos, y nos fuimos integrando a rumbas, fiestas y borracheras, pues no demostraban lo que eran. Cuando descubrimos con la clase de personas que andábamos, al parecer ya era demasiado tarde, la Fiscalía seguimiento nos hacía, a las audiencias nos llevaron para ser condenados, el llamado es de cuarenta a sesenta años; somos sindicados, esperando para ser liberados, por las malas compañías casi perdemos la vida, ya que afuera lincharnos querían las familias de un difunto al cual le habían arrebatado la vida.

Mi Dios tiene un propósito en mi vida y es seguir con vida. Caí en la cárcel con mi pareja, que afuera era una bestia; al ver que las rejas nos separaban, ahí sí decía que me amaba. Yo afuera era la que trabajaba, él simplemente con sus amigos tomaba, sin importar en el camino que andaban; él a eso mente no le daba, hasta que un día la ley nos agarró y de nuestra hija nos alejó; mientras yo lloraba a la cárcel nos mandaban, ya no sentía amor porque él me desilusionó.

A los cinco meses conocí a un chico muy lindo, su forma de ser fue lo que me cautivó, ahora estoy confundida y ando a la deriva, cada día que pasa aumenta mi cariño hacia él, lo más triste es saber que él tiene mujer; hay una química entre los dos que no podemos esconder, lo miro fijamente sin miedo a lo que diga la gente. Sonrío, pienso e imagino a ese chico conmigo; aunque no nos hemos visto de frente con él me quiero ir, sin mente, pero hay una muralla que nos detiene y es mi pareja, que no deja de quererme; cinco años juntos con la relación, siento que ya no hay pasión, no sé cómo decirle que a mi corazón está llegando un nuevo amor, aunque la tristeza me invada al saber que ya no siento nada, pero es una cruda realidad que debo acabar con esto ya, no debo seguir con esta farsa que me consume el alma.

Amores carceleros en eso yo no creo, amores de carta eso es pura trama, tengo que ser más cautelosa para saber hacer bien las cosas, pensar con la razón y no con el corazón, voy para ocho meses en este infierno y lo que más anhelo es que no sea eterno. Solo le ruego a mi Dios que me saque de esta prisión. Jesucristo nunca nos desampara ni en las buenas ni en las malas, le doy gracias a mi Dios por toda esta bendición; mi hija y mi familia son mi gran inspiración; hija, te pido perdón por no estar ahora compartiendo nuestro amor. Jesucristo, mi señor, escúchame con devoción, guárdame como a la niña de tus ojos y escóndeme bajo la sombra de tus alas, no te tardes, por favor.

Decidí participar en este libro para que mi historia sea contada y nunca jamás olvidada.

COMO UNA LUNA

Pierina Vargas



Todo comenzó una tarde en la esquina de mi cuarto, llorando por cosas que, según mis amistades, son bobas, cosas sin importancia. Pero es que no me explicaba qué era lo que me faltaba para que mi mamá me pusiera atención, porque solo se concentraba en sus negocios. Yo apenas era una culicagada, y por mi mente solo pasaba que yo no le importaba. Es que ni siquiera de su boca salía un “cómo te fue, hija” o “cómo estás”, a veces ni un “buenos días”. Mi papá solo decía que le tuviéramos paciencia, me daba un beso en la frente y salía en su carro. Yo lo miraba y en mi mente solo pasaba un susurro que decía que mi papá solo quería darme una explicación a la ausencia de mi mamá. Él también trabajaba, pero él sí tenía tiempo, mientras que ella ni para darme un simple beso.

Mi mente se llenaba de preguntas sin respuestas. Yo terminaba de comer y me llevaban para el colegio, y mis amistades solo me repetían que no me pusiera así, que eso no importaba, que la mayoría de las madres eran así, pero yo solo quería la atención y el cariño de ella, o al menos una explicación.

El 22 de febrero de 2014, día soleado, me levanté, me bañé y me vestí rápido, con toda la intención de hablar un rato con ella. Es que ya tenía planeado lo que le iba a decir y qué conversación le iba a sacar. Bajé las escaleras, y ella estaba sentada en el comedor con la tablet y una calculadora en la mano. Me senté y en mi mente solo pasaba una frase: “Tú puedes hablarle...”. No sé por qué me sentía así, por qué sudaba y mis manos me temblaban, si solo era mi mamá; suspiré hondo y le dije: “Mami, ¿cómo amaneciste?”. Ella alzó la mirada, no respondió y volvió a bajar la mirada. No me explicaba por qué no me había respondido, si había hablado claro y fuerte.

No seguí insistiendo, los ojos se me llenaron de lágrimas y mi reacción fue pararme y solo decirle “Bendición, mamá”; ella respondió solo con un “Ujum”. Cuando ella me dijo eso me sentí tan sola, despreciada. ¿Por qué mi mamá no podía decirme, aunque fuera entre los dientes, un Dios te bendiga?

Llegué al colegio y mis amistades se burlaron. Una amiga me dijo que lo mejor era fumar un poco, y me pasó un tabaco de marihuana. Al principio me dio miedo, pensé que mi mamá me mataría, pero recordé que mi mamá ni un hola me había dicho, así que lo agarré y lo aspiré como toda una principiante: me ahogué con el humo, pero sentí que era la forma de olvidarme de mis problemas. Así pasé días, hasta que probé otra droga. Llegué a probar el *creepy*, perico, la heroína, los hongos, bóxer, hasta pastillas llegué a tomar. Pensaba que mi vida no era nada, solo un transcurrir de días solitarios porque ya ni mis amistades me importaban.

Llegó un día en el que me sugirieron una droga llamada Krokodril. Me convencí de probar la fulana droga, de solo pensar en olvidar el recuerdo de ver a mi mamá todos los días y que no me hablara o no se diera cuenta de mis bajas calificaciones; es que era como si en realidad no le importara o yo no existiera, como si el mundo solo girara alrededor de ella. Pero la traba que me daba me hacía olvidar las cosas por momentos. Entonces llamé a una amiga y nos fuimos para la casa. Como solo se la pasaba la empleada, estaba sola, subimos a mi recámara, abrimos el paquete, vimos un polvo amarillento y fino. Tenía dos opciones: inyectármela o inhalarla. Mi amiga sugirió que era mejor inyectarla. Agarré una tira de mi brasier y me apreté el brazo con fuerza; agarré la jeringa y la introduje en mi piel, sentía un dolor que cada vez se volvía más intenso, la vista se tornaba borrosa, el corazón se me aceleraba y la presión de mi pecho era cada vez más fuerte. Me sentía indestructible, como si fuera Hulk, el de la película. Era tan potente, me miraba las manos, cómo mis venas se brotaban, cómo mi piel se erizaba.

De un momento a otro me entró una ansiedad de comer, de morder. Los dientes se me enclambraban y en una reacción salté sobre mi amiga y la mordí tanto que le arranqué un pedazo. Ella corrió a pedir ayuda, no sabía lo que pasaba, llegó con la empleada y también la mordí, entre las dos me amarraron a la cama, poniéndome con fuerza los cordones de mis zapatos y unos casquetes en los dientes. No les voy a mentir, de ahí no recuerdo qué más pasó, solo sé que cuando desperté mi mamá estaba sentada en mi cama con lágrimas en los ojos, y de su boca solo salieron estas palabras: “Perdóname, hija”.

Vi entrar a cuatro personas, dos con camisa blanca y las otras dos con chaleco rojo. Me preguntaban cosas, me alumbraban los ojos con una linterna, me curaban las heridas. Me soltaron y me montaron en un carro. No se veía nada para afuera. Cuando el carro paró, nos bajamos en un edificio grande y blanco, con una oficina donde en la entrada estaban las iniciales ONA. Entramos, me bañaron, me hicieron ciertas preguntas y me dijeron que estaba internada para una rehabilitación. Supe que las iniciales que vi afuera significaban Oficina Nacional Antidrogas. Fue un año y tres meses encerrada en ese lugar, viendo personas iguales o peores que yo, aguantando castigos, gritos y humillaciones.

Me llamaban Trainer, y todos los días hacía las cosas mejor para salir rápido. Pasó el primer año y tres meses, salí y mi mamá cambió totalmente conmigo, era más atenta, más pendiente de mí. Era esa la madre que yo quería. Pero recapacité, no tenía que pasar por todo eso para tener la atención de ella, solo tenía que acercarme más; ahora tengo cicatrices en mi cuerpo, una con forma de luna, otras con forma de dentadura y otras muy simples, pero gracias a eso que me pasó sé que las drogas no son una salida a nuestros problemas.

Solo quiero que sepan que las drogas son lo peor de la vida. Si tienen problemas con sus padres, amigos u otras personas, resuélvanlo como personas civilizadas, hablando, no tomando la decisión que yo tomé, para que no queden como yo con una cicatriz en forma de luna.

DÍA VIERNES

Wilmayerlin Pérez



Noche de viernes. Estábamos en el amanecederero cuando lo vi por primera vez. Él no me quitaba la mirada, me tenía un poco intimidada, buscaba la manera de llamar mi atención. Le dijo a Erick, mi cuñado, que nos presentara. Se acercaron hacia donde yo estaba. Me dijo su nombre: Christian. Quería cruzar palabras conmigo, pero en ese momento yo pensaba solo en Borja, mi pareja, que toda la noche mantuvo escribiéndome, pues mientras todos bailaban y tomaban, yo estaba pegada en el celular.

A las cinco de la mañana era hora de irnos, cuando de pronto se armó una pelea y en esa estaban mis dos hermanos. Vi a uno de ellos que cayó al piso, yo reaccioné y agarré a un hombre a golpes. De repente sentí que me alzarón. Era Christian. Me dijo que me calmara, que no me metiera porque me podían lastimar. Todo fue un caos total, pero gracias a Dios a mis hermanos no les pasó nada. Christian se fue con nosotros. Llegamos a la casa, y como él era amigo de mis hermanos, se quedó a dormir esa mañana del sábado.

Pasaron los días. Christian empezó a mandarme detalles, pues entre los dos había química, eso fue como un amor a primera vista, solo que yo no lo demostraba, ya que tenía mi pareja: un soldado profesional con el que llevaba dos años de relación.

El 13 de marzo, Christian llegó a la casa y me dijo: “Nai, quiero que sepas que me gustas mucho. Me gustan tus ojos, tu sonrisa, me encanta el lunar de tu boca y el de tu pómulo izquierdo; ¿quieres vacilar conmigo?”. En ese momento me quedé pensando: “¿Qué hago? Yo tengo pareja, pero Christian me gusta mucho”. Bueno, no le eché más mente a eso y de una le dije que sí. Él me abrazó fuerte y me besó rico; todo iba bien. Llegaron las fiestas de Tame y para mi mayor sorpresa me llamó mi pareja diciéndome

que le habían dado cinco días de permiso, que estaba feliz porque pasaríamos las fiestas juntos. Yo no estaba tan feliz, ya que los planes con Christian se habían dañado; no sentía remordimiento, porque mi pareja un mes antes se había metido en un chongo y se había acostado con una prostituta.

Borja llegó a la casa. Cuando Christian lo vio se puso molesto, pero no me hizo ningún reclamo porque él sabía de la existencia de Borja. Fuimos a las fiestas; ahí estaba Christian, y era inevitable ocultar la química entre nosotros. En un descuido de Borja nos besamos y nos tomamos muchas fotos. Borja me dijo que estaba cansado, que nos fuéramos a dormir. Yo no quería, ya que mis planes eran estar con Christian. Pues llegamos a la casa y no fui capaz de hacer el amor con él, ya que tenía a Christian metido en la cabeza. Borja me preguntó: “¿Qué tienes, por qué no no quieres estar conmigo?”. “Me siento mal—le contesté—, me duelen las caderas; lo más probable es que me va a bajar la menstruación”. Al día siguiente, Christian fue a la casa, y yo no disimulaba y le lanzaba besos. Así pasaron los cinco días de permiso de Borja y no pude hacer el amor con él, hasta le dije que dejáramos todo así que ya no quería estar con él, pues lo que sentía por Christian era más grande. Borja no quiso mi excusa, para él fue el resbalón que él había tenido con la prostituta.

El 20 de marzo, Christian me dijo que sí me quería quedar con él en su casa y le dije que sí. Se llegó la noche, nos fuimos a su casa y pasó lo más anhelado: hicimos el amor. Todo fue muy rico, lo hicimos seis veces: en la cama, en la mesa de noche, en la hamaca, en el baño, en la cocina... Después de todo eso, me empecé a quedar con él día por medio. Le dije a Borja que no me molestara más, que no quería nada con él. Lo bloqueé del WhatsApp, de Facebook, de las llamadas, mejor dicho, de todo. Yo estaba muy trágica de Christian. En dos meses de relación nunca supe en qué pasos andaba, él me dijo que nos pusiéramos serios, que nos fuéramos a vivir juntos.

El 11 de mayo de 2018 arrendó una casa, fuimos al centro, compramos unas cosas que nos hacían falta y nos fuimos a vivir. En ese momento me di cuenta de lo que él hacía: era expendedor de drogas. Pero no fui capaz de dejarlo. Él nunca me relacionó en sus negocios, siempre me mantenía alejada de sus transas, como él solía decir. Debido a sus sucios negocios, cada mes nos cambiábamos de residencia. Así duramos cuatro meses, hasta que ese sábado 15 de septiembre, Día de San Valentín, a las 10:30 a.m., tocaron la puerta durísimo. Pregunté quién era y me dijeron que Kevin. Me asomé por la ventana y vi a un hombre de traje negro con un arma en

la mano. Christian estaba en el baño, yo empecé a gritar y él salió. Le dije lo que pasaba. Christian no supo qué hacer. Ellos entraron y me dijeron que tranquila, que no nos iba a pasar nada.

La peor parte de la historia es que Christian tenía diecisiete años y yo veintiuno, él me había ocultado su edad. A mí me hicieron firmar el papel de allanamiento, por ser mayor de edad, pero lo que yo no sabía era que en ese momento firmé mi condena. Yo, asustada, le dije a Christian: “Amor, ¿ahora qué va a pasar, te van a llevar preso? Eso no me perjudica, ¿verdad? Él me contestó que tranquila, que todo iba a salir bien, que se lo llevarían a él y que lo soltarían en dos días.

Los de la Fiscalía terminaron su trabajo: encontraron 170 gramos de marihuana, dos grameras, dos paquetes de bolsa de empaque, una pipa y una trilladora. Uno de ellos me dijo: “Usted queda detenida por tráfico, fabricación y porte de estupefacientes; tiene derecho a guardar silencio o todo lo que diga puede ser usado en su contra; tiene derecho a un abogado; si no tiene, el Estado le otorgará uno”.

En ese momento el tiempo se me detuvo, no supe dónde quedé. Empecé a llorar, Christian me abrazó, lloró conmigo y les dijo a los de la Fiscalía que se lo llevaran a él, que yo no tenía nada que ver, pero él era menor de edad. Se lo iban a llevar para Bienestar Familiar, pero yo sería llevada a la Fiscalía. Christian me dijo que tranquila. Me llevaron a dormir a la estación, donde tenían a Christian; él me empezó a gritar “¡Te amo, negra, todo va a estar bien!”. Yo, en medio de mi dolor y mi rabia, no le contesté y lo miré feo.

Al día siguiente me hicieron audiencia. El abogado peleó mi libertad, pero el fiscal me quería hundir y le dijo al abogado que si me sacaba me iba a meter utilización de menores, que era peor. Yo pregunté qué tenía de malo tener una relación con alguien menor que uno, pero obvio que sí era malo porque Christian expendía droga y el fiscal podía decir que yo era la que lo ponía a hacer eso para llevarme a la cárcel. El abogado me hizo aceptar cargos como cómplice. A los cinco días me trasladaron al Centro Penitenciario y Carcelario de Arauca. Estando ahí, volví a saber de Borja, pues él se enteró de lo que a mí me estaba pasando por unos compañeros del trabajo. Le pagó un millón de pesos a un abogado para que me sacara. El abogado pidió domiciliaria, pero me la negaron por ser de nacionalidad venezolana.

A los siete meses de estar yo en prisión, agarraron a Christian en Aguazul con una libra de marihuana. Ahora se encuentra en una correccional en Yopal esperando a que un juez dicte su condena. Yo llevo diez meses esperando a ver cuánto me toca pagar. Mi familia odia a Christian, pero a pesar de todo yo lo sigo amando. El tiempo de Dios es perfecto, solo espero que se haga su voluntad y en él pongo mi libertad.

ATLÁNTICO

CÁRCEL MODELO DE BARRANQUILLA



ANTONIO SILVERA ÁRENAS
DIRECTOR DE TALLER

ENFERMO EN VILLA Mosquito

Jorge Luis Pérez Álvarez



Quiero contarles lo que se sufre cuando uno se enferma en la cárcel. El 14 de noviembre del año 2018 sentí que una fiebre entró en mi cuerpo. Cuando la guardia entró a la celda donde yo estoy, partieron la pared, hicieron un hueco y por ahí entró una ráfaga de aire contaminado y frío.

El 17 del mismo mes fui al médico y le comenté cómo me sentía. Me miró y me recetó unos antibióticos para el mal que yo sentía.

Antes de terminar el mes, volví al médico que atiende a todos los del penal, ya con otros síntomas añadidos al primero. “Háganme análisis de todo”, les pedí, y así todas las semanas que tocaba médico al patio número 2. A una de las enfermeras le dijeron que me pusiera una inyección para la fiebre y me dijo: “¿El candado te está enfermando?”. Y le contesté que eso no me hacía daño a mí, ya que en mi casa también tengo rejas y candado Yale.

En esos ires y venires, me llevaron a un hospital en Barranquilla, me hicieron análisis y me tuvieron en observación como dos horas y no detectaron mi enfermedad. Y yo muy mal. Eso era vaya al médico y nada.

El 24 de enero del 2019, el doctor Fernando Nassar Caballero me dijo: “Yo lo he atendido ya muchas veces, voy a mandarlo a que lo aíslen porque me parece que usted lo que tiene es tuberculosis, aunque ningún análisis le ha salido positivo”. Y sí, me aislaron el mismo día, me llevaron a un calabozo y me pusieron en tratamiento contra la tuberculosis. Ese calabozo queda allá, en Villa Mosquito, como se llama en la cárcel a este sitio que sirve a la vez de calabozo y de espacio para los enfermos como yo. Pero ahí no hay mosquitos: se vive con los mosquitos, ratas, ciempiés, hormigas y gatos.

Todos los días me daban cuatro pastillas, y al cuarto día amanecí sin fiebre, sin dolor en la garganta, espalda y pecho. Mi peso promedio es entre 65 y 70 kilos, pero llegué a pesar 55 kilos. ¡Ahí pude ver cuánto cuesta estar privado de la libertad y sufrir una enfermedad por negligencia médica!

Pero esto es solo el principio. En ese calabozo, el solo hecho de ir al baño me ponía mal, ya que siempre que iba, así fuera solo a orinar, vomitaba. Estaba tan sucio y hediondo el baño que ese olor estaba en todo el calabozo. Porque ahí uno hacía las necesidades fisiológicas, se bañaba y, además, se lavaban los platos de la comida. Hasta el agua para tomar es de ahí mismo.

Para peor de los males, las personas que encontré en Villa Mosquito tenían una cortina de tela en la puerta del baño toda mojada, sucia y hedionda, y a eso se le añadían los olores de los desperdicios de comida. El mal olor era insoportable para mí.

A todas estas, yo había perdido el apetito antes de llegar ahí: imagínense estar en ese sitio. Así, todo debilucho, me tocó lavar el baño hasta donde tuve fuerzas y se fue un poco el mal olor. A la semana de estar ahí hablé con mi esposa por un celular —de esos que le llaman “pericuique”, que me prestó uno de los que estaban conmigo, apodado el Paísa—, y con voz entrecortada le dije que me estaba muriendo. Yo sentí que me moría porque estaba tirado en el piso, en una colchoneta, en un sitio donde hay tanta humedad en paredes por filtraciones de agua de baño; estaba muerto porque no tenía fuerzas ni para sentarme. A mi esposa la oí cuando soltó el llanto y le colgué. Sentí que me moría, así como cuando una vela se está apagando.

En ese mismo momento, llegaron a la reja del calabozo tres hermanos cristianos, que al verme así se unieron en clamor a Dios por mi vida. Duraron no sé cuántos minutos clamando a Dios y con su ayuda logré sentarme en una canasta plástica.

Ya me sentí un poco mejor, porque antes no podía ni levantar los brazos. Ahí comprendí que Dios me ama porque me dio nueva vida, ahí le abrí el corazón a Jesucristo e hice la oración de fe. Hoy le doy gracias y la honra a Dios.

Hasta hoy, mediados del mes de junio 2019, aún estoy en tratamiento, que es por seis meses. Pero aún recuerdo ese calabozo en Villa Mosquito, que está situado en la parte lateral de la cárcel Modelo de Barranquilla, cerca de la garita número 4, cuyas paredes están llenas de grafitis, con citas bíblicas, nombres de muchos que han pasado por ahí, la pintura de una

mujer con nombre Salomé y mensajes subliminales. Todo eso para que los recuerden en medio de las paredes con humedad y hongos, y el techo roto. Por el área lateral de la cárcel se encuentran residuos de materiales, carros viejos, malezas y árboles altos que están en la parte exterior de la pared de la cárcel; por ahí también pasa un arroyo que va al río Magdalena.

En ese calabozo estuve setenta días, y me pasaron al patio de nuevo. Al llegar al patio en el pasillo 1, los compañeros me recibieron con cariño. Ya estoy bastante recuperado, con un peso de 65 kilos. He seguido mis estudios en el área educativa. Mi familia sufrió mucho al verme enfermo y no solamente por eso, sino también porque estoy privado de la libertad. Ha sido muy duro para mí y para ellos. Yo les he pedido que me perdonen por todo el sufrimiento que les he hecho pasar.

También les cuento que aunque yo me encuentre en este sitio no me siento preso, porque aquí Dios permitió que yo llegara a los pies de Jesús. Porque no hay lugar más alto que estar a los pies de Jesús. Les pido a los lectores que no esperen a estar privados de la libertad, busquen a Dios. Dios los bendiga.

SOLEDAD Y YO

Luis Vásquez



Soy un recluso más de la Modelo. En nuestro diario vivir es la soledad. En un lugar pequeño de cuatro paredes, llamado celda, soñamos despiertos con la ilusión de algún día reencontrarnos con nuestra familia. En mi caso, de sentir el abrazo de mi esposa, de mi madre y de mis hermosos hijos; darles la alegría a mis hermanas de estar fuera de este lugar que tanto dolor nos causa tanto a nosotros como a ellos.

Aquí vivo recordando a mi esposa, Natalia Rodríguez, y a mis hijos, Yurdis, Shaila, Juan y Naileth Vásquez, que son las fuerzas de mi vida para que este lugar no se adueñe de mi soledad como todo recluso en la prisión.

La moral de uno es la visita. Algunos cuentan con la suerte de estar con los suyos cada ocho días, pero también como yo hay muchos que no somos de esta ciudad y estamos de vecinos en ella. Nuestra visita es de vez en cuando y nos toca aferrarnos al retrato de nuestras familias, pero hay otros que ni eso tienen en esta cárcel, y ahí es donde entra esa mujer que nos acompaña en sitios como estos, sí, ella: Soledad.

No todo el tiempo con ella he vivido, solo se adueña de mí en momentos débiles que tengo. Al extrañar a personas que amo. Llevo dieciocho meses en esta prisión y para mí es una eternidad al no estar con mis seres queridos.

Solo le pido a mi Dios, día y noche, que tenga misericordia de mí y me lleve al lado de los que más amo, y que el día que recobre mi libertad, esa mujer no me acompañe, para que nada más les haga compañía a aquellos que solo se sientan porque yo ya estaré acompañado de la felicidad y de mi familia.

Gracias, Soledad.

BOGOTÁ, D.C.

RECLUSIÓN DE MUJERES EL BUEN PASTOR



CRISTIAN VALENCIA HURTADO
DIRECTOR DE TALLER

COPLAS EL BUEN PASTOR

Nataly Gisell Monroy Velandia



Entrando por la puerta azul,
Siento ganas de llorar.
Luego me acuerdo que no tengo que pagar arriendo
Y la tristeza se me va.

Entre requisa y requisa,
El manoseo viene y va.
Y más de una dragoneante
Ennoviada sale de acá.

Reunidas en la celda
Todas contamos nuestras experiencias.
Algunas tristes, otras de llorar,
Y entre las colchonetas y el suelo
Los chinches escuchan con atención.

En la madrugada despierto
Y salgo corriendo a desayunar
Pues si gritan: ¡últimas del cuarto!
Y no logro pasar la reja
Ya tuqui tuqui, mi vieja,
Porque sin desayuno nos dejan.

Cuando las drogas gritan: ¡contada!
Empiyamadas casi todas están
Y con los pocos chiros que tenemos
Nos toca vestimos corriendo y disimular

Como si las pichas en los ojos
No nos pudieran delatar.

Siempre a la hora de la comida
Todas corren hacia el rancho
Y las más astutas y abejas...
Al colarse se esconden de las drogas
Y se ponen felices al llegar
De primeras por los garbanzos.

Allá adentro en los tramos
La ropa se ve colgar
Quién sabe cómo lavamos
Porque lavaderos no hay.

Allá el domingo en las visitas
Guapas nos ponemos
Y recibimos con anhelo
A nuestras familias con festejo.

Viva la comida, viva el amor,
Que si nos dan un papayazo
Nos volamos del Buen Pastor...

Entre raqueta y raqueta
Operativo viene y va
Y ya ni los chinches
Se salvan de que les quiten el celular.

En el patio los oídos
Están a punto de estallar,
Y entre gritos, madrazos y lamentos
Ya no aguantamos más.

Solo queremos algún día escuchar
Cuando la ordenanza grite con toda
¡A la reja, hija,
que pa la casa se va!

Y como dice el Chavo del Ocho
La venganza nunca es buena,
mata el alma y la envenena,
Aprisiona el cuerpo y la condena...

Así que, señoras y señores,
Niños y niñas, damas y caballeros,
Hembras y machos, chicos y chicas,
Parceros y parceras, prisioneros y prisioneras,
Muchas gracias por su atención,
Y hagamos del Buen Pastor una convivencia mejor...

Y ya para terminar
Una cosa sí les digo,
Dejen de quejarse tanto, que si estamos aquí
Juntitas es para aprender a reconocer
Nuestros errores y dejar de ser bandidas.
Y no se pongan bravitas
Que todo lo que digo es recocha,
Más bien sonríanle a la vida
Y disfruten esta vida y la otra.

Con mucho amor para El Buen Pastor.

EL CLUB DE LOS OLVIDADOS

Amy (seudónimo)



Tengo que escribir los versos más tristes de mi historia; de toda mi vida, yo creería. Este hecho que narraré es el más triste, incluso más triste que cuando supe que perdía mi libertad.

Recuerdo que por esos días las cosas para todas se habían puesto duras. ¡Muy duras! Sin pines, sin comida, sin comodidades, todo era perturbador por esos días. En esa semana todo nos reventaba los oídos. Pero ese día no.

Siempre nos tropezábamos con Luna, mientras hacíamos fila para cualquier cosa. Nos aterraba ver sus heridas abiertas en los brazos. Se le veía casi el hueso porque ella misma se había hecho las curaciones. Parecía una colcha de retazos.

Surgía una pregunta colectiva: “¿Y esta mujer de dónde sacó tanta energía y cómo es que está viva?”. “¡Qué china tan loca!”, se exclamaba por todos los pasillos. Algunos la aplaudían, otras la desaprobaban. Se tejían varias historias alrededor, todas increíbles, todas salidas de contexto, pero ella, con su peculiar forma de pensar, decía: “Estamos para morirnos, pero es cuando Dios quiera, no cuando yo diga”.

Me extrañaba todo lo que hacía porque era igual a mí. Las dos éramos extrañas, ambiguas y secretas, incomprendidas por el universo. También tenía el corazón roto. Su sufrimiento, como un viacrucis secreto, era su hermano. ¡Uuufff! Su causa, su dolor.

Su hermano había decidido ganarse las lucas honestamente, ayudando a un junkie, un caballo, y en una de esas salió pringado de VIH. Eso a Luna la rompió irreparablemente. Era su culpa, según ella, por ser tan caspa y meter a su hermano en casa. Qué china más caspa era Luna, qué china más jodida, Luna.

A El Buen Pastor llegó repuesta, pisando duro pero desesperada por el humo. Ya había dado palo por allá en Pedregal, de donde venía. Duro le había tocado. Había comido la real cana, y como pertenecía a la estirpe de las más hardcore de las ovejas negras, incluso con ácidos multicolores, era testaruda, llevada de su parecer, conflictiva y violenta. Total, una china de esas bien berracas de las que no quisiera ser yo porque el precio es muy alto. Casi pierde un ojo, casi pierde la vida, y aún cantaba Juan Gabriel y Ana Gabriel en la ducha, saludaba al sol en la mañana, saludaba la vida y nos saludaba a todas. Decía: “¡Hoy amanecí un poco mal, pero ninguna de ustedes tiene la culpa!”. Ya había tenido tres mujeres aquí. A la última, creemos con ese corazón tipo Rosa de Guadalupe que tenemos todas, la amó hasta el último segundo, según dijeron unas cuantas y soñaron otras postsuceso.

¡Era igual que yo! Solo soñaba con su hija. Igual que yo, veía a su bebé en fotos a la distancia, con lágrimas en los ojos; su hija era todo para ella, como mi Jerónimo.

Ella, con ese espíritu de envolver hasta a la más jaiba y con ese don de vendedor de enciclopedias oculto, lograba ver constantemente fotos y fotos en los celulares, casi gratis. No entiendo a estas alturas, después de tener esa niña tan bella, igualita a ella, cómo pudo desequilibrar su mente.

Quería acabar su sufrimiento a costa de todo, se obsesionó con su esposa. Gritó, chilló, peleó, causó todos los estragos y exabruptos posibles, incluso a mí, que tengo la miel para los problemas graves.

La china se nos “friquió”, se nos destornilló, perdió todo lo que para ella significaba algo. Cuando Luna decidió devolverle la vida al universo, no dijo nada, no hizo sus acostumbrados berrinches.

Como Juana de Arco, como sor Juana Inés y como Frida, calló su sufrimiento en silencio y se entregó a aquello que ella creía lo mejor. No fue un final, no fue una pérdida, fue el inicio y el descanso.

Antes de irse, escribió en el muro del patio donde terminó durmiendo: “¡Bienvenidos al Club de los Olvidados!”, y “Te amo, esposa”.

Fue triste. Era una noche callada, fría, aterradora. Esa noche todas durmieron temprano, un sueño diseñado por el Averno y hasta por Dios.

Descansa en paz ahora, Luna. Esa noche, luego de cantar su última tonada y mientras dormíamos, Luna le regaló la vida al universo.

Llora el muro donde yació su cuerpo; también la pared sobre la imagen de la Virgen María y las pocas florecillas que se encuentran por ahí.

La humanidad nos recuerda la tristeza y el dolor.

Trató de regalarle lo mejor al mundo y el mundo le ganó.

Luna se despidió de mí, recogió los pasos. Cierta noche, mientras el frío y el cigarrillo llegaban a mi cama, escuché en mi oído: “Adiós, Amanda”. Desde ahí recuerdo a Luna: alegre, bandida, triste, y cantando la misma música que ella me enseñó.

Que Dios permanezca en tu recuerdo siempre, que tu nombre sea pronunciado.

EL MAYOR DOLOR DE NO VERTE

Fanny Ospina C.



Mi hijo tenía dieciocho años cuando se fue a vivir a La Hormiga (Putumayo). Allí comenzó a trabajar con medicamentos de origen natural, más conocidos como naturistas. Le iba muy bien en su trabajo, ganaba buen dinero, pero le gustaba mucho la parranda, y fue así como conoció a una señora y se enamoró de ella. La señora tenía tres hijos de su anterior pareja. Ella trabajaba como prostituta. Tiempo después se fueron a vivir juntos.

En diciembre fueron a visitarme al pueblo donde yo vivía. Pasamos juntos Navidad y Año Nuevo. Al pasar las festividades, me pidió que fuera a vivir con ellos y con sus hermanos y decidí hacerlo. Pasaron como cinco meses. Mi hijo se iba al trabajo y la señora salía también a hacer lo que antes hacía, sin importarle ni los niños ni mi hijo, pero él no sabía nada. Por más que yo le decía, no me prestaba atención. Debido a esto, ella convenció a mi hijo de irse a vivir aparte; yo me quedé con mis hijos y me puse a trabajar en un restaurante. Mis hijas se pusieron a estudiar.

Así pasó el tiempo. En casa de mi hijo las cosas no mejoraban. Se la pasaban peleando y hasta golpes había. Mi hijo no volvió a visitarme. Pero una noche llegó todo asustado y me dijo que lo iban a matar, que no hiciera ruido y que nos acostáramos. Así lo hicimos. Al día siguiente le pregunté qué pasaba y me contó que había peleado con esa señora. Le dije que mejor la dejara, pero él dijo que no, que la quería mucho; no me hizo caso.

Días después decidieron viajar para Policarpa (Nariño). Allá él siguió trabajando y vivía con ella y los hijos. Pero como los problemas entre ellos seguían, él decidió vigilarla. Le decía que se iba a trabajar pero era mentira. La encontró con otro hombre. Él, en medio de la rabia, la golpeó, pero cuando cayó en cuenta la curó y la cuidó. En todo caso, ella fue y lo

acusó con el comandante de la guerrilla. Le dijo que él era informante de los paramilitares y, supuestamente, también mis hijas y yo. Fue cuando lo mataron. Unos amigos suyos me llamaron. Cuando supe de la muerte de mi hijo, fue muy duro para mis hijas y para mí. No pudimos ir a donde estaba él porque nos podían matar a nosotras también. No pudimos enterrarlo y mi hijo quedó como un desaparecido más.

LA CULTURA DE LA CALLE

Ángela Patricia Fernández



Mi infancia fue muy feliz. Mis padres se separaron cuando yo era muy niña. Yo me quedé con mi padre, que me llevaba al cine, al circo, al parque los domingos. Para donde él iba, yo también. Éramos andariegos: fuimos a Villavo, Ibagué y vivimos varios años en Medellín. Con mi padre compartí todo. Los domingos me llevaba a piscina. Él me enseñó a nadar. Yo lo acompañaba los fines de semana a trabajar vendiendo lotería. Nos íbamos para los pueblos cercanos: al Pueblito Paisa y muchos lugares hermosos, y eso me hacía muy feliz, junto al hombre que más amo en el mundo: Luis Fernández, mi padre.

Nos devolvimos de Medellín porque mi abuelita estaba enferma y sola. Entré a estudiar acá en Bogotá y no regresé jamás a Medellín, donde pasó parte de mi niñez maravillosamente junto a mi padre. Llegué de Medellín a los once años y nos fuimos a vivir al barrio Bello Horizonte. Empecé a estudiar en la escuela, llamada igual que el barrio. Allí conocí varias amistades “malas” y “buenas”, pero escogí las malas. Me llevaban a fiestas al barrio Santa Inés y a veces llegaba temprano. Antes de que mi padre llegara, mi abuelita me abría la puerta y no le decía nada a mi padre. Pero un día llegué a las seis de la mañana y golpeé en la ventana. Mi abuelita me contestó: “Ya le abro”. Y vaya sorpresa: mi papá estaba detrás de la puerta esperándome, me dio una garrotera y me rompió el labio de un palazo. Cuando fui al colegio, mis “amigos”, entre ellas una muchacha que era más adulta que nosotras, me dijo. “Uuuuuuuuy, no aguanta que su cucho le pegue así. Eso váyase de la casa y se viene a vivir conmigo”. Me fui de la casa casi a los doce años. Mi amiga trabajaba de “tomas”, es decir, la que droga a los hombres cuando están borrachos. Ahí empecé mi vida de drogas y libertad. Empecé a fumar marihuana y a recorrer las calles del centro de Bogotá. Lo primero que conocí fue El Cartucho. Al frente quedaban

unos billares que se llamaban San Trope! —que ya no existen— y allá nos la pasábamos todos, o sea, mucho parche: ladrones, putas y toda clase de personas buenas y malas, como en todo el entorno del centro.

Antes de cumplir trece años estaba embarazada. Yo era una niña esperando otro bebé. Como durante el embarazo seguí con la vida de bohemia y drogas, perdí a mi hijo a los tres días de nacido. El papá se encontraba en el patio de menores de la Modelo —imagínense la joyita—. En ese entonces él tenía diecisiete años y me llevaba cuatro años. Lo conocí en la calle 22 con 10. Había un gay que se llamaba Carlos pero le decían la Gata. Y parece que yo le gustaba al marido de esa Gata. Un día, la Gata quería hacerme daño con unas cuchillas que tenía metidas entre los dedos, y Chitín (así le decían al padre de mis hijos, su nombre era Pedro Alejandro Restrepo) se pasó la calle y le dijo a La Gata: “Qué le pasa con mi mujer, me paro duro por ella”. Desde entonces me convertí en su mujer. Sus palabras fueron ciertas. Me llevó al barrio El Parejo, que queda frente a la plaza de Bolívar, subiendo hacia el barrio Egipto. Su mamá, Susanita (le digo así de cariño), me enseñó a cocinarle, lavarle y todo lo de un hogar. Pero él se la pasaba más en la cárcel que en la calle conmigo. Entonces a mí no me gustaba estar en la casa de él y me iba para el centro, al parche. Me gustaba estar rodeada de gente malandra y viciosa. Chupábamos pegante y fumábamos marihuana.

Cuando no teníamos para el hotel dormíamos en los cinemas de la 24 con 9, poníamos cartones debajo para el frío del piso y nos arropábamos con cobijas que guardábamos en las alcantarillas de agua. A las seis de la mañana nos íbamos para el patio de la calle 24, detrás del cementerio central. Allá entrábamos a las siete de la mañana y nos daban una taza de aguadepanela con pan, y después nos pasaban camiseta y sudadera para que nos bañáramos; la ropa la recogían y la lavaban en unas máquinas grandes, como de lavandería. Después del baño nos daban el desayuno: era caldo de costilla, chocolate y pan. Y a las doce nos daban la ropa seca y el almuerzo. A las tres de la tarde volvíamos a salir a la calle, al parche. Eso le pertenecía al Idiprón, al padre Javier de Nicolás. Gracias al padre teníamos la oportunidad de comer, bañarnos y salir limpios otra vez a la lucha de la calle.

Así transcurrieron cuatro años, y volví a quedar embarazada porque Chitín salió de la cárcel. Pero yo no quería estar con él. Me fui para donde mi papá y mi abuelita, dejé los vicios y me puse en control. Chitín me visitaba, me llevaba todo lo que necesitaba y me acompañaba a todo. Como al sexto mes nos fuimos a vivir a La Victoria, hasta mis nueve meses de embarazo. Después volvimos a El Parejo para que mi suegra Susanita me

cuidara. En esa casa nació Jesmy, mi hija, que ahorita tiene veinticinco años, gracias a Dios. A los ocho días de haber nacido, mi padre fue a visitarnos. Le dije que me quería ir con él, que no quería seguir en ese lugar porque Chitín, a pesar de ser feo, era muy mujeriego. Me fui con mi padre y mi hija. También hablé con mi abuelita materna, que era mayorista de lotería, para que me diera unos pedazos para vender. Y me fui para Carulla de la 127 con 17, a un costado de Unicentro. Vendía lotería y cargaba a mi hija. Así duré un año y me cansé.

Y volví al centro. Dejaba a Jesmy en el jardín y me iba a robar. Me capturaron y me metieron a El Redentor, por hurto. Allí duré un año. Como había dejado a Jesmy en el jardín, mi mamá la reclamó y me la cuidó el tiempo que duré encerrada. Cuando salí, ya tenía dieciocho años y mi hija estaba grandecita. Mi mamá vivía con Javier, su esposo; estaban muy encariñados con Jesmy y no querían entregármela. Cuando cumplí diecinueve años volví a ver a Chitín. Me dio miedo pero lo enfrenté. Me dijo que quería ver a Jesmy. Le conté lo que pasaba. Fuimos los dos a ver a mi mamá y a su esposo. Acordamos que aunque no nos entregarían a la niña del todo, podíamos sacarla y llevarla al parque.

De repente, llegó el día en que Chitín no volvió. Me pareció extraño pero no le puse atención. Al mes me encontré a su tía. Me dijo que Chitín estaba desaparecido. Fui donde Susanita y me dijo que la ayudara a encontrarlo. Un domingo, Susanita se fue a la Señora de Guadalupe a pedirle que la ayudara a encontrar a su hijo, y un muchacho que gritaba “¡Guadalupe!” en los colectivos le dijo que en días pasados habían encontrado un cuerpo de un joven en estado de descomposición. Ella se bajó del colectivo y se fue a buscarlo a Medicina Legal. Me pidió el favor de reconocerlo porque ella no se sentía capaz. Chitín estaba muy descompuesto. Lo reconocí por los tatuajes. En la mano unas letras que decían A y A: Ángela y Alejandro.

Cuando cumplí veinte años conocí a David Acelas Tamayo, hijo de una jibara de la 23 con 9 a la que yo le decía Mi Mami Martha por cariño. Me llevaron a su casa, en el barrio Columnas. Una casa grande y muy bonita. Había dos niñas hermosas: Kelly y Ginebra, la sobrina y la hermana de David. Dejé de chupar pegante porque me daba como pena con esa familia; solo fumábamos marihuana. Me puse a jibariar con ella. Me dejaba vender diez gramos para sostenernos con David. Él robaba. Duré cuatro años con él. Lo mataron de un balazo en la cabeza en la 22 con 10; según dicen, por equivocación, pero solo Dios sabe.

Duré dos años más en casa de Mi Mami Martha; luego me fui. Volví a robar, pero ya era mecha con una señora. Nos iba muy bien. En todo caso, comencé a pensar que quería otra vida porque me había gustado eso de vivir en una casa. Me encontré con unos amigos que estaban trabajando en el Idiprón y me dijeron que fuera. Allá me dieron trabajo. A los dos años exactos de la muerte de David conocí a Juan Carlos Cifuentes en La Rebajona, una tienda donde tomábamos cerveza. Me lo presentaron y fue muy bonita la química entre los dos. Eso fue exactamente el 22 de agosto de 2003, hace dieciséis años. A los tres meses nos fuimos a vivir. Él vivía en el barrio Guacamayas segundo sector y yo vivía en Columnas. Pero él no estaba solo. La mujer que había tenido antes le dejó dos hijos a su cargo, y pues el que quiere el perro, quiere las pulgas. Formamos una familia los dos hijos de Juan Carlos, mi hija y yo.

Él tenía una casa en Yomasa, abandonada, que le había dejado el papá. Me dijo que nos fuéramos para allá. Así fue. En esa casa no había agua pero sí había luz y gas. Nos tocaba desenterrar una manguera y recoger agua en las noches. Fue duro al principio, pero lo logramos. La arreglamos y mandamos a poner el agua. Vivíamos bien, pero nos tocaba duro. Los fines de semana llevábamos los hijos de Juan Carlos a donde la mamá en Guacamayas y a mi hija a donde mi madre. Salíamos a la lucha de la calle: él a robar y yo a acompañarlo. Pusimos una chaza y la trabajábamos de noche, y así pasaron los años.

Como a Juan Carlos lo atropelló una buseta y le partió el fémur, me tocaba muy duro para pagar los servicios, la comida y las necesidades de un hogar. Entonces me fui para el Idiprón, le comenté el caso al padre Javier de Nicolás y me dio trabajo.

Comencé a trabajar. La tía de Juan Carlos se fue a vivir con nosotros para ayudarnos a cuidar a los niños. Pasaron los meses, Juan Carlos se recuperó y volvió a robar. Le ayudé a buscar trabajo conmigo en el Idiprón porque no quería que siguiera en eso. Habían pasado ocho años de nuestra relación, con tropiezos y problemas, pero siempre ahí, como familia, apoyándonos. Trabajó en Idiprón un año y ahorró para irse al Brasil, ya que la familia por parte del papá es “internacional”, o sea, personas que se van a robar a otro país y consiguen mucha plata. Era su sueño y yo no quería truncarle sus sueños a costa de mi sufrimiento y soledad. Lo amaba y quería lo mejor para él, pero no sabía que él verdaderamente nunca me amó. A los ocho meses de estar en Brasil ya tenía otra mujer. Nunca he viajado

—bueno, solo a Ecuador—, pero tengo muchas amistades que me lo contaron. Juan Carlos lo negaba.

Como yo seguía trabajando en el Idiprón, un día hablé con la doctora Angélica, la directora de la casa de Santa Lucía donde yo trabajaba. Le dije que quería estudiar enfermería. Me dijo que iba a hablar con el padre Javier para ayudarme con una beca estudiantil. Entré a Fusdesa, una escuela de enfermeras en el barrio Restrepo. Tenía que pagar una cuota de sesenta mil pesos mensuales. En ese tiempo el padre Javier de Nicolás estaba muy enfermo y no podía seguir ocupando la dirección del Idiprón. Con el nuevo director se formó un despedote y sacaron como a doscientas personas, incluyéndome. A veces hablaba por internet con Juan Carlos y le decía que por favor no me desamparara, que me ayudara así fuera solo para el estudio. Y me decía que sí, pero lo hacía cuando quería. Me puse a vender lo que fuera en la calle: tapetes, cerveza, papel regalo, en fin, pero no quería dejar mi estudio y volver a robar. Lo logré. Me gradué con mucho esfuerzo, a pesar de las adversidades. Con mi tarjeta profesional empecé a buscar trabajo en lo que había estudiado.

Juan Carlos se fue de Brasil a México, luego a Londres y después a España. Duramos dos meses sin hablarnos, porque la última vez me dijo que él quería progresar y yo no estaba en sus planes. Imagínense. Conmigo vivió lo más humilde, lo más bonito, pero le comencé a sobrar cuando consiguió plata y conoció mundo. Así pasaron los años y yo seguía en la casa de Yomasa con mi padre, porque Juan Carlos allí me había dejado y yo quería que me encontrara ahí mismo. No conseguí otra pareja porque yo sí lo quise de verdad. Llegó en el 2018. Fue una felicidad. El hombre que amé volvió. Pensé que todo iba a ser como antes, pero mentiras, todo había cambiado. Los primeros meses todo pasaba normal. Él en su vida y yo en la mía. Estaba esperando el trabajo de enfermera en Idiprón para irme de la casa donde viví dieciséis años: nueve años de amor y vida en familia y siete años esperando a que volviera, esperando lo que nunca fue.

Y así pasó el tiempo. En junio me dijo que no iba a pagar más servicios y que lo tenía que hacer yo. Le dije que tranquilo, que yo lo hacía. Me fui para donde mi amiga Érika, que vivía en el centro, y le dije que necesitaba plata para sobrevivir mientras me salía el trabajo de enfermera en el Idiprón. Me dio unos gramos de perico para vender y todo iba viento en popa, eso pensaba. Ya había pagado salud, pensión y ARL para tener lo que tanto había soñado: mi nuevo trabajo como enfermera en el Idiprón.

Pero me salió el tiro por la culata porque a Érika la estaban siguiendo la Sijín. Entonces me capturaron.

Estoy hace once meses acá en El Buen Pastor. Sé que esto es una experiencia más para mi vida. Para entender que hay mil maneras de sobrevivir y que el que persevera alcanza. Solo me tocaba esperar un poco más y hacer las cosas honestamente.

Esta es la cultura de la calle. Nombre sencillo para un mundo tan complicado: “la calle”. Alegría y tristeza, paz y violencia, amor y odio, moral y sexo, incoherencia y cordura, lucidez y droga, honradez y robo, la verdad y la mentira, el bien y el mal, la vida y la muerte.

¿POR QUÉ A MÍ?

Yinneth Paola Betancourt



I

Yo era una jovencita a la que le gustaba el estudio, sacaba buenas notas y ganaba buenas menciones de honor. Única hija mujer en medio de dos hermanos. Demasiado protegida, vigilada y cuidada por su padre y sus hermanos.

Cuando llegué a mis quince años, mis padres decidieron celebrármelos pomposamente, a pesar de que no eran muy ricos. Fui la chica más feliz del mundo, porque ni en mi barrio ni en la localidad era muy común una celebración tan pomposa.

Llegaron los invitados y aun unos que no eran invitados: un chico muy bajito con dos lunares en la cara, que yo no distinguía, me hizo sentir un bon bon bum en mi corazón. Bailamos prácticamente toda la noche, pero nunca pasó por mi cabeza preguntarle su nombre.

Pasó el tiempo y empecé mis estudios en el Instituto Triángulo, donde conocí a nuevas personas de estratos más altos y mejores niveles educativos. Cuando llegó el momento de sacar la cédula, me dirigí a la Registraduría más cercana a mi barrio, y a la primera persona que vi fue a aquel hombre que después de tres años me había dejado impactada. Cuando llegó mi turno me quedé muda de los nervios. No quería sentirme despreciada o rechazada. Entonces él me preguntó: “¿Traes las fotos que se te pidieron?”. Le dije que sí y me atreví a preguntarle si se acordaba de mí.

—Claro que sí, eres esa linda chica con la que celebré unos quince sin ser invitado, ya que estaba en un barrio extraño y mi última opción fue entrarme a ese salón comunal.

Le confesé que desde aquel día no había podido olvidarlo y que lo único que deseaba era volver a verlo. Me dijo que lo esperara, y me dio su número y su correo.

—Pero solo me puedes llamar en la noche y decir que eres de la Iglesia Misionera, porque si no dices así mi madre no me hará pasar.

II

Empecé a hacer mis trabajos, pero en mi mente estaba solo ese hombre, Jarvi. No volví a pensar en otra persona ni a tener amigos. Seguía yendo a su iglesia con la intención de que se enamorara de mí, que era lo único que yo deseaba.

Seguí viéndome con él, le escribía cartas, poemas, dibujaba para él y en mi silencio sufría, ya que no era correspondida como quería. Al cabo de tres meses de amistad, él fue sembrando un amor inexplicable en mi interior. Aunque seguía yendo a su casa, en un momento decidí no volver porque me aburría mucho que su madre se la pasara leyendo la Biblia. Seguí visitando su iglesia solo por estar a su lado.

Ocho meses después, esa amistad se convirtió en un noviazgo, pero no como yo lo quería. Llegué a pensar que él era gay porque no me cogía, y yo anhelaba que me cogiera de la mano y me luciera.

Durante el transcurso de ese año decidí empezar a estar más junto a él, a conocer su vida y lo que rodeaba su entorno. Me empezó a buscar como yo quería, luego de eso seguimos saliendo hasta que él se destapó y me dijo que trabajaba independiente con su madre en un semáforo vendiendo toallas, bayetillas, limpiones, pañuelos, ambientadores, etc., y yo le dije que no me importaba. Un día, sin pensarlo, me llevó a aquel semáforo donde me presentó como su novia, aun sabiendo que su madre no aceptaba la relación. Al cabo de un año y medio quise arriesgarme a irme a vivir con él y ahí empezó una pesadilla.

La primera noche que nos acostamos me sentí feliz, contenta, aunque no dejaba de pensar qué podría estar pensando mi padre. A la madrugada, él se levantó y de paso me levantó a mí: “Levántese que nos vamos a

trabajar al semáforo”, me dijo. Lo acompañé desde las 5:00 a.m. hasta las 6:00 p.m., ya con mis piernas tiesas y entumecidas del frío.

Después de dos años quedé embarazada. A los tres meses y medio de embarazo me pegó por primera vez. A partir de ese mismo instante me hizo sentir miedo de él. Cuando llegaba la noche, a pesar de que pesaba 110 kilos, corría a calentarle la comida antes de que llegara para que no me pegara. Aun así, nunca dije nada, pero en mis momentos de soledad lloraba. Delante de él no lo hacía porque sabía que lo incomodaría.

Cuando nació mi bebé, decidí volver a casa de mis padres para que mi madre cuidara mi dieta y mi delicada salud (cesárea). Ella me cuidó prácticamente dos meses y me dejaban quedar con Jarvi, después de que no querían nada. Así fueron pasando los meses y casi ya a los seis meses de vida de mi bebé, Jarvi empezó a cambiar y me fue dejando. Y en ese momento me empezó el afán de volver con él, porque quería que estuviera a mi lado. Una noche me salí de casa para irme con mi bebé donde Jarvi, mis padres no querían y me reprochaban, pero yo necia y rebelde me salí y llegué donde él casi a medianoche; él no se encontraba, ya que estaba en una famosa fiesta. Con lágrimas en mis ojos le dije a la mamá que me quedaría, ella abrió la puerta quitando pasadores y me dijo “Entre y se acuesta, que le puede dar una recaída”. Entonces entré y acosté mi bebé, pero no podía dormir de pensar que me había cambiado por otra persona.

Al otro día yo le había hecho un desayuno, pero Jarvi lo despreció. “¿Usted qué hace acá y a qué horas llegó? No quiero que viva más acá, quiero estar solo, no me hostigue, ni me cuide, ni me controle, porque yo soy libre y no quiero amarrarme con usted. Yo le voy a ayudar, pero no quiero vivir con usted y ya”, me dijo. Pensé que era una chanza, pero se bañó, se alistó y se fue. Todo el día lloré, lloré y lloré y me preguntaba por qué había cambiado tanto; desde entonces decidí seguir aguantando sus insultos, golpes, agresiones psicológicas y verbales. Mi autoestima empezó a bajar y a cambiar, ya que sentía que yo no era la misma, que una herida en mi estómago había cambiado mi cuerpo y que el hombre del que me había enamorado ya no era el mismo. Pasaban los días y aquel hombre al que le entregué mi vida me hacía daño día tras día, me golpeaba, me insultaba, me maltrataba verbal y psicológicamente.

Un día decidí ir de visita donde mis padres, una visita cortica porque sabía que a él no le gustaría que yo no estuviera en la casa. Cuando volví, solo estaba mi suegro, y me dijo: “¿Usted dónde estaba, si mi hijo no la autorizó a salir? Recuerde que acá no manda usted y se hace lo que él dice.

No siendo más, póngase a preparar la comida que mi hijo llega cansado, con sed y hambre”.

III

Una tarde me encontré una cápsula de polvo blanco y salí a averiguar qué era eso. Me enteré de que ese polvo era llamado bazuco y también “pistolas”, “angelitos”, etc. En ese momento empecé a darme cuenta de que el hombre del que me había enamorado era un falso profeta, ya que en su iglesia demostraba ser un señor, pero cuando salíamos de esa iglesia se convertía en un león feroz, que con palabras groseras destruía mi autoestima.

Empecé a planear mi huida, pero no sabía cómo, cuándo ni dónde escondería a mi hijo para que él no se hiciera daño, porque ese era mi mayor temor. Un lunes decidí saltar por la ventana, después de que salió la última persona y me encerró con llave, porque le echaban pasadores y doble llave; me dejó en esa cárcel de cuatro ventanas enrejadas. A las 8:00 a.m. ya tenía empacadas todas las cosas de mi bebé, una muda de ropa y de interiores en una bolsa de basura donde hice caber casi todo. Luego decidí trepar al techo de la casa, la cual se había convertido en mi castillo de terror. Caminé haciendo equilibrio sobre un muro, y cuando vi la cuadra que se asomaba, tiré la bolsa. Luego empecé a escalar las varillas que apretaban una columna que dividía la casa de terror y la de la vecina “chismosa”, quien me gritaba sorprendida desde una ventana. Logré bajarme de la ventana, recogí la bolsa y corrí y corrí porque sabía que la vecina chismosa llamaría a mi suegra; corría incesantemente para llegar al paradero del alimentador que me llevaría hasta la casa de mi madre. Cuando llegué, silbé, timbré, y con llanto que salía de mis ojos le dije a mi mamá: “Perdóname, pero no quiero volver allá, a ese infierno, nunca más”. Y fue cuando decidí contarle todo a mi madre y confiar en ella.

Yo había decidido no volver a saber nada de ese hombre. Mi madre cuidaba de mi hijo mientras yo estudiaba e intentaba borrar de mi vida aquellos malos momentos. Al cabo de un tiempo, Jarvi tuvo un cambio

radical y me volvió a “enamorar” con sus palabras tiernas, pero falsas. Un día me puso una cita y yo accedí. Esa noche salí de casa de mis padres y me quedé de nuevo en la casa de él, donde debajo de unas cobijas dos cuerpos se besaban apasionadamente, sin saber que estaba consumiendo mi alma por la carne. Amaneció, él se bañó conmigo, nos alistamos y de nuevo cada quien por su lado. Al cabo de unos meses llegó el día del control del dispositivo intrauterino, que se hace anualmente; también me realizaron una prueba de embarazo que salió positiva. Después de seis meses decidí buscar al papá de mis dos bebés, aquel hombre que yo había amado pero que no sabía por qué me había causado tanto daño. Llegué al semáforo donde él y su madre trabajaban con mi hijo de brazos, demasiado gorda, hinchada y con una panza gigante. Tan pronto lo vi solté el llanto y le dije que tenía seis meses de embarazo. Él me abrazó y llorando me dijo: “La amo, la extraño y ese hijo es mío porque yo me he sentido un poco extraño y no he tenido otra mujer más que usted”. Me pidió que volviéramos y le dije que no quería vivir con él, pero que nos podíamos ver de vez en cuando. A los pocos meses me sacó un apartamento y lo amobló. Me pasé al apartamento, aunque le insistí en que no quería vivir con él. El día en que me lo entregó me puso una cita en un sitio. Me recibió con un abrazo y un beso, cargó a mi bebé y me dijo: “Camíne la llevo a su apartamento”. Me presentó en esa casa con el dueño. Le dijo: “Ella es mi esposa y la madre de mis hijos, el contrato lo firmo yo y yo pagaré el arriendo”.

IV

El 25 de diciembre del 2017 recibí una llamada inesperada de Jarvi. Me puso una cita para el otro día por la mañana, o sea, el 26 de diciembre. Me dijo que tenía quinientos mil pesos para darme para que pasara la Navidad. Me entregó la plata, pero insistió en acompañarme al apartamento. Cuando abrí la puerta, él se metió. Yo no quería que él estuviera en mi apartamento, quería que se fuera rápido. Llevé a mis hijos hasta su pieza y Jarvi se quedó mirando todo. Me preguntó que si estaba asustada. Le dije que no, y que ya se podía ir. Me dijo: “Paola, ¿usted por qué cambió tanto?, ¿por tanto daño que le hice?”. Y cuando empezó a llorar, le dije que se fuera de inmediato; entonces se enfureció. Me cogió del pecho y me dijo: “Perra, hija de puta, la odio; si no es mía, no es de nadie”. En un momento me soltó y se fue a

la cocina a buscar un cuchillo. Luego se me mandó y me dio un cabezazo que me dejó un poco débil, pero decidí intentar echarlo porque temía por mis hijos. Le rogué que se fuera, pero se enfureció más. Sacó un cuchillo de la cintura y me dio en el pecho; en cuestión de un segundo empezó a salir mucha sangre, y tras ese golpe seguía y seguía agredéndome. Yo seguía luchando y rogándole que se fuera. Le gritaba a mi hijo que echara pasador y que no se saliera, que yo estaba bien. Ya muy débil, agotada de fuerzas, le pedía a Dios que se llevara a ese hombre; sentía que me desmayaba, pero seguía luchando para no caerme. Una vecina que se acercó a la ventana se dio cuenta de lo que pasaba. Le pedí ayuda. Unos minutos después vi un reflectivo que alumbraba: era un policía.

Se lo llevaron a empujones. A mí me montaron en una patrulla y me llevaron al Hospital El Tunal, donde cerré mis ojos y no me acuerdo más. Desperté después de dos días, con tubos y unos catéteres en mis brazos. Les pregunté a los doctores si me podía ir, pero me dijeron que estaba muy delicada.

—Estás viva de milagro. Tienes trece heridas con arma cortopunzante —me dijo uno de ellos.

Entonces comencé a llorar. Lloraba y lloraba, pues no dejaba de pensar en las razones que tuvo el hombre del que me enamoré para causarme ese daño tan grande. Llorando decía: “¿Por qué a mí, si de mí solo recibió amor, mi cuerpo y dos hijos?”.

Todavía no encuentro la respuesta a ese episodio que marcó por completo mi vida, mi cuerpo, mi alma y todo mi entorno.

Solo me queda decir lo siguiente: “Mujer, no tengas miedo de contar su vida, no tengas miedo de hablar, porque hoy fui yo y mañana podrías ser tú. No calles, porque callar es permitir que hagan contigo lo que quieran. Mujer, vales mucho y no eres propiedad de nadie. No eres objeto de burla ni muñeca de juego. Vales más por lo que eres que por lo que aparentas.

No siendo más, mi historia llegó al final. Aclaro que aún no encuentro la respuesta de aquel amor que tanto daño me causó.

¿Por qué a mí?, sigo y seguiré preguntándome.

¿Por qué a mí?

BOLÍVAR

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE CARTAGENA LA TERNERA



DAVID LARA RAMOS
DIRECTOR DE TALLER

LAS BUENAS INTENCIONES

Rogelio Peña García



Todo comenzó por allá en los años ochenta. Cuando tenía unos seis o siete años, mi familia y yo acabábamos de llegar de Valledupar a la ciudad de Sincelejo, región de donde era la familia de mi papá. Meses después, le comunicaron a mi padre que su mamá había fallecido y le tocó ir solo al entierro, porque nosotros éramos seis y mi mamá tenía que cuidarnos. Mi papá llegó muy callado. Recuerdo que me dijo esa noche: “Ya tu abuela es un ángel y nos cuida desde el cielo”.

Y ahí empezó mi calvario. Mi papá comenzó a hacer algo que yo en mi inocencia pensé que era increíble; todos los días, al irme para el colegio, me daba un beso en la frente y me decía mirándome a los ojos: “Que el alma de tu abuelita te acompañe y te proteja”.

Pasaron meses y él seguía con su rutina y yo con las mías, él encomendando mi alma a la de mi abuelita y yo con mis tareas y mis juegos, juegos que a mis hermanos les daban rabia, ya que yo prefería jugar solo y no en grupo. Igual, ellos eran muy bruscos y yo era el bobito de todos ellos; recuerdo que me chupaba el dedo y me apodaban el Gordo, debido a mi sobrepeso. Me dedicaba a reparar todos los juguetes que ellos desarmaban y con eso me divertía; jugaba solo.

Aprendí a hacer mis propias cometas, mis trompos, a entretenerme yo solo, hasta que empezaron a suceder eventos extraños, pero que yo de una u otra manera, en mi inocencia, relacionaba con lo que mi papá hacía. Cuando yo llegaba del colegio —daba la casualidad de que yo era el único de mis hermanos que estudiaba por la mañana y los demás por la tarde—, solo estaba mi mamá, o viendo tele o lavando o tomando una siesta. Total, me quitaba el uniforme y quedaba en interiores; luego me iba a la cocina, me sentaba en el piso y me ponía a almorzar. Entonces sucedió ese primer encuentro. Cuando me disponía a llevarme la cuchara a la boca, sentí

cómo una mirada penetrante cubría mi cuerpo. Fui volteando lentamente y con el rabillo del ojo vi medio rostro de una mujer que sonreía conmigo y una mano que me saludaba. Sabía muy bien que no era ni mi madre ni mi hermana. No sé por qué la ignoré y seguí almorzando. No comenté nada, no sé por qué. Días después, empezaron a repetirse esos sucesos, los cuales comencé a relacionar con la dichosa encomendada de mi padre al espíritu de mi abuela. Creía que mi abuelita era la mujer extraña que se me asomaba todos los días cuando almorzaba; tanto así, que comencé a saludarla. Le decía:

—Ya sé que estás allí, déjame almorzar.

Luego le daba la espalda, la miraba de reojo y después la ignoraba. Con el pasar del tiempo, cuando tuve unos diez u once años, no solo se me aparecía en la cocina, sino que se me asomaba en el baño, tras la cortina del baño. Yo le decía: “Ya vete, déjame solo”, y la cortina se soltaba lentamente. Otro suceso extraño fue que cuando no la veía, aparecía sobre mí una pequeña mariposa como de color anaranjado; hoy en día sé que esa mariposa se llama monarca y que representa el alma —¡vaya casualidad!—, pero en ese momento yo solo la relacionaba con el mismo suceso de mi abuela cuidándome. La veía en todas partes: en el baño, en la sala, en el colegio. Recuerdo que un día que iba en el transporte del colegio la pequeña mariposa apareció. Volaba a mi lado: yo en el bus y ella afuera. El bus iba rápido y ella, aunque se veía volar suavemente, solo iba ahí al lado del bus.

Empecé a asustarme cuando ese rostro que veía comenzó a mirarme fijamente y con la mano me llamaba. Una noche sentí que alguien se me sentaba en la cama y yo, aterrorizado, solo me ponía a rezar y a pedirle a Dios que se la llevara de allí. A los doce o trece años, tomé la decisión de decirle a mi padre que ya no quería que me encomendara más al alma de mi abuela.

Lo esperé como todas las noches que llegaba del trabajo, se cambió la ropa, se puso sus amuletos y lo dejé cenar. Después, como de costumbre, se sentó con mi mamá, ambos en una mecedora, a ver la TV. Ese era el momento, solo quería decirle que ya no soportaba más verla, sentirla cómo me jalaba las sábanas, que en vez de sentirme protegido solo me sentía asustado por ella. No sé si era miedo o rabia lo que tenía, pero buscaba en mi cabeza las palabras para decirle a mi padre, un militar de toda la vida que tenía un geniecito bien jodido y sin que cogiera rabia ni hiriera sus sentimientos, que ya no me encomendara a mi abuela.

Me acerqué a él, lo tomé por el brazo. Me miró y me dijo:

—¿Qué quieres?.

—Tengo que decirte algo, pero sin que mamá sepa —le respondí.

Me tomó de la mano, nos fuimos a la terraza y una vez allí me preguntó:

—Dime qué pasó, y no me echas mentiras.

Yo lo miré, suspiré, cogí aire y le dije:

—No te molestes por lo que te voy a pedir, pero no quiero que me encomiendes más al alma de mi abuelita.

Él me miró serio, me puso la mano en la cabeza y me preguntó:

—Pero ¿por qué, si ella te cuida? —y agregó—: Tranquilo, no le pares bolas, ella te está cuidando —dijo, se echó a reír y se entró.

Quedé atragantado, como si todo el valor que había reunido no valiera un peso, pero a pesar de todo, nada me prepararía para enfrentar lo que me pasó cuando cumplí catorce años.

Esa noche —como todas las noches— no me conformaba con lo que mi mamá me había servido de comida, sino que, como era costumbre, mi papá me dejaba por lo general una parte de su comida. Tipo 4:00 p.m. ya mi papá estaba cenando, por cierto, mi comida favorita: carne asada con bastante yuca. Mi papá era de poco comer, pero mi mamá siempre le servía bastante porque él me acostumbró desde pequeño a sentarme a su lado para darme de su comida. Recuerdo claramente esa llenura. Mis hermanos en la calle jugando, mi mamá y mi papá viendo TV y yo acostado pasando la hartura. De repente me atacaron unas ganas de vomitar, le conté a mi mamá cómo me sentía y ella me dijo que me fuera para el baño. El gran baño era de piso rústico y oscuro, porque ese baño nunca tuvo un foco que lo alumbrara; solo había un inodoro, un tanque de doce latas lleno de agua y una vieja regadera de la que nunca vi salir agua. Entré y me eché mucha agua en la cara, pero seguía con las ganas de vomitar. Mi papá me dijo:

—Siéntate allá afuera para que te pegue el aire; así se te quitan las ganas.

La casa era una mediagua y al lado estaban las bases de la otra mitad. Salí y me senté ahí, en la base, dando la espalda a lo que era el espacio de la casa, mirando a la calle, donde estaba la peladera jugando y haciendo bulla, mientras yo trataba de respirar calmadamente para que se me pasaran las náuseas que tenía.

Fue cuando sentí, tipo ocho de la noche, por primera vez esa voz.

Era una voz lúgubre, triste, como un susurro, como el silbido del viento a través de la hendidura de la entrada. Me decía “Ya es la hora, llegó el día, he

venido por ti”. Las ganas de vomitar no sé dónde carajos quedaron. Solo podía sentir una mano que se posaba en mi hombro izquierdo. Cuando empecé a voltear, como en cámara lenta, ya no escuchaba bulla ni absolutamente nada, solo esa voz; era como si mis oídos estuvieran bajo el agua. Vi de reojo esa mano huesuda, tétrica, con las uñas largas apretando mi hombro. Sentí que mis pies se sumergían en agua congelada y mis piernas eran como de concreto; mi cuerpo entero se paralizó. ¿Terror? No. Era horror. Sentí que mis pulmones colapsaron en una hiperventilación, mi corazón parecía un Fórmula 1, trataba de gritar, y era como si una pila de arena me cayera en la cara. Fui volteando y por primera vez la vi tal como era: horrible, monstruosa, de cara y cuerpo huesudos. Estaba agachada detrás de mí, en el suelo. Ese cabello largo, entre opaco y cenizo, era lo que más pavor me daba, y me seguía hablando: “Hoy te tienes que ir conmigo”, me decía.

Mis lágrimas corrían por mi cara, el tiempo se detuvo y era como si de alguna manera estuviera congelado; sabía que tenía que moverme pero no podía cerrar los ojos, su imagen era espectral.

No sé cómo ni por qué, pero pasó un carro que le pitó repetidas veces a los muchachos en la calle, y como si saliera de una sesión de hipnotismo reaccioné y me fui lo más rápido que pude de ese lugar. Empujé la puerta, que estaba aguantada con una piedra, la cual se estrelló en la pared. Mis padres me vieron ahí con esa expresión, como si me estuviera ahogando debajo del mar: mis ojos saltaban como queriéndose salir de las cuencas, mi boca abierta gritaba un silencio para que no saliera ni una sola sílaba. Mi papá me tomó como pudo por los brazos, me preguntaba qué tenía y mi mamá daba gritos de angustia. Recuerdo claramente que mi papá me abrió la boca y me metió los dedos, pensando que me estaba ahogando. Yo estaba rojo, frío, mudo y temblando, cuando lentamente fui cerrando más los ojos y caí en un sueño profundo. Cuando abrí nuevamente los ojos vi a todos mis hermanos a mi alrededor, a mi mamá sonriendo con lágrimas en los ojos y a mi padre diciéndome: “Dime algo, dime algo”.

LA CURA

Jonathan Zuluaga Payares



Después de dos largos meses internado en el Hospital Naval de Cartagena, confinado en un pabellón de psiquiatría, volví a preguntarme: “¿Qué sentido tiene la vida?”. La primera vez que me hice esa pregunta, la pérdida desesperación me dio una orden temeraria que cumplí sin titubear.

Dos profundas y certeras cuchilladas cortaron la piel de mis antebrazos. Una mezcla de sangre y lágrimas manchaba la losa húmeda del baño de las celdas en la estación de policía de Chambacú, en Cartagena. Mientras mis ojos se cerraban lentamente y perdía el aliento, escuchaba a alguien gritar: “¡Guardia, guardia! ¡Este man se suicidó!”. Tuve la sensación de levitar rodeado de sombras y siluetas oscuras, para luego caer en un profundo sueño. Desperté después de unas horas en una cama de hospital, habitación 205 de la Unidad de Salud Mental del Hospital Naval de Cartagena, con un fuerte dolor de cabeza y treinta puntos de sutura.

Cada día que pasaba allí no pensaba en otra cosa más que en fugarme. Tanto dolor, frustración, tristeza y agonía obnubilaban toda posibilidad de avistar algo bueno de mi trágica realidad. Cuando llegaban los psiquiatras al pabellón a revisar a sus pacientes había gran expectativa, pues los pacientes deseaban salir rápido de allí, tanto así que fingían sin éxito sentirse mejor, o trataban de expresarse en forma coherente para convencer a los especialistas de que no era necesario tenerlos en tratamiento psiquiátrico. Sinceramente, me daba igual si me iba o me quedaba, todo porque la única petición que hice, la única cura que podía terminar con mi dolor, me fue negada. Le pregunté a la psiquiatra Lyda Pinzón por qué no era posible acceder a mi petición y me respondió que yo no estaba preparado para afrontar esa situación y que era mejor evitar que yo sufriera momentos de emociones fuertes o que pudieran generarme estrés.

Su respuesta me produjo mucha frustración y tristeza, lloraba, y mientras miraba hacia el limbo, la doctora decía:

—¿Sí ves? Por eso es que no puedes ver a tu hijo; nos vemos mañana y ahí miramos.

Ante su negativa respuesta, decidí hablar con uno de los enfermeros, Rubén Díaz, amigo mío y confidente. Trabajé con él cuando fui militar activo y por coincidencias de la vida Rubén ahora trabajaba en el hospital donde estoy internado. Le solicité que así fuera por cinco minutos me permitiera ver a mi hijo, y le aseguré y prometí que no me iba a alterar o decaer a causa del encuentro. Para mí era urgente verlo, aunque fuera por un momento, pues llevaba casi tres meses sin verlo.

Rubén, a pesar de saber qué tipo de restricciones me cobijaban, se dispuso a ayudarme; puso en riesgo su trabajo por mí, ya que no estaba autorizado el ingreso de personal ajeno al cuerpo de salud. Nos pusimos de acuerdo para que, una vez que los especialistas terminaran de hacer sus rondas, llamara a mi casa y avisara que trajeran a mi hijo al hospital y preguntaran por Rubén. Iba a recibir a mi esposa e hijo, y posteriormente hacerlos ingresar al pabellón. Así se hizo, y cité a mi esposa con mi hijo a las tres de la tarde del 5 de diciembre de 2018.

Mi amigo Rubén recibió la llamada, confirmando la llegada de mi esposa e hijos al hospital, y me dijo:

—Zulú, tu señora y tu hijo están aquí. Ya sabes: tranquilo en todo momento. Colabórame, así como te estoy colaborando... No te vayas a poner a llorar como una niña.

Yo le respondí mientras sonreía:

—Todo bien.

Entonces él fue a buscarlos a la entrada del hospital. Unos diez minutos después, Rubén se acercó a mi habitación y me dijo:

—Ya están aquí, los metí en la sala de entrevistas del pabellón; te voy a dar quince minutos para que estés con ellos. Ve.

De inmediato, me fui para la sala de entrevistas; el ritmo cardíaco me aumentaba notablemente ante la asaz emoción, y cada vez que me acercaba podía oír el balbuceo de una criatura. Era mi hijo amado, a quien por fortuna ya podía ver.

Al cruzar la puerta vi a Thiago en brazos de mi esposa, quien me dijo con amable sarcasmo:

—Cumplimos tu misión imposible.

Sonreí. Thiago me miró y extendió sus brazos hacia mí; yo lo cargué, lo besé y le dije:

—Te amo, hijo.

Ese grandioso momento fue algo inolvidable. Fueron los quince minutos más maravillosos que había pasado en mucho tiempo y disfruté cada segundo que estuve con mi esposa e hijo; luego Rubén tocó la puerta y dijo:

—¡Zulú! Ya es hora, mi hermano.

Entonces me despedí de mi esposa e hijo con un beso y un abrazo, y les dije:

—Pronto estaremos juntos, pero afuera.

Regresé a mi habitación, y luego le dije a Rubén:

—Muchas gracias, mi hermano.

—Estamos para ayudarnos —me respondió—. ¿Cómo te sentiste?

—Muy bien. Eso era lo que necesitaba para pensar —le contesté.

Acostado en mi habitación, como a las seis de la tarde, mi sonrisa aún estaba latente desde aquel emotivo encuentro. Volví entonces a preguntarme: “¿Qué le da sentido a la vida?”. Y me respondí: “Thiago y mi amada Adriana”.

EL MISTERIO DE UN ENTIERRO

Rogelio Peña García



Era el año 1984. Yo tenía apenas siete años y me invitaron a un entierro —una vecina de nombre Maribel, madre de la niña que había fallecido—. Decidí ir, pidiendo el respectivo permiso a mis padres, los cuales me dijeron: —Bueno, Leonel, pero cuídate.

Salí rumbo a la casa donde estaba el féretro. Ahí también se encontraban mis primos, que también habían sido invitados a llevar el féretro. Miré alrededor y lo que se veía eran lágrimas de aquella madre desconsolada, y también veía los rostros destrozados de aquella familia, lo cual me contagiaba también.

Eran las nueve de la mañana cuando decidimos arrancar rumbo al cementerio. El cajón lo cargaban mis primos, cuyos nombres eran Aroldo, Heraldó, Roque Jacinto y mi persona. Había mucha gente acompañando a Maribel en su dolor. Llegamos a la entrada del cementerio. Desde allí hasta la bóveda donde se iba a enterrar la bebé eran unos cinco minutos caminando.

Me quedé impactado por lo inmenso que era ese sitio: había unas bóvedas muy lindas en su fachada, y había unas muy feas por el descuido de sus dueños.

Cuando llegamos a la bóveda donde se iba a enterrar a la bebé, el sepulturero sacó de la bóveda a un muerto, cuyo cuerpo ya era esqueleto. Tenía mucho pelo; quedamos impactados. Se enterró a la bebé junto a este cuerpo. Luego se pasó a sellar la bóveda. Decidí quedarme con mis primos. Al lado de esa bóveda había otra bóveda. Nos quedamos mirándola detenidamente. Había un cuerpo enterrado hacía mucho tiempo, en el año 1920, cuyo nombre era Alberto Mozambique. Miré el reloj y eran las doce del

día, miré alrededor del cementerio y ya no había personas: todas se habían marchado. De repente sentimos un gran frío, tan intenso que empezamos a temblar y a sudar, no me explicaba qué nos sucedía a nosotros en aquella hora. Luego se escuchó una voz de gran lamento, que decía: “Ay, Alberto, por qué te moriste”. Se escuchó la misma voz hasta seis veces de seguido.

Mis primos y yo nos quedamos atónitos. No había más nadie, y la voz decía aquel nombre que habíamos visto en aquella bóveda. Se desató un fuerte olor a azufre y muchos pájaros negros salieron de aquella tumba, algo que aún no alcanzamos a comprender. Salimos corriendo de aquel lugar con el corazón en la mano. Llegamos a nuestras casas tan pálidos que mis padres nos preguntaron qué nos había pasado. Yo les conté. Ellos decidieron orar y como a la media hora se nos quitó la fiebre y la tembladera. Mamá entonces nos aconsejó que nos cuidáramos y no regresáramos más al cementerio.

MI AMIGO Y YO

Manuel Atencio



Érase un niño de pueblo a orillas del río. El niño crecía rodeado de árboles frutales, cultivos de diversas especies y ganado.

El padre del niño le obsequió un burrito por su cumpleaños que se llamaba Pingüillo. El animalito era tan perezoso, flaco, raquítico y desgarrado, que si le ponían media carga de hierba sobre su lomo, se echaba y no se paraba.

Un 16 de julio, en fiesta y procesión de la Virgen del Carmen, el pueblo estaba lleno de felicidad. El padre y el tío del niño se presentaron con un tigre que cazaron en un cerro alto de la región y que transportaban en un tractor. Al tigre lo traían en una especie de camilla y lo bajaron justo al frente de la casa del niño.

La gente veía al tigre muerto, tirado en el suelo, justo cuando pasaba la procesión de la Virgen. Dijo el tío al padre del niño:

—¿Por qué no le vendamos los ojos a Pingüillo y lo traemos ante el tigre?

El padre respondió que sí y entonces procedieron a atar el tigre a un poste de la casa. Al quitarle la venda a Pingüillo, este levantó las orejas, respiró profundo, se paró en sus patas traseras y con un impulso reventó sus ataduras y salió despavorido al ver semejante animal en el suelo.

Pingüillo corría y corría, atropellando a la gente de la procesión de la Virgen del Carmen, ante lo cual el niño exclamó:

—¡Papá, yo no sabía que Pingüillo corría tanto!

BOLÍVAR

CÁRCEL MUNICIPAL DE MUJERES CENTRO HISTÓRICO



DAVID LARA RAMOS
DIRECTOR DE TALLER

EFEECTO O CAUSA DESDE UNA ÓPTICA POPULAR

Cersa Cecilia Colón Polo



Escribo desde las ruinas de una cárcel en Colombia, concretamente lo que queda de la cárcel San Diego, en Cartagena (Bolívar).

Me encuentro rodeada de paredes agrietadas y rejas oxidadas. El número de reclusas se ha reducido casi a la mitad. El hacinamiento que existía en las celdas ha sido remplazado por un aire de desolación.

Aquí en medio de este encierro, en medio de estas condiciones adversas, he reflexionado un poco sobre lo que ha sido esta experiencia amarga que empezó desde el momento de mi captura.

De este momento quiero intentar que mis ideas queden plasmadas en este papel y que atraviesen puertas y rejas, vuelvan y sean libres.

No soy abogada, ni filósofa, ni socióloga, ni historiadora; soy una hija del pueblo, pero eso sí, de las mejores

Así las cosas, trato de expresar de una manera sencilla el producto de mis reflexiones.

Trato de abordar el asunto mirando cómo el ser humano a través de la historia, y su tránsito por la geografía de las diferentes sociedades, ha estado condicionado por normas y reglas que le impone determinada sociedad. Esto con el fin de regular su comportamiento, su conducta o, en el mejor de los casos, reprimirlo moral, espiritual o materialmente, mediante los aparatos ideológicos y jurídicos del Estado.

En un Estado como el nuestro, violar una norma o ley se llama delito; esto si es una norma jurídica, y si es una norma religiosa se llama pecado. Pero para el que infringe la ley se llama error.

Así como el hombre es por naturaleza un animal social, es también por naturaleza un animal infractor; lo notamos en nuestra cotidianidad,

en el hogar, en la empresa, en la calle. En el hogar hay normas, reglas que violamos cada día; en la calle violamos normas como las de tránsito o el acceso a sitios prohibidos.

Ahora bien, el asunto es que hombres y mujeres, sin distingo de raza, clase o estatus político, en un momento dado violan la ley, y cuando se dejan pillar aparece el delito; el hecho de dejarte pillar es el error, que se da en doble vía: error en asumir una acción o práctica y error en el método de llevarlo a cabo. Debido a este error, al hombre o a la mujer lo capturan y lo encierran.

Siguiendo con el desarrollo de los temas en ciertos contextos, entramos a hacer algunas valoraciones:

Delito y derechos

Los derechos más elementales plasmados en nuestra Constitución, como por ejemplo “Todos los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos”, son tirados por la borda a partir del momento de la captura, donde hay violación legal de estos. Cuando el capturado en el desarrollo de su proceso jurídico es sindicado de un delito, el aparato jurídico pone en juego la retórica contenida en el famoso discurso de lectura de los derechos del detenido, que si los analizamos, de derechos no tienen nada.

El derecho de guardar silencio, por ejemplo, es coartar el derecho a la libre expresión; el derecho a una llamada no es más que una mueca ante el escándalo de los medios de información que exhiben al hombre o a la mujer como un trofeo, lo difaman o desprestigian ante la opinión pública, siendo esto una flagrante violación al derecho a la privacidad. Este hecho da lugar también a prejuicios y daños morales a veces irreparables.

Como podemos ver, la realidad es otra.

La acción a través de la cual se hace la captura, si es en un allanamiento, es una violación “legal” al derecho a la intimidad. Se dan casos donde hay daño en bien ajeno, montajes... En fin.

Si la captura se da en la calle, el hecho es parecido a un plagio, que para el Estado es “legal”. Desde esta perspectiva, un capturado, detenido y encarcelado, o como lo quieran llamar, no es más que un secuestrado en forma “legal” por parte del Estado y su sistema jurídico, donde la recompensa la cobra el abogado, que a la larga actúa de común acuerdo con el fiscal y el juez.

Así pues, el discurso de los derechos del detenido no es más que una ilusión que se le transmite al detenido.

La realidad y la dureza de una presa o un preso en una cárcel nos dice que la libertad quedó allá afuera; la democracia, que es el oxígeno de la política, quedó allá afuera, acá adentro no existe, nos asfixiamos y son nuestros verdugos quienes deciden por nosotros. La salud, la recreación, son meras palabras, un privilegio. El derecho de estar articulado a una familia fue cercenado, la familia quedó sin soportes afectivos, económicos, y si esto no es violencia, entonces ¿cómo se llama esto?

Tal vez nadie se ha detenido a pensar el efecto que estas experiencias traumáticas tiene sobre la vida psicosocial de un individuo preso en una cárcel. Aquí pierde contacto con el mundo exterior, su comunicación como necesidad humana está limitada, condicionada, hasta el punto de que tener un teléfono está terminantemente prohibido. Su espacio se le reduce, se le invade, causando alteraciones en su estado de ánimo como irritabilidad, impaciencia y poca tolerancia; esto hace más difícil la convivencia.

Aquí, en este caso, la mujer queda reducida a un robot de carne y hueso, regido por las leyes de la mecánica; una vida llena de rutina, monotonía, una vida donde se reacciona ante la presencia de un estímulo, como el sonido de un pito, un silbido, un ruido. Así, por las mañanas el ruido de cadenas y candados nos indica que debemos levantarnos; luego la aparición de un libro nos indica que debemos concentrarnos en el patio para que nos cuenten como semovientes. Por las tardes, de nuevo el libro significa que nos van a contar nuevamente y nos encierran, siempre cuidando de que estemos todos. Esto es un círculo vicioso que se repite cada día.

Niveles de delincuencia y leyes

Abordo estos dos puntos para hacer una aclaración. En los puntos tratados anteriormente, se trata de conceptualizar un poco qué es el delito, su tratamiento o forma de combatirlo, que a mi manera de ver, va en detrimento de los derechos humanos debido a la forma y método de aplicar las leyes.

Hay que reconocer que un acto delictivo, cuando se da, presenta unos niveles de delincuencia en mayor o menor grado; el castigo que recibe quien vende una papeleta de bazuco no es el mismo que debe recibir un asesino, un violador y asesino de niños, niñas y mujeres, o un delincuente de cuello blanco. En estos casos, la ley debe ser más efectiva en el sentido

de neutralizar a estos individuos que en realidad sí representan un peligro para la sociedad.

Ahora bien, la delincuencia es un producto social, es la consecuencia o resultado de una sociedad descompuesta, hecho que se conjuga en un alto grado de diferencia social, falta de oportunidades y pérdida de principios y valores como entes primitivos y naturales, reguladores del comportamiento y la conducta humana.

A mi manera de ver, pienso que el fenómeno de la delincuencia en nuestra sociedad tiene unas causas políticas, económicas y sociales.

En una sociedad que tiene todos estos males, hay que atacar primero la causa y luego el efecto. Esto es una lógica científica; en este caso, la lógica como un científico social abordaría este asunto. En este sentido, el fenómeno de la delincuencia en nuestra sociedad, antes de volcar todo un andamiaje del sistema jurídico, medidas policiales, promulgación de leyes, debería ir acompañado primero de medidas sociales, generación de empleo urbano y rural, además de una política más incluyente y participativa. En el plano moral, hacer campañas encaminadas hacia el rescate de nuestros principios y valores, aparte de nuestra cultura. No olvidemos que la medicina preventiva es más eficaz para combatir un mal, y que hay que atacar primero la causa y luego el efecto, para que los resultados sean más eficaces.

EL AMIGO DEL BOSQUE

Keynys Orimar Lunar



Jessi era una niña cariñosa y extrovertida que vivía en una pequeña casita con sus padres y su hermana mayor, llamada Lucero, en el bosque Santa Ana.

Un día ella se encontraba con su hermana mayor leyendo su libro favorito en la terraza, cuando escucharon el ladrido de un perro que provenía del fondo del bosque. A Jessi y a Lucero les pareció un poco extraño porque no era común escuchar ladridos por el bosque.

Lucero fue a decirle a sus padres. En ese momento, Jessi salió corriendo hacia el bosque.

Jessi iba corriendo cuando se encontró con un venado.

Al venado se le podía notar su tristeza. Jessi en ese momento se asustó, pero luego se puso a jugar con él. Cuando estaban jugando, el venado salió corriendo y ella se sorprendió y corrió detrás de él, en el mismo momento en que se escuchó un fuerte sonido: ¡bum! Era un disparo.

Jessi se escondió junto al venado. Se veían a la distancia dos cazadores con su perro, que buscaban al venado.

Jessi estaba angustiada porque no quería que le pasara nada a su amigo, al que le puso por nombre Paul. Mientras tanto, su hermana y su padre la buscaban por el bosque.

Jessi sentía mucho miedo, pero se llenó de valor y salió de su escondite, y a pesar de su corta edad, habló con firmeza a los cazadores y les dijo que se detuvieran, que eso que hacían estaba mal y que por favor no le hicieran daño a su amigo Paul, porque todos tenemos derecho a la vida. Ellos, al escucharla, entendieron lo que la pequeña Jessi quería decirles. Los cazadores prometieron marcharse a otro lugar, y lo hicieron.

Horas después, Lucero, junto con su padre, encontró a Jessi al lado de un arroyo, pero no estaba sola: estaba con Paul, su nuevo amigo.

Todos volvieron a la pequeña casa, y cada vez que podían iban al bosque a visitar al amigo Paul.

FUGAS DE TINTA 12

EN MI VENTANA

Luna Jiménez



Nuevamente
Estoy mirando la ventana...
No sé
Si es la noche que se aleja...
No sé
Si es el día que se acerca...
Tal vez no interese.
Pero sí quisiera
Que hoy fuera diferente.
La insaciable rutina de una prisión,
Querer marcar la diferencia
En la vida de las personas que están conmigo.
Eso intento,
La ventana me ilumina.

RECLUSA, SAN DIEGO, UNA REALIDAD

Cersa Cecilia Colón Polo



Cuando hablamos de mujer, nos referimos a esta en sí: a la madre, a la hija, a la compañera, a la madre soltera cabeza de hogar, a la mujer trabajadora, explotada, profesional, a la mujer maltratada y abusada... Sin embargo, pocas veces se ha escuchado hablar de la mujer infractora, de la mujer delincuente, de la mujer reclusa.

San Diego es el nombre de un santo, aunque en este caso de santo no tiene nada; durante muchos años su función ha sido mantener en su interior mujeres que han infringido la ley.

San Diego es entonces un claustro de la delincuencia femenina, un recinto que alberga a todas aquellas mujeres producto de una sociedad descompuesta y enferma de pobreza crónica. Estas mujeres, en la mayoría de los casos, escogieron como solución económica desarrollar alguna actividad que estaba fuera de los parámetros del aparato jurídico del Estado.

Estas prácticas ilícitas, según el Estado, hacen que esta figura femenina, antes inofensiva, dé la apariencia de un elemento peligroso, por lo que en el momento de la detención o captura, y posteriores movimientos de rutina, es reducida, esposada y custodiada por hombres fuertemente armados.

Luego se la encierra y esta queda anulada. A su alrededor hay otras mujeres como ella, rejas, paredes; su locomoción es limitada, su fuerza productiva se diluye y se esparce en medio del ocio, la rutina; su figura corporal se deforma, su estructura mental se modifica y da origen al perfil de una reclusa o presa: su forma de vestir, el vocabulario utilizado, la manera de interactuar, etc.

Su salud es atendida a medias, pues la salud en este sitio es la cenicienta del paseo.

No existen espacios de recreación ni una actividad deportiva o física planificada, organizada y continua.

Su religiosidad y su espiritualidad sufren una arremetida tenaz a través de las diferentes religiones o sectas religiosas. Los mensajes de cada iglesia coinciden en que fue Dios el que las trajo a este lugar para liberarlas de algo peor allá afuera, y que él, en su momento, las sacará de aquí. Como consecuencia del efecto de la religión, estas mujeres se convierten en seres alineados, sumisos, obedientes y fáciles de manejar; a su vez, el Estado se libera de culpas y responsabilidades.

En este lugar se incentiva con mayor rigor el carácter de objeto de la mujer. Normalmente, en nuestra sociedad o en una sociedad machista ella es objeto de placer, objeto sexual, objeto de consuelo, objeto comercial. Ahora, además de las anteriores características, pasa de ser un sujeto aprendido a un sujeto cautivo, sin capacidad de decisión, presto a someterse a lo que dicte el sistema de encierro y sus esquemas.

San Diego tiene su historia, la cual las reclusas no conocen muy bien y que tocaría averiguar, pero se sabe que por aquí han pasado varias generaciones de presas por varias décadas.

En la actualidad, es una estructura vieja, deteriorada, fea; se nota a leguas que nunca ha recibido ni siquiera una mirada de la ingeniería y la arquitectura moderna en términos de mantenimiento y restauración, alejando así la posibilidad de recuperar esta construcción como patrimonio histórico.

Esta estructura enclenque reposa sobre un terreno de un altísimo valor económico, ubicado en un sitio estratégico de la ciudad, que es objeto de intereses económicos y políticos. En este orden de ideas, hay un centro comercial aledaño al sitio, interesado en este terreno para construir un parqueadero; si esto se da, la estructura será demolida y se edificará una construcción moderna para guardar carros, como si estos tuvieran más privilegios y dignidad que estas mujeres.

Los entes responsables de dar salidas o soluciones al tema de un posible colapso de esta estructura han planteado reiteradamente el traslado de todas las presas a una nueva cárcel, a lugares alternos o a otras cárceles del país.

Inicialmente, estas salidas se quedaron en meros planteamientos. En días anteriores se cayó un pedazo de techo, un repello, pero por fortuna no

hubo lesionadas; esto fue el florero de Llorente, el detonante que incentivó el tema de los traslados, que acentúa con mucho rigor el nombre de estas mujeres que en el momento de la captura dejaron a su familia desarticulada allá fuera y que de pronto algunas habían logrado verlas de nuevo; pero esta vez la familia queda atrás, muy distante, con pocas posibilidades de un reencuentro, por la distancia y las condiciones económicas precarias.

De hecho, el anunciado traslado se empezó a dar, pero hubo una revisión previa, las llamadas raquetas o requisas en las cárceles, muy parecidas al allanamiento, un acto de agresión, de violencia legal, en el que tiran las pertenencias por todos lados; es como si un huracán hubiese pasado por el lugar, dejando a su paso desorden y caos. Todo esto ante la mirada impotente de estas mujeres.

Antes de estos traslados también se crea a propósito un ambiente de incertidumbre, dudas, falsas informaciones. Al final, se avisa sorpresivamente y se las llevan con pocas pertenencias, aunque ellas sepan a dónde van, sin que se tengan en cuenta su situación familiar, su condición física, su estado de salud, su edad, su estado mental y emocional. De nuevo, como el día de la captura, sus pertenencias quedan tiradas —en la mayoría de los casos se pierden—, sus familias quedan atrás, el procedimiento y la acción dan lugar a una masacre emocional en la que las víctimas son reclusas y familiares. Se percibe un aire de desolación, como si se estuviera asistiendo a un funeral colectivo donde a las personas las entierran vivas.

Es cuestionable la forma en que se han hecho estos traslados. Parece que no se tuvo una valoración médica sobre el estado de salud de estas mujeres, o la edad, y mirar si esto estaba acorde con las condiciones del sitio donde iban a ser llevadas, como las condiciones climáticas; todas sabemos que por naturaleza los cambios bruscos de temperatura afectan la salud de las personas, así como también la altura sobre el nivel del mar.

De hecho, la justificación del traslado, según la cual se estaba poniendo en riesgo la vida de las reclusas, queda en entredicho. La estructura no se ha caído y fue el traslado el que mató a la primera mujer. La señora Luisa pasó de muerte en vida a muerte total; es que estar en la cárcel es como si se estuviera enterrado en vida.

Las demás reclusas trasladadas luchan para asimilar esta experiencia y desarrollar mecanismos de adaptación tanto climáticos como sociales, mientras el resto de estas mujeres están a la espera de que se decida su suerte; hasta el momento se ha decidido que sigan en riesgo, pues debido

a la división que se dio entre condenadas y sindicadas, la situación de estas últimas está por resolver.

Mientras tanto, San Diego trata de erguirse como un gigante moribundo cuyos miembros amenazan con caerse, menos los candados y puertas, que siguen fuertemente cerrados, y si se abren, es por la decisión de algunos para conducir a estas mujeres a otro lugar de encierro.

BOYACÁ

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE SOGAMOSO



CAMILO IGUA TORRES
DIRECTOR DE TALLER

ELEMENTAL

Anfiloquia (seudónimo)



Déjame, Dios, que te lleve de la mano
por los senderos de mi patria.
Quiero contigo recorrer tugurios,
haciendo un paralelo en ciertos templos
erguidos en tu honor.

¿Sabrás, Señor, que bajo tus cimientos
quedó arruinada y pisoteada la dignidad
de tus obreros?
¿Sabrás que para levantar tus muros
fueron necesarias toneladas de fatigas y miserias?

Señor:
Y yo te odiaba.
No era justo que siendo Dios
Te aprovecharas del pan de los niños
Que sentíamos hambre para que te construyeran un templo.
Mi madre, en su ignorancia, creía complacerte
Comprando, en vez de pan, escapularios.

Yo nunca he podido olvidarme de aquel revólver dorado
Que te pedí anhelantemente
Para matar mi angustia:
Angustia milenaria.
Y le llegó a un niño que nunca rezaba.

Amigo: amigo de mi alma,
Sigamos caminando con la mirada franca,
Sin hacer paralelos en esos sitios
Donde hay seres que parecen de carne y son de yeso.
Elemental.
Tergiversados.

LA BATALLA DEL PUENTE DE BOYACÁ

NAPS (seudónimo)



Como todos los días en este tiempo, desde hace seis meses, lo cotidiano al despertar en la prisión de Sing Sing⁴ eran esa luz azul halógena, el ruidoso abrir de candados y cerrojos y los gritos de unas cuentas. Eran las 5:30 a.m. de un lunes del mes de agosto de 2018. Más exactamente, el 5 de agosto. ¿Quién pensaría que un día como todos los días en este lugar donde me tocó venir a pagar una condena de ocho años, por un delito llamado concusión, iría a comenzar y terminar en lo que después de un año recordábamos como la recreación de la batalla del puente de Boyacá?

Aquí no se peleaba por conseguir la libertad, como lo hicieron patriotas y españoles. Al parecer, todo aquello fue por el dominio del patio. Se peleó para saber quién iba a ser el pluma de este. Pluma, una utopía en esta prisión. Tal vez en otro tipo de cárceles es posible eso, pero no en Sing Sing. O bueno, eso es lo que he podido entender durante estos dieciocho meses de cautiverio, donde todos los días llegan mujeres nuevas y todos los días salen mujeres después de obtener un beneficio o cumplir su pena física.

En esta cárcel hay tres pisos. En cada piso, doce celdas. Al fondo de cada una, seis duchas perfectamente enchapadas en baldosa blanca. Hay también un patio, un comedor y, no podía faltar, la guardia, desde donde esas mujeres con máscara de ogros nos vigilan. No es posible hablar de plumas aquí. La única ley que existe es respetar o, como dirían mis compañeras de prisión, “obedecer a la guardia y vivir la propia”.

4. Nota del editor: Sing Sing Correctional Facility es una prisión del estado de Nueva York, en Estados Unidos; en nuestro medio es famosa porque uno de los éxitos más sonados de Alci Acosta es *La cárcel de Sing Sing*, canción compuesta por Bienvenido Brens, que hizo famosa José Feliciano a mediados de los años setenta.

Ese día nos levantamos en la habitual monotonía, creyendo que todo iba a ser igual. La Monita, como le dice la Morocha, o la Preciosita, como se le decía después de ser la protagonista de su propia historia de amor con su chica, amaneció decidida a terminar con ese supuesto imperio que solo en la mente de esa diminuta mujer existía. Esa mujer oriunda de la capital, de 1,50 centímetros, de 35 kilos, pelo liso y largo, era un poco bullosa, y cuando andaba por su lado era buena persona.

Algunas mujeres del grupo de oración alababan al Señor. Otras, oraban a la Santísima Virgen. Otras, iniciaban sus labores frente a un lavadero. Otras, simplemente andábamos en nuestro diario vivir. De repente, sin copiarle a la guardia y sin importar nada, se escuchó una voz chillona, la de esa mujer, que vociferaba por el estrujón contra la reja que la Monita le acababa de provocar. En el interior del patio solo se empezó a oír una voz que gritaba “¡Mario, adentro! ¡Mario, adentro!”. Ante la confusión de lo sucedido, solo se vio entrar a esa mujer robusta de 1,80 centímetros, con su sonrisa maliciosa, amenazando con gaseada y gritando “¡Todas para el patio!”.

Sin embargo, sin importar que Mario estaba dentro, estas dos mujeres vieron lo sucedido como el “papayazo” para terminar lo empezado y matar sus propias pulgas. La Monita se abalanzó de nuevo sobre la diminuta mujer y comenzó a golpearla con tanta sevicia que no se tuvo más opción que hacerles corrillo para evitar que más de una se sumara a la pelea. Sorpresivamente, la mujer robusta y vestida de uniforme azul lo terminó todo cuando desocupó sobre ellas esa pequeña pipeta de gas con las que nos venía amenazando.

Todas las demás aplaudieron por lo ocurrido. La Monita salió del patio como la heroína del día. Desafortunadamente, ambas terminaron donde terminan todos los encuentros boxísticos que se viven en la cárcel: en la UTE. La guardia en pleno nos contaba. Seguidoras de las heroínas maquinaban cómo terminar lo empezado, cómo tomar venganza por lo sucedido. La Monita, que estaba en la celda primaria del primer tramo, empezó a dar instrucciones a su chica. Como una premonición, se empezó a murmurar que esto no se quedaría así.

Me encontraba en mi lugar habitual junto con la Señora Bonita cuando, en un abrir y cerrar de ojos, todas las miradas se voltearon hacia la L, cuadrilátero de la reclusión. Ahí estaban dos protagonistas más: el Pa y la Mona retándose la una a la otra. Pero de ahí no pasó. Transcurrió el resto del día en una aparente tranquilidad. A eso de las dos de la tarde, la misma escena se repitió. Como era de esperarse, por el ambiente que se empezó a sentir

en el patio, sabíamos que había empezado lo que con el paso de los días recordaríamos como la batalla del puente de Boyacá.

El Pa y la Mona empezaron. A ellas se sumaron la Folclórica de Barranquilla, pulmón de la Mona, y la temerosa Mota, una mujer de piel morena que días atrás había llegado de traslado de la cárcel de Jamundí. En este tercer round llevó de golpe hasta este hombre de uniforme azul de apellido Gallego. Intimidado por estas mujeres, solo pedía que llamáramos a sus compañeras de la guardia. Una vez más, el interior del patio se llenó de los gritos conocidos: “¡Mario, adentro! ¡Mario, adentro!”. La guardia nos sacó a todas al patio y cerró la reja. En un extremo del patio se atrincheraron el Pa, su chica y sus seguidoras. Desde allí, empezó a oírse la consigna: “¡Sobran!, ¡sobran!, ¡sobran!”. Esta hacía referencia a la mujer de diminuta estatura, ajena a lo que en este momento estaba pasando en el patio, y a su combo.

De repente, se escuchó un fuerte estallido en la reclusión. Asustadas, sin saber qué hacer ni dónde quedarnos, solo pensábamos en coger nuestros bolsos para que no se descargaran en ellos todas esas cosas prohibidas por el reglamento interno. Los azules, como medida para controlarnos, dispararon una granada de gas. Todas empezamos a correr de lado a lado. Algunas se tiraban al piso y se tapaban con su cobija. Otras sumergieron la cabeza en los lavaderos. Otras intentaron saltar la cerca que separa el patio de la granja (zona estrecha sembrada en pasto que sirve de madriguera a ratas y zuros), a pesar de los gritos con los que les pedíamos que no lo hicieran.

Sumidas en la angustia, el desespero, la asfixia y el ardor en los ojos, creo que todas sentimos que pasaron horas. Los gritos de advertencia se transformaron en nosotras en pedidos de clemencia: “¡No más! ¡No más!”. A estas cosas somos sometidas cuando el cuerpo de custodia considera que el orden interno se altera. Los gajes de estar privado de la libertad.

Una vez superados los efectos del gas y aún en *shock*, con extrañeza, todas formamos como de costumbre en filas de cinco. Nos pidieron formar en filas de siete para poder entrar. Pasamos una por una a la requisa. Nos hicieron desvestir, voltear nuestros bolsos; el perro nos olió; el *garret* nos pitó. Aún temblorosas, nos fueron encerrando en nuestras celdas. La encerrada ocurrió antes de la hora reglamentaria. El olor a gas aún llenaba todo el ambiente.

Cuando cada una estaba en su celda, nos sentíamos protegidas y un poco más tranquilas. De lo único que hablábamos, en lo único que pensábamos, era en que todo hubiese terminado. Por fin ese día acabó con el inicio de la hora del silencio, a las 8:00 p.m., cuando se apaga la luz de

las celdas y la reclusión se silenció. Todo comenzó a las 5:30 a.m. del día siguiente, como todos los días, cuando se abrieron las celdas del tercer tramo y a las 6:00 a.m. las del segundo tramo. Pero este día no fue igual que los anteriores. La señal de venganza tomaba cada vez más fuerza. En el interior de los comedores del patio 3 se veía mucho movimiento. Todo se maquinó en la celda 16. Incluso para los azules la actividad también se inició muy temprano.

Lejos de imaginar lo que se había planeado, como de costumbre nos bajaron para el inicio de nuestras labores diarias. Sin siquiera haberse oído el grito de contada, que es más o menos entre las 7:30 a.m. y las 8:00 a.m., la actividad boxística de ese día empezó. La principal damnificada del segundo día de batalla fue la Mona de ojos azules saltones. No logró salvarse de las manos del Pa. Antes de la bajada al patio le dije a mi amiga la Morenaza que bajara todo lo necesario. Así también lo hice con mi amiga la Señora Bonita, que desde que la conozco siempre baja con todo un trasteo. La pelea pronto llegó hasta el tramo 2, donde me encontraba. Pero la guardia puso sana. Ya en el patio, todas estábamos a la expectativa, de lado a lado vigilantes de la guardia. Cuando menos pensé esa otra Morenaza, amante del espejo, y Pa empezaron una a una. El patio en pleno estaba en tropel.

Solo recuerdo que pegué una zancada que de una me dejó dentro del comedor. Varias coronamos el salón de clases. Fue nuestro refugio mientras en el patio se desataba un combate cuerpo a cuerpo. En el salón solo se escuchaba a las valientes que luchaban afuera. Casi de inmediato entró a pasos agigantados la guardia. Esta vez no fue necesaria la gaseada. No sé cómo harían los azules, pero desde el mismo salón se vio cómo esos fieles pulmones estaban ya dominados. Del lado del patio solo quedaban las otras, que gritaban: “¡Sobran! ¡Sobran!”.

Así terminó la batalla del puente de Boyacá. Unas encerradas en la UTE y todas las demás encerradas en las celdas con medida de seguridad. Todo volvió a la calma. Esto es lo que después de un año contamos a las compañeras nuevas que fue nuestra batalla.

UN DÍA EN LA CÁRCEL

Aztrit Serrano



Me encuentro sentada en mi mesa de un metro de ancho por dos y medio de largo, enchapada en granito de color gris blanco. Siendo las 7:30 a.m., alzo la mirada y veo a Estelita, una guapa de 1,80 de altura, con su rulo en la frente y su bolsita de maquillaje. Con su correr de paso corto y su risa reluciente, saluda:

—Mamita linda, buenos días.

Empieza el correr del día en esta cárcel. A lo largo del salón, veo a mis compañeras agitadas en su caminar. Las unas gritan ofreciendo productos a la venta por pin de 500 y 3.000, que es el dinero que se mueve por esta reclusión; las telefonistas, al llamar a las citadas; las del rosario; las del medicamento por las mañanas; los gritos de las administradoras de las grecas para dar los tarros del agua que son envasados en los tarros de Mylanta desocupados por nosotras por las gastritis que da este encierro.

Los gritos de las monitoras de “clei” 1 hasta 5 para ir a clase. No faltan una u otras para contestar a este llamado:

—Se fue en libertad.

También los llamados de la guardia: entra la compañera que transmite el nombre de las requeridas y el resto de las pollitas de este gallinero exclaman:

—¡Se va, se va!

Aparece de repente el grito de las señoras citadas al taller, quienes salen arregladas y con su uniforme respectivo que llaman “chanchón”. Es de color carmelita claro, con línea amarillo zapote.

Llega Marroco, como yo lo llamo, con las comidas de las 10:00 a.m. Al rato aparece la monitora con lista en mano y anuncia a toda voz:

—¡Señoras, llegaron los pedidos.

Aparece una mujer de 1,50 centímetros de altura, Morocha, como se le conoce. Con una bata blanca de doctora que le da arriba de los tobillos y sus grandes guantes transparentes puestos, grita:

—¡Llegó el almuerzo y es por celdas! ¡Desde la 12 hasta la 24!

Y empieza Yohana:

—¡Pasen por su líquido, señoras!

De repente, pasan dos compañeras por mi lado diciéndose la una a la otra:

—¡Vamos a pegar el bareto!

Grita la ronca Nubia, subida encima de la banca, una información:

—¡Señoras, no hay pedidos de viernes a sábado por inventario de mes!

Aparece la dragoneante de turno y día. Llega la hora más esperada de las enamoradas, que son alistadas por la Monita Diana Barrera, que con voz fuerte y chillona avisa:

—¡Llegó el correo!

Se oyen también las voces de un grupito de compañeras que desafían su valor con la frase “¡Vámonos por el pedazo!”. Esto significa darse un par de totacitos y sacarles filo a las uñas en el rostro de la otra.

De repente, vuelve la calma; llega el silencio porque alguien grita:

—¡Mario, adentro!

UNA LUZ GUÍA EN MEDIO DE LA OSCURIDAD

Daga (seudónimo)



A veces pienso que cada día pierdo más de lo que gano. Desde que llegué a este lugar gris, siento que me desvanezco, perdiendo mi esencia sin dejar huella alguna. Una cárcel llena de personas diferentes a mí, con un vocabulario, acciones y sentimientos ajenos a los míos, que cada día logran aterrarme un poco más.

Recuerdo muy claro el primer día que ingresé al patio. Podría decir que aún siento mis manos sudorosas y temblorosas; mi ansiedad llegando al tope de la curiosidad de ver el tipo de gente que ahora me iba a rodear. Entro a la guardia lentamente y, con mucho temor, escucho a la dragoneante decir:

—Mire a sus compañeras; ojalá no le pase nada.

Giro la cabeza y observo por la ventanilla un montón de mujeres gritando y chiflando, discutiendo, haciendo el mayor ruido posible. Entiendo que no existe calma en este lugar. Es hora de cruzar la guardia. Me siento frágil. Mi seguridad se desmorona poco a poco con cada paso. Subo las escaleras para dejar mis cosas en la celda en la que ahora viviré. Enseguida la dragoneante nos da la orden de bajar al patio. Bajo las escaleras con mis compañeras de causa y cruzo la reja. Pienso qué actitud voy a tomar y cómo voy a actuar. Camino detallando un poco el lugar: un salón lleno de planchones en cemento, doce teléfonos y al costado derecho, de fondo, los baños, donde solo hay humo y malos olores. Nada parece acogedor.

Salgo al patio. Al instante siento los rayos de sol. Miro el cielo azul celeste y despejado y, por un momento, siento calma. Giro para preguntarle a mi compañera qué vamos a hacer. Me mira con miedo, no sabe qué decirme. Hacemos comentarios sobre la gente. Miro hacia la parte izquierda del patio y mis ojos logran enceguecerse automáticamente. Veo una luz

muy clara. Parpadeo para ver claramente y está ella, una linda chica, con una Biblia en las manos. No sé por qué me causa tanta curiosidad. Quiero acercarme a ella, pero el miedo no me deja. Siento temor de ver cómo un ángel con una luz tan pura e infinita está acá. ¿Por qué ella?, ¿qué crimen cometió? Después de tantas preguntas sin respuesta, es hora de subir a las celdas para ser encerradas a las 4:00 p.m. Me alisto para conocer a mis compañeras de celda y estar en un lugar de 3,5 metros por 3 metros con 6 chicas más.

Lo primero que hacen es preguntarme mi nombre y mi delito. Después de presentarme y de escuchar a cada una de ellas, me explican cómo es la convivencia, cuáles son mis espacios y mis labores. Tratan de brindarme calma y hacen comentarios graciosos. Una de ellas me invita a jugar parkés “canero”. No se juega normal. En este puedes robar el cielo de tus contrincantes y con un 21 ganar el juego. Luego de que apagan las luces, trato de dormir.

Creo que lo complicado es lo que empieza a suceder después de que me despierto con el sonido de los candados, a las 5:30 a.m. Me levanto y espero a que sean las 6:00 a.m. para salir a bañarme. Doblo las cobijas y levanto la colchoneta para sacarla de la celda. Luego vuelvo por la toalla, el jabón y la crema. Bajo al patio a las 7:00 a.m. Recibo el desayuno y camino hacia el patio. Y a la primera persona que veo es a la encantadora chica cantando en la oración y en sus manos nuevamente la Biblia. Me siento apenada por observarla tanto y trato de dejar de hacerlo; pero me complace. Sigo caminando hasta llegar al parche, el lugar donde suelo hacerme normalmente. Comienzo a leer un gran libro de Efraim Medina Reyes para ocupar el tiempo, pero aun así los días son grises, llenos de monotonía. Tanto así que muchas veces no logro recordar la fecha o, aún peor, el día de la semana que está transcurriendo. Ver mi reloj era estar en una burbuja de tiempo congelada.

Un día, demasiado frío y lluvioso, ella decide venir a hablarme sobre un libro llamado Paula, de Isabel Allende. Me dice que es un gran libro, que debería leerlo. Me pregunta por mis dibujos y dice que le gustan. Sonríe. Pienso que su sonrisa es un éxtasis completo y vuelvo a preguntarme por qué.

Llueve y quiero entrar al corredor. Ella insiste en quedarse para disfrutar la lluvia. Me habla sobre su vida y de la razón para llegar aquí. Hago lo mismo. Me alegro de conocer una chica tan inteligente, emprendedora, creativa y agradable, con la que puedo hablar sobre cualquier cosa y tener

más de una respuesta. Llega la contada. Recojo mis cosas, ella igual. Nos despedimos y subimos al tramo. Un día menos de condena.

Al transcurrir los días, luego de charlar con ella y conocerla más, empiezo a enamorarme. Como si tuviera un imán que me arrastrara a ella. Iniciamos un juego de miradas que día a día se convierte en algo más. La observo como si fuera arte, y, sin tocarla, la siento mía. Pero no lo es.

Decidimos pasar más tiempo juntas, a pesar de las restricciones y de que los comentarios de la gente crecían. Todas estaban pendientes y a la expectativa de cualquier cosa que pudiera suceder. Hace sol. Decidimos tender el parche para acostarnos y descansar. Minutos después me solicitan al teléfono y, entre dormida y despierta, me levanto para colocarme los tenis que, casualmente, ya no estaban en el lugar. Salgo corriendo descalza para recibir la llamada. Luego de una breve charla, cuelgo el teléfono y busco los tenis hasta hallarlos debajo de un planchón. Me los pongo y llevo en mis manos los de ella para entregárselos. ¿Por qué nos cohiben de estar juntas?, ¿qué pasa si nos gustamos?, ¿por qué no nos dejan disfrutar los días? Para mí, tenerla a mi lado es estar tranquila y en calma. Tuve que llegar a este lugar tan ruidoso para conocer su luz y permitir que me iluminara y me brindara paz en los días grises.



CALDAS

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE MANIZALES



NICOLÁS DUQUE
DIRECTOR DE TALLER



CAMINA SOLO

Juan Camilo Morales Calderón



SOBREVUELA NUESTRO MUNDO CADA NOCHE

Una noche llena de silencio
Solo escuchaba el ruido de las palomas,
Que han sido las únicas aves espléndidas.

Sobrevuelan nuestro mundo
Cada noche,
Cada mañana,
Cada atardecer.

Aprendemos a amar nuestra vida como si fuera una sola.

El miedo nos lleva a ser valientes,
Luchamos por nuestros ideales,
Somos unos verdaderos espartanos,
Somos más aparentando menos.

Les escribo al amor, a la soledad,
Al abandono y al amor de vida,
Al deseo de ser y de conocer.

Les escribo a las palabras que son bellas y delicadas.
A cuánto valen los amigos.
A cuánto valemos y cuánto tenemos.
A los que nos acompañan siempre.

Cuando estamos acá
Estamos verdaderamente solos.
Luchar es de valientes.

CAMINO SOLO

Les canto al mar, al amor libre,
Le canto a la cruda ciudad del relato, donde no hay televisor,
Ni carne en plato para los sueños de los niños,
Que son en Navidad regalos.

Sin apostar el juicio somos pobres o millonarios.
Busco la puerta por el incierto camino.
Cruzo barreras, obstáculos, fronteras,
Camino
Solo,
A veces así me siento.

NO HAY MANERA

No hay manera de sentir tu cuerpo,
Besar tu boca
Y saber que tú andarás un camino aparte y mejor que el mío.

EL CAMINO DIFÍCIL

Ser como las gaviotas, que vuelan para ser mejores,
Perfeccionan su vuelo y enseñan a sus crías el camino difícil para sobrevivir.
Naufragar, ser vuelo, volver a caer, a soñar, a reír.
Volver a volar.

Explicar que el papel de ser padre no es fácil y el ejemplo viene de casa,
Que tu familia toca a tu puerta cada mañana e implora al ser supremo
Que cuide cada paso que das.

Que son tantas las tristezas que tu corazón siempre está dispuesto
A recibir cualquier flecha lanzada por cualquier persona.

No críes cuervos o te arrancarán los ojos.
Borra tu dolor y tristeza y dale tiempo al tiempo y deja pasar las cosas,
No sea que termines loco.

NO SÉ LO QUE PIENSO

Hoy me atrevo, hoy me llevo un cometa para la Luna.
Parece que los indios mayas le cambiaron la fecha al fin del mundo,
Porque ella ya no me quiere como antes.

Precioso, pero no soy tu esposo.
Soy tu amigo que se entregó sin condiciones.
Intenso, que no sé ni lo pienso.
Nos expresaremos en un futuro, en un presente, en un mañana.

SOLEDAD

Es un epílogo triste,
Perdón si te he ofendido,
El hombre siempre busca lo que jamás ha perdido.
Dile que regresar ya es mucho, no sabes de soledad.

LEY DEL SILENCIO

Hay cosas que no se dicen, pasan cosas que son inexplicables, como de
costumbre.
Hay cosas que nos gustan de estar acá entre rejas.
Hay cosas que molestan, pero es mejor callarlas.

EL INICIO DEL HORROR

Jorge Luis Muñoz Parra



Luis era conducido a la prisión de varones de Manizales. Fue condenado por hechos confusos y no veraces. Una mentira acabó con los sueños e ilusiones de este joven.

Luis, con su mirada fija, casi sin parpadear, su respiración agitada, estaba absorto y mudo ante tal despropósito. Quiso hablar y defenderse, pero las palabras fueron ahogadas en su garganta por el respeto a la autoridad. Solo una satisfacción rodeaba su mente: le dejó muy claro al juez que era inocente y que lo había condenado solo por un comentario malintencionado, una mentira bien construida contra él. Fue tomado por un brazo, aprisionado con los famosos aros metálicos y conducido bruscamente por un pasillo; a través de un vidrio se despidió con su agobiada mirada de sus familiares y algunos amigos que lo observaban con impotencia y dolor.

Luego fue conducido por unas escaleras, tomado de los hombros. Se sentía impotente, con el alma llena de angustia e incertidumbre. En su cabeza todavía retumbaban las últimas palabras de aquel caballero vestido de negro que, como un ángel perverso, le había anunciado la peor pesadilla de su vida. El silencio y la soledad permeaban su mente y su cuerpo, ningún ruido podía disipar esa angustia, esa ansiedad de enfrentar aquel universo totalmente desconocido, mientras lo subían a un carro. Al fin, las palabras del poder dominaron los clamores de la razón.

No tardó mucho tiempo. El auto se detuvo. Una voz fuerte lo hizo volver a la realidad:

—Vamos, muchacho, acaba de llegar a su nuevo conjunto cerrado: la Blanca —le dijo.

Bajó del automóvil sin decir nada; un escalofrío se apoderó de su cuerpo al ver su nueva morada. Sus piernas temblaban, su corazón palpitaba

a mil, no podía disimular sus nervios. La palidez de su rostro y su ansiedad reflejaban un sufrimiento infinito. Al entrar, fue requisado y despojado de varias pertenencias, entre ellas su cédula de ciudadanía. Continuaron el recorrido hacia el área de reseñas. Fue registrado con un número que, en adelante, sería su identificación, semejando un animal más para una jaula. Empezó una entrevista poco grata: le hicieron quitar la camisa para revisar si tenía alguna marca, algún tatuaje imborrable, pero no encontraron nada, la piel de este joven estaba intacta. Enseguida le entregaron el dichoso número y lo pusieron a posar para las fotos. Esta vez no sonrió ni se esmeró por dar su mejor ángulo, solo dejó que el lente de la cámara dibujara rasgos difusos de amargura en su rostro, atacado por la maldad y la envidia.

Fue trasladado por un estrecho pasillo a un lugar donde había varias celdas, llamado recepción. El olor a orines, excremento y humedad presagiaba un laberinto oscuro y frío de este sitio lúgubre y cubierto de despojos. Allí, en una de las celdas, encontró por fortuna a un conocido. Iniciaron un triste diálogo sobre la situación que estaban viviendo. El cemento de aquellas planchas frías y lúgubres no fue impedimento para intercambiar ideas y conocerse un poco más. Luis, inesperadamente, dejó escapar unas lágrimas y este joven le dio un caluroso abrazo de consolación, de amistad, y agregó:

—Tranquilo, este no es el fin del mundo; algún día saldremos de este cementerio de vivos.

De repente, una voz los interrumpió, trayéndoles los “almuerzos”: una sopa aguada y sin sabor, las papas muy duras y casi frías, el arroz ahumado, una carne tan dura que no se podía comer, una ensalada con la cebolla casi entera y, para rematar, un jugo que era prácticamente pura agua y simple. Luis no probó bocado, pero imaginó que si así sería siempre tendría que comer sí o sí para no morir de hambre; su compañero de celda, en cambio, se devoró todo, incluyendo el almuerzo de Luis, y luego le comentó:

—Usted tiene que aprender a consumir estos “manjares” o si no se jode, ja, ja, ja.

Después de almorzar, continuaron su diálogo sobre esta cruda realidad y el lugar hacia donde serían trasladados. Acordaron pedir traslado para el mismo patio, para ayudarse y continuar con su amistad. Tiempo después fueron llamados por sus apellidos y conducidos a diferentes patios. Se despidieron y Luis continuó su marcha por ese pasillo sombrío y tenebroso a otro sitio. El hedor a humedad y excremento se agudizó en sus sentidos, sin entender aún esa mezcla de sentimientos y aromas conjugados con el miedo y la impotencia recorriendo su cuerpo y su alma. Se detuvieron a la

entrada del patio quinto, donde un dragoneante lo recibió amablemente y le indicó que esperara unos minutos. Luis tomó asiento, se acordó de todo lo malo que la sociedad hablaba de ese lugar, y lo atormentó esta situación. Aún quedaba en el aire un ruido de rasgadas sombras, de recuerdos y quimeras que, según él, no volverán.

El dragoneante verificó sus datos y preguntó de qué barrio venía. Luis contestó a todas sus preguntas con amabilidad pero con miedo, nervios y, a la vez, con ansiedad de saber qué pasaría de ahí en adelante. Fue interrumpido, esta vez por una voz más fuerte que le dijo:

—Bueno, señor, usted va para la celda número 21; allá no hay plancha, entonces le tocará dormir en roto o en carretera, si lo prefiere, ya usted mirará —agregó este guardia con voz firme y cruel.

Luis contestó a estas palabras con un tímido sí, sin comprender a qué se referían porque aún no lo entendía.

El guardián lo observó por unos segundos y luego le dijo:

—Espere un momento: se nota que usted es una persona seria y bien. En la celda número 34 están desocupando una plancha, allí solo vive gente seria, señores; si usted quiere, puede esperar un poco más mientras mando llamar a Chucho, que es el más antiguo de esta celda, y él decidirá si lo recibe en este lugar. ¿Está bien?

Luis asintió y siguió sentado en la silla, esperando al señor Chucho. Al cabo de diez minutos llegó un señor con delantal blanco y botas de caucho. Lo observó de arriba abajo y, sin más preámbulos, le preguntó su nombre, de dónde venía y qué grado de escolaridad tenía.

Él respondió todas las preguntas. Este señor le dijo al dragoneante que se lo llevaba para sucelda. Tomó en sus manos la colchoneta de dotación de Luis y le indicó que lo siguiera. El joven le dio las gracias al guardia y continuó su trayecto por una reja. Allí vio varios mesones de cemento y un pequeño patio descubierto. También observó con curiosidad unas palomas picoteando sobras de comida dejadas por descuido o a propósito; más adelante vio varias ratas de gran tamaño corriendo por este lugar, y sin decir palabra se imaginó que la escalera que seguía debía ser la entrada al pabellón o al lugar donde permanecería por algún tiempo. Subieron las escaleras y al llegar a la primera planta se escuchó mucho ruido, vio mucha gente hablando y gritando. Siguieron subiendo por otras gradas de cemento, pero el olor a humedad y a orines persistía; aparte se le añadió olor a marihuana y otros más que el joven no solía distinguir entre tanta confusión. Varias personas sentadas en las escaleras fumaban cigarrillo y consumían droga.

Todo se le asimilaba a una mazmorra con gente de todo tipo. Mientras caminaba, se sintió observado e intimidado por estos seres que murmuraban y comentaban que llegaba carne nueva para este patio.

El recorrido parecía interminable. Al dar cada paso, la angustia se apoderaba más de su alma. La humedad de las paredes debido al agua que se filtraba por estos muros presagiaba noches de desvelo y angustia. Por fin llegaron a la celda. Notó que estaba numerada. Cuando entró, Chucho les comentó a sus compañeros:

—Les traigo compañero nuevo. Él es serio y el guardia lo recomendó.

Allí vio varios camarotes de cemento, un televisor y un baño; uno de ellos se presentó y le dijo:

—Ha llegado usted a una de las mejores celdas. Aquí solo somos cinco, todos sin ningún vicio y prudentes. Esa plancha que ve ahí era de un señor que hace poco salió de aquí. Usted la utilizará de ahora en adelante; límpiela y organice su colchoneta y sus pertenencias. Déjeme decirle que acá no se pierde nada; todos respetamos las pertenencias de los demás y nos colaboramos entre nosotros. El aseo es primordial y nos turnamos diariamente para mantener este lugar limpio.

Luis preguntó que si ese camarote de cemento frío era la plancha, ¿qué eran entonces la carretera y el hueco?

El señor Chucho le explicó que carretera era al lado de la reja. Cuando está muy llena la celda, organizan la colchoneta ahí a la entrada, en el piso, y el hueco es debajo de la plancha intermedia, que no es un sitio muy cómodo porque el preso no se puede inclinar mucho, ni siquiera subir las rodillas, por ser demasiado estrecho.

Ahí terminó este recorrido cruel de las instalaciones donde permanecerá Luis, sin imaginarse siquiera cómo serían la convivencia y los demás compañeros de patio.

Este interrogante lo resolverá día tras día.

EL TIEMPO QUE NO REGRESARÁ

Juan Camilo Toro Giraldo



Recuerdo cuando estuve pagando servicio militar. Fue una experiencia muy buena. Para mí, ha sido una de las dos experiencias más bonitas que me han pasado en la vida. Cuando me fui a pagar servicio militar, la que era mi mujer estaba en embarazo de mi princesa.

No quería irme, menos sabiendo el estado en el que se encontraba mi mujer, pero en la vida todo está escrito. Iba caminando hacia mi casa por plena carrera 23 de la ciudad de Manizales, escuchando música, concentrado en la melodía. De repente miré hacia el frente y vi unos hombres altos, fuertes, vestidos con ropa camuflada. Al verme, me hicieron la señal de alto. Enseguida paré. Los hombres, muy amables, me pidieron una requisita. Les dije que sí y uno de ellos me requisó, vio que no llevaba nada ilegal, mientras el otro hombre me pidió la cédula. Saqué la billetera y le entregué la cédula; uno de ellos me preguntó con una sonrisa en la cara que hacia dónde me dirigía. Le contesté, muy tranquilo, que iba camino hacia mi casa. Mientras hablaba con uno, el otro escribió mis datos personales en una hoja color amarillo. El militar me la entregó y me dijo:

—Es una citación. Debe presentarse el día y la hora indicados ahí.

Me despedí y seguí camino hacia mi casa. No iba muy contento, iba mirando aquella hoja pensando en qué hacer: ¿me presento ese día o no?, ¿le digo a mi mujer o me quedo callado? Esas eran las cosas que se me pasaron por la cabeza mientras iba caminando.

Pasada media hora llegué a mi casa, abrí la puerta y saludé a mi mujer. Ella notó algo extraño y me preguntó qué pasaba. Al fin decidí contarle y le mostré la hoja amarilla para que creyera lo que yo le decía. Se asustó mucho porque, como estaba en embarazo, le daba miedo que las dejara

solas. Hablamos un buen rato para ver si me presentaba o no. Al fin decidimos que yo iría a la citación, pero que ella me acompañaría para mostrar que estaba en embarazo, me creyeran y no tuviera que irme.

En ese momento empezó todo. No quería irme y mucho menos alejarme de las dos mujeres que tenía, pero si no me presentaba quedaba remiso. Remiso les dicen a los que no se presentan. Si uno no va y después lo cogen, le toca pagar cárcel militar. No quería eso ni mucho menos alejarme de ellas, entonces tomamos la decisión y me fui a presentar el día indicado en aquella hoja. Estaba muy asustado, pues no sabía qué iba a pasar, si me tocaba dejarlas solas o no, pero aun así fui con mi mujer y me presenté.

El sitio estaba lleno de soldados. Uno de ellos me pidió la hoja que me habían entregado días antes y mi documentación. A mi mujer no la dejaron entrar, a ella le tocaba esperar afuera; yo no quería dejarla allí sola y menos en el estado en que se encontraba, pero ella me insistió en que entrara, que ella me iba a esperar a que saliera. Finalmente, entré muy asustado al lugar; nos entregaron a cada uno de los cien que habíamos unas hojas para llenar; era un cuestionario de hartas preguntas. Después de responderlas todas, un militar las recibió y nos puso a hacer una fila para los exámenes, pues para ser soldado primero le hacen quitar a uno la ropa, luego un doctor revisa que uno no tenga heridas recientes ni operaciones y que no tenga nada en los testículos; después de vestirse lo pasan donde la psicóloga, que hace varias preguntas y decide si uno pasa o no.

La verdad, yo no quería quedar porque, primero, tenía miedo de experimentar algo desconocido para mí, y segundo, porque no deseaba dejar a mis dos mujeres solas y sin mi compañía. Al terminar, la psicóloga me dijo que era apto para prestar el servicio. En ese momento no sabía si echar a correr o quedarme ahí sin hacer nada, pero ya no podía hacer nada; me sacaron con los que habíamos pasado, y cuando salí me dieron ganas de llorar porque mi mujer me miraba y no creía que me iban a llevar. Yo la abracé, nos besamos y nos despedimos; luego me montaron en un camión militar con varios muchachos de mi misma edad, rumbo al batallón. En ese momento no creía que me llevaran y que estuviera en camino hacia lo desconocido.

Cuando llegamos al batallón nos bajaron en la plaza de armas, nos reunieron con varios muchachos que ya estaban ahí desde hacía días y nos hicieron ir hacia la parte donde quedan los dormitorios. En ese momento, entró un cabo y nos dijo:

—Tranquilos, todo va a ser una experiencia muy buena. Pueden llamar a la casa para que les traigan la ropa, cobijas y todo lo que necesiten.

Llamé a mi casa y les dije que si me podían traer lo necesario. Apenas llegaron, pude ver a mis hermanas y a mi mujer. Pude hablar con ellas unos quince minutos, me despedí y me devolvieron a los dormitorios para arreglar mis cosas. Luego nos volvieron a reunir a todos para escoger a los que se quedaban acá y a los que mandarían para lejos. Ahí estuve de malas porque no me tocó aquí. No sabía qué hacer, si llamar para avisar o volarme. Estaba desconcertado porque yo creía que me iba a tocar pagar mi servicio militar en la ciudad, pero no fue así. Llamé a mi mujer y le avisé. Tampoco creía que me fueran a llevar lejos, pero le tocó resignarse y a mí también.

Ese mismo día por la noche, como a las once, estábamos jugando cartas porque no podíamos dormir. Entonces entró un sargento con un teniente a decirnos que empacáramos, que ya nos íbamos. Empezamos a empa-car, no había de otra, ya estábamos ahí y nos tocaba. Nos subieron en un pequeño camión, una turbo, y empezó el viaje hacia Pereira. Allá teníamos que esperar hasta que hubiera 150 hombres para llevarnos a Cúcuta. En Pereira estuvimos quince días esperando a estar completos para que llegara el avión por nosotros. En esos quince días nos tuvieron volteando, o sea, haciendo ejercicio, enseñándonos cómo formar, cómo marchar, todas esas cosas se las enseñan a los reclutas. Reclutas es como se les dice a los nuevos.

Esos días, mientras esperaban a que estuviéramos todos, aprendíamos cosas nuevas. Un día fui a ver el león que había en el batallón de Pereira. Era inmenso, nunca en mi vida había visto un animal tan grande como ese león. Cuando estuvimos completos, llegó el vuelo por nosotros. También fue la primera vez que montaba en avión, fue una experiencia muy buena que jamás voy a olvidar. Era el avión más grande que había visto, el Hércules de la Fuerza Aérea, era inmenso. Cuando me subí no lo creía, pensaba que era un sueño, que todavía seguía dormido, pero no fue así, era cierto; yo estaba subido en un enorme avión de carga y pasajeros, pero solo con una ventana. Cuando despegó, fue lo más impresionante que sentí. En el aire sentía mariposas por todo el cuerpo. Nos asomamos de a uno por la ventana y se vio todo pequeñito, las montañas, todo; fue la mejor experiencia. Cuando llegamos a Cúcuta nos bajamos del avión, sacamos todo el equipaje y salimos por detrás de la pista, por donde hay una línea amarilla por la que se transita hacia la entrada. Salimos a la calle y esperamos a que llegaran los buses por nosotros; una vez que llegaron, nos subimos y

empezamos el recorrido por Cúcuta hacia la ciudad de Pamplona (Norte de Santander).

Nos demoramos todo el día en llegar a un camino largo, subiendo por una montaña hacia la ciudad. Cuando llegamos, ya era tarde; nos bajamos de los buses en la entrada del batallón y nos requisaron a todos. Luego fuimos hasta los alojamientos. Nos motilaron, nos dejaron calvos y nos dieron ropa de deportes (una pantaloneta negra, una camiseta gris y unos tenis) que nos hicieron poner enseguida. Así pasamos varios días volteando, recibiendo instrucción y cosas por el estilo.

En Pamplona duramos un mes y quince días aprendiendo de todo. Nos dieron los fusiles. Fue la primera vez que tenía un arma tan grande. Aprendí a desarmarla tan bien, que la desarmaba y la volvía a armar con los ojos vendados. Aprendí también a disparar. Se sentía genial disparar un fusil, uno se siente grande. Tuve la oportunidad de descoger otra arma. Me llamó la atención un MGL (lanzagranadas múltiple), o el papá del 38. Se le dice así porque parece un revólver grande. Este lo disparé después en el “bíter” número 30, en el municipio nortesantandereano de Salazar de las Palmas. Allá estuvimos otro mes y medio aprendiendo más cosas. También disparé el MGL. Ese sí que fue espectacular dispararlo porque es un arma muy potente. Incluso casi me tira al piso.

En esos tres meses y medio me divertí mucho. Aprendí muchas cosas que hoy en día todavía pongo en práctica, aunque no todas. En esos días que estuve allí nació mi hija Briana. Por ella deserté y me tocó pagar cárcel militar, aunque no fue mucho tiempo, apenas tres días. Me salvé de pagar cuatro años porque unos papeles venían mal. Pero la verdad, la pasé muy bueno; si tuviera la oportunidad de volver, lo haría.

LA FAMOSA BANDA DEL PUEBLO

Juan Esteban Hernández



BARRAS BRAVAS: JAQUE MATE

En esto del barrismo hay situaciones muy complejas. La gente del común cree que somos jóvenes vacíos, sin ideas ni objetivos personales, que arriesgamos nuestra vida sin razón, pero en realidad detrás de todo eso hay muchas mentes intentando jaquear el sistema de la vida; tratando de vivir de esta pasión y de salir de esta pesada convivencia en barrios o comunas, donde nacemos muchos y nos criamos pocos.

Un día, cansados de la represión y la recriminación hacia nuestra hinchada, y más sin dinero, en reunión, expusimos la situación del parche. Conocíamos nuestros derechos como jóvenes y la vulnerabilidad que hay. También vimos las necesidades que tenían los políticos tanto de votos como de credibilidad, así que les taladramos la mente. No sabíamos si funcionaría, solo lo hicimos. Buscamos apoyo en el Concejo. Una vez que entráramos, nadie nos sacaría. Dimos con el presidente del Concejo; presentamos nuestros derechos como jóvenes, le dijimos que íbamos a ayudar en toda clase de eventos logísticos a bajo precio, con la idea de cambiar nuestra imagen de peleadores y descontroladores. A ellos les convenía ayudarles a los jóvenes hinchas problemáticos a dejar las calles y la delincuencia, y a nosotros nos convenía darnos a conocer más en el pueblo, así como mejorar la indumentaria deportiva y nuestro bolsillo, viajar más, y ya la policía no nos tocaría jamás. ¡Lo conseguimos!

Todos saben lo importante que fue eso. Pintábamos por todo lado el bello colorido de nuestros ideales. Los policías se tenían que alejar con una llamada, éramos los consentidos. Hicimos eventos grandísimos. El 31

de octubre, día de los disfraces, ¡masivo!; el Día de la Madre, lleno total en el coliseo; fiesta de la estrella, ¡masivo!, y pintamos barrios de bajos recursos en Navidad.

Y todo en nombre de la hinchada. Los políticos ganaron muchos votos y credibilidad. Nosotros ganamos viajes a todo el país, conseguimos dinero, trabajo, prendas del equipo, sombrillas, hasta compramos un trapo de diez metros, nuevo, grafiteado. Con el dinero de ellos les expresamos las gracias por creernos, así todo fuera una falsa fachada, porque aún estábamos en peleas contra verdes y rojos, y todavía estábamos sumergidos en el mundo de las drogas. La policía sabía que con nosotros no podían. El parque central de Chinchiná era nuestra zona de encuentro, con permisos firmados. “La mente mueve montañas”: no éramos estudiados, pero nos les metimos en la Alcaldía, solo moviendo bien nuestras estrategias, hasta que...

Un día, al finalizar un evento que todo fue un éxito, teníamos más en nuestro bolsillo a los concejales y esa gente importante nos quiso gastar una fiesta por lo conseguido. Ese día fuimos a un lugar privado, los muchachos y ellos mezclados, y compartiendo copas de licor. Como a las dos de la mañana yo estaba reloco, pero vi algo mal: los parceros estaban robando el lugar. Me vieron y se azararon, pero en medio de mi locura y entusiasmo me reí y los dejé. Nadie se dio cuenta. Bueno, eso creíamos todos.

Al día siguiente recibí una llamada de ellos. Me citaron y les expresé que no sabía nada, pero me dejaron sin palabras cuando me dijeron lo siguiente:

—Lo vimos todo en las cámaras, Juan.

Yo no hice nada, pero ellos eran mi responsabilidad. Salí de ahí apenado con los que nos habían dado la mano. Encontré a los responsables del robo, recuperé lo hurtado, hablé con el dueño, le di la cara, pero de la Alcaldía solo vimos el último pago, pues nunca nos volvieron a apoyar. No nos denunciaron, solo dejaron así; en resumen, perdimos todo el apoyo. No querían que nadie se enterara de este escándalo, solo nos dejaron sanos. Tan fácil fue conseguir meternos en sus mentes, pero tan fácil también fue salir por la puerta de atrás y perder todo lo conseguido.

Aún perseguimos nuestros ideales y apoyamos nuestro equipo, pero nos siguen faltando ese apoyo y ese empuje que nos brindaron ellos cuando más los necesitamos. Nunca perdimos un combate en las calles, pero este sí lo perdimos; una ficha mal movida hizo caer nuestra defensiva y a nuestra reina.

CÓMO VIAJAMOS

En ocasiones, las personas no entienden qué significa para un fanático seguir un equipo de fútbol. No entienden que viajar días enteros, muchas horas —incluso meses cuando es a otro país— y entrar a ver noventa minutos de un buen espectáculo llena todos esos vacíos familiares, afectivos y personales de nuestra vida. A veces, o casi siempre, nos expone a peligros para conseguir el dinero suficiente para salir a comprar una boleta o pagar una excursión. Recurrir al viaje clandestino se convirtió en algo sencillo. Esperar un tractocamión en un resalto o desvío. Planchón, chorizo, contenedor, camión, medio pollo, solo pasa a baja velocidad y te cuelgas de las dos barandas de atrás. Te subes en silencio para que el conductor no se percate, te sientas, te acuestas y rumbo a la ciudad vas, sin dinero y atento a los desvíos o a que otra banda de otro equipo no se te monte, porque no te iría nada bien si otros colores toman tu transporte.

Muchos amigos mueren allí subiéndose o bajándose de los camiones, o simplemente otros hinchas los atrapan dormidos, los llenan de puñaladas y los arrojan a la vía Panamericana sin dudar. Los viajes en excursión son más seguros, no del todo pero algo. Siempre hay un representante, el encargado de contratar, de motivar y de que todos se porten bien. El viaje se acerca, el coordinador rueda la información por redes sociales, en cadenas o en reuniones, lo que vale el viaje, qué día es, la hora de salida, la hora de llegada y las estaciones en el camino. Incluye pedirles a los más antiguos que lleven un arma por si algo pasa en carretera.

El dinero se recolecta el día antes de salir, y en el momento de partir siempre un bus de hinchas lleva sobrecupo, porque al llegar el momento no todos tienen el dinero completo y el viaje no se puede suspender, va contra los ideales del coordinador. Pocos pagan completo, otros la mitad, otros el 80 %. Esto obliga a ir con sobrecupo. Los conductores no están de acuerdo pero necesitan el dinero, ya que habían programado su agenda para ese día; a veces se les queda debiendo, pero ellos saben que si no pagan no les vuelven a prestar el servicio. La hora de salida llega en orden. Primero los que pagaron, luego los que más dieron, después el resto. Para que el conductor arranque, es necesario ocultar el sobrecupo; a unos los tapan los amigos en el medio de las sillas y a otros debajo de los pies. Una vez hecho esto, le pedimos al conductor que arranque y salimos. Lo peligroso de esto solo es una cosa en la que piensan todos: encontrarse una excursión de una hinchada de otro equipo en un peaje o en un desvío. Cuando eso pasa, el coordinador grita “¡Todos abajo!”. Entonces bajan todos con

machetes y cuchillos, cogen piedras y comienza el enfrentamiento; los rivales hacen lo mismo, no hay tregua. El honor es ganar a toda costa. Los únicos que pueden parar esto son los policías de carreteras. Luego subimos a los buses, arrancamos y siguen el carnaval y la previa rumbo a la cancha.

En Pasto me pasó que hinchas pastusos me tumbaron de la mula en que iba a punta de piedra, y me robaron toda la ropa bajo la fría noche pastusa. Me apuñalaron el abdomen con machetes y cuchillos, los labios se me encajaron en medio de mis dientes y mi cabeza quedó rota tras la paliza. No sé qué fue lo que hizo que se alejaran y me dejaran tirado, llorando, sin ropa, vivo y pidiendo ayuda. Un ángel me rescató y me dio ropa. Nunca vi su cara, pero él me pagó la cuenta del hospital, me dio comida y me dio el pasaje. Nunca supe cómo se llamaba ni reconozco su rostro.

En otra ocasión, la policía no pudo hacer nada para evitar la muerte de Chávez en la salida de Medellín. Un joven salió de una esquina disparando en tres ocasiones contra el bus y dos balas entraron por la espalda del joven que su vida dio por esta pasión; a pesar de todas estas circunstancias, el sentimiento crece cada vez más...

*Los locos todos de la cabeza alentando al blanco
De gira preparando la fiesta para verte a vosss
Alfil, vamos a demostrar de qué somos los capos,
Que la mica banda del eje es la banda del honor..*

Fair Play viajando

El viaje comenzó con retrasos se llega la hora y la ley exige una requisita de rutina por fin arrancamos con destino a la ilusión de alentar al equipo en una cancha con muy buenos recuerdos los parceros estuvieron todos los días trabajando duro para que este viaje fuera hoy una realidad... después de 10 horas y tres retenes vamos llegando...

OCTAVOS EN EL PENAL

Si hoy tuviera mi libertad, iría rumbo a la cancha a donde ya varias veces he asistido, a un coloso llamado Pascual Guerrero. Allí se han librado batallas históricas en la cancha, como en sus tribunas populares y alrededores. Como la del 2005, donde con palos y cuchillos miembros de la barra escarlata Barón Rojo Sur nos robaron nuestro trapo. Desde entonces la

rivalidad creció, y esperamos el momento de cobrar venganza de aquel día, ya que esa hinchada nos quitó lo máspreciado para una barra brava en Colombia: su identidad.

Son las 4:30 p.m. y entra una llamada no esperada; eran ellos: ¿quiénes? Pues la hinchada que no abandona. Se escuchan sus canciones a lo lejos; con redoblantes, trompetas y bombos, gritándome “aguante” con sus melodías marciales. Mi corazón acelera sus latidos y mi emoción se confunde con la tristeza. Me dicen que están entrando en caravanas a Cali, alcoholizados, enfiestados, van llegando a su destino. En mi previa, me encuentro en mi celda, luciendo los colores que me apasionan y, como pocas veces, viéndolo por televisión. Una pequeña mancha blanca entre un rojo espeso. Son ellos, los cholos, los que no paran de alentar.

Yo estoy en silencio, con la ilusión intacta de ganar la serie, porque ni las rejas podrán callar mi voz. Comienza el partido, el pabellón enloquece, gritan todos los que comparten mi pasión, y por solo un error de la vida, sus sueños son ahogados o reprimidos en el penal. Es emocionante ver a estos once gladiadores reordenando su defensiva y planteando el ataque que nos dará la victoria. Dale que dale, hoy hay que ganar, los rojos son fuertes, la localía les ayuda, así como su hinchada. La llaman la hinchada de los cantos que no cesan. Su poderoso instrumental resuena hasta por las bocinas del televisor, allí adentro se siente un horno. Los rojos asustan un poco a la hinchada visitante, pues presionan durante los noventa minutos. Quieren la victoria cueste lo que cueste.

En mi calabozo vivimos el juego con intensidad. No parecemos lo que la Fiscalía dice que somos: un traficante, un asesino y un agresor de mujeres. Parecemos todo lo contrario. La mente se nubla de recuerdos pasados: “gloriosos recuerdos”. Se termina el primer tramo del partido, sin goles, pero con muchas llegadas. Los locos, cansados por el viaje y sudando por el clima cálido de Santiago de Cali, no acaban los cánticos, y yo feliz por el buen juego, pero preocupado por la falta de efectividad. Todo en mi cuerpo me recuerda la barra: mis tatuajes que ocupan casi toda mi piel, mis heridas en batallas por todo el país y contra diferentes hinchadas. Algo que ha valido la pena y que muchas personas no entienden. En el final pasamos con el empate, y un 2-1 en el global, algo que nos llenó, y ni el encierro calló nuestras voces.

En el frío calabozo de un penal, me doy cuenta de que no volverá el ayer; y pensando: “Estoy aquí, en aquel amor que por más que salga hoy, no va a volver...”.



CAUCA

RECLUSIÓN DE MUJERES LA MAGDALENA DE POPAYÁN



PAOLA MARTÍNEZ ACOSTA
DIRECTORA DE TALLER



AL BORDE DE MI PROPIO ABISMO⁵

(Fragmentos)

Oneida Díaz



Con ganas de retroceder el tiempo. Hoy lamento que llegara aquel 18 de mayo de 2018, aquella mañana de viernes en la que, como era rutina, me disponía a trabajar. Llegué a mi lugar de trabajo y de repente dos hombres se acercaron y me pidieron acompañarlos a la estación. Yo pregunté que con qué motivo, que si era por las peleas del fin de semana pasado y me respondieron que sí. Al llegar a la estación me leyeron una hoja en la que se me acusaba de un montón de cosas que no entendí, no sabía en qué momento había hecho tales cosas...

En el recorrido de mi primer día, un señor de los que me acompañaban me dijo:

—Usted se ve muy tranquila.

Yo le respondí:

—Lo estoy, pues no hay razón para lo contrario.

Enseguida me dijo:

—Eso va a pasar y no es su fin, se lo aseguro.

Me trataron muy bien y hablaron conmigo como si fueran mis amigos, se reían de mí y me hicieron reír; además, me dijeron algunas cosas que, según ellos, me servirían. Me contaron también que estaban decepcionados de mí, que todo era muy raro, que nunca en su carrera les había pasado algo así porque les había dado miedo. Yo me reí y les pregunté:

5. Nota del director del taller: Los fragmentos que se narran aquí forman parte del diario que Oneida escribe desde que llegó a la Reclusión de Mujeres La Magdalena de Popayán. Lleva dos cuadernos escritos y está escribiendo el tercero, los cuales piensa publicar como libro.

—¿De mí o qué?

Ellos dijeron que sí.

—¿Por qué? ¿Tan mala soy?

—Pues aunque usted no lo crea, así es —respondieron—. Esperábamos una persona muy distinta —expresaron.

—Entonces no soy yo, devuélvanme a mi casa —les dije. Los miré y ellos se rieron de nuevo. Y así llegamos al comienzo de esta cosa que es hoy mi vida...

Llegué a mi audiencia sin saber lo que iba a pasar. Me senté en la silla de los acusados y no dije nada, ellos lo dijeron todo... Habría dado mi vida por no haberle causado ese dolor a mi familia, pero ya no podía hacer más. Se dice que hay muchas formas de morir, yo me sentí morir de la peor manera...

Volví de nuevo a ese lugar que sería mi casa por unos días, y me senté en un planchón donde había un bolso, una cobija y una chaqueta. Estaba en un extremo y de repente un hombre muy poco amable me dijo:

—No se vaya a robar nada de eso, que eso es de una negra muy jodida.

No respondí nada, pero qué ganas tuve de gritarle que para qué haría algo así, que si me lo robaba no lo podía llevar a ningún lado, que no fuera tan bobo... De repente, empezó una bulla, un alegato muy fuerte que no podía ignorar. Miré a una negra que llegaba de muy mal humor, renegaba de su suerte. La entraron a la celda. Tuve miedo, ya que estaba acompañada pero no era una buena compañía, o eso era lo que pensaba en ese momento. La señora ni me miraba, pero de pronto me vio y me dijo:

—Hola, qué pena que no la saludé, pero es que estos hijueputas me tienen de mal genio.

—Eso veo —le respondí.

—Me llamo Hanelli Vallejo —se presentó—, pero me dicen Tania.

—Mucho gusto —le dije, y me presenté también.

Hablamos un poco, me dijo algunas cosas y después de eso me preguntó lo que todos te preguntan cuando llegas:

—¿De dónde eres? ¿Y por qué estás aquí?...

Era ya de noche y no podía dormir. De repente se acercó a la reja un hombre con una nota que decía: “Declárese culpable o su familia la paga”. Me asusté y desperté a Tania. Ella me dijo:

—Tranquila, eso son esos vagos que la quieren asustar.

Esa noche fue una de las más largas de mi vida...

Llegó el día del traslado, era jueves y nos dijeron que nos alistáramos... Ya estábamos listas cuando nos dijeron que el traslado sería por la tarde, que primero iban a llevar a los hombres a San Isidro porque había muchos y ya no cabían. Tania y yo no quisimos aceptar, protestamos y logramos que nos llevaran al mediodía, pero nos advirtieron que tocaba voltear con nosotras por varios sitios. Aceptamos. Nos sacaron de allí y nos llevaron a los juzgados, a la cárcel de hombres; paseamos casi toda la ciudad y en una ocasión nos dejaron solas por un espacio de treinta minutos... Tania me decía que saliéramos del carro y corriéramos. Por un momento quise hacerlo, pero tenía miedo de que fuera peor y le dije que no, que yo era mala para correr y que así nos cogían, seguro que sí... Ella me entendió y se quedó conmigo. Al rato llegó el policía y por fin nos trajo a nuestro nuevo hogar. Llegamos. Había una gran puerta que separaba el mundo que fue y el que sería desde ese día...

Las primeras caras que vimos fueron las de las dragoneantes y una interna con un aspecto muy desagradable... Tenía una mirada fea, como de un demonio. Yo me puse detrás de Tania y ella respondió a su mirada. A Tania no la asustaba una mirada, así que la miró peor, le mostró que era una negra jodida y que ella no conocía el miedo; eso me hizo sentir protegida, otra vez. Nos pasaron al patio con las demás internas... Tania ya me había preparado para ese momento y, como buena alumna, hice lo que ella me dijo... Me dijo que la entrada lo era todo, que no podía mostrar miedo porque no convenía; la reja se abrió, todas me miraron de distintas formas. Me fui a un rincón, pues todo era cuestión de esperar a mi gran amiga. Una señora se me acercó y me dijo:

—Venga conmigo, que la soledad es mala en este lugar.

Estuve con ella hasta que entró mi Tania, corrí hacia ella y fuimos juntas a donde yo estaba. Llegó la noche, y a la hora de ubicarnos quedamos en el mismo tramo, aunque no en la misma celda, pero solo nos separaba una pared. Ese era ahora mi refugio, la celda 50 del tramo 6, el famoso Bronx; así le decían a nuestro tramo porque era el lugar más feo del penal. Me entregaron mi colchoneta y me mostraron mi lugar; era horrible y olía a todo menos a bueno. Acomodé mi nido y me acosté, estaba cansada y quería dormir. Mis compañeras eran la Wafer y Pao Pao, unas personas nada que ver... Ya estaba dormida cuando unos gritos me despertaron: era una pelea en mi celda, me estaban dando la bienvenida. Paola y la Wafer se estaban peleando porque a Paola le había dado por leer, y como no podía hacerlo bien solo tartamudeaba, lo que le sacó la piedra a la Wafer y

se fueron de palabras, hasta que se terminaron dando en la madre encima de mí... Llegó la seño hasta la celda —así le dicen aquí a la guardia— a preguntarme que cómo había sido la pelea. Yo sabía por Tania que una de las reglas en la cárcel, y tal vez la más importante, era esta:

—Lo que escuches, lo que veas, no lo comentes jamás. Escucha, aprende y calla.

Estaba asustada, pero no sé de dónde saqué fuerzas para decirle:

—Seño, yo no vine a cargar ni a que me carguen; yo no sé nada.

Acá es muy duro, todo es complicado, hay que aprender a vivir en este mundo diferente, donde nadie es amigo de nadie... Se aprende a sobrevivir porque en este lugar no hay vida, no se puede llamar vivir cuando se está atado a unas normas y a lo que hay y no a lo que uno quiere...

En estos días he estado con mis compañeras... Ahora hablamos de todo, y es tanto el impacto que esto tiene en nuestra vida que hacemos y decimos cosas sin sentido. Anoche, mientras estábamos cosiendo, Yeni quiso poner una aguja en mi pierna para no perderla, reaccionó a tiempo pero alcancé a sentir el pinchazo; nos reímos y nos dijimos que era mejor dormir porque el encierro nos estaba haciendo daño. Acá se pierde la noción del tiempo y de las cosas, se hacen locuras, hablamos dormidas, perdemos las cosas, hacemos cosas que ya están hechas. Yeni, por ejemplo, desocupa su maleta, lo hace hasta cuatro veces y busca y busca sin saber qué. Ella no lo sabe, pero de pronto busca su libertad...

Hoy pasó algo que me dio tristeza. Estábamos en el patio cuando de pronto entró un hombre que puso muy nerviosas a mis compañeras. Yo no sabía por qué, pero lo que dijeron fue esto:

—Maricas, el canino.

Él ingresó con cuatro perros que entraron al patio y olían todo. Dijeron que era un “richi”, o sea, una revisión en la que esculcan hasta el orto. Y comenzó el raqueteo. La hermosa perra, llamada Tiara, ya sabía lo que había que hacer. Las guardías sabían que al penal había ingresado droga que estaba circulando entre las internas, después de que el lunes festivo hubo conyugal en la cárcel San Isidro y después de que una interna llegara del penal con una sobredosis que no podía ocultar... Los perros buscaron y dieron seis positivos. En esos momentos, La Magdalena estaba que ardía... Se dice que las internas fueron llevadas a Medicina Legal y que a unas les encontraron la droga, que fueron procesadas y que les fue mal, muy mal...

Vivimos en un estrés tremendo porque hay muy poco espacio para tantas mujeres y siguen llegando... Esto hace que una que otra presa estalle,

que haya peleas, alegatos, chisme, robo, y una presión que se torna a veces tan difícil de manejar...

Acá somos muertos vivos. Vivos porque respiramos, nos movemos, comemos y todo lo demás con mucha limitación, pero aun así vivos. Muertos porque para la sociedad ya no existimos; se llega con una familia, un esposo, unos hijos y unos amigos que se van alejando... En este lugar he aprendido que nadie es indispensable, que todos tenemos precio y que lo que ayer fue tuyo, hoy ya es historia. De todas formas toca seguir adelante, no hay opción, es tu puta vida o lo que queda de ella...

AQUEL 27 DE MARZO

Ángel Rebelde (seudónimo)



Y ahí iba esa niña de doce años, viajando rumbo a su casa a ver para qué la había mandado llamar su mamá. Era una tarde hermosa; ella cerraba sus ojos y sonreía después de admirar por la ventana del bus las maravillas de la naturaleza. Dentro de su cabeza había un mundo lleno de mágicas aventuras. No se imaginaba que ese día sería, quizás, el principio de un cambio con el que vería que la vida no estaba hecha únicamente de sueños, sino también de dolores y tristezas, de indiferencia y resentimientos, de rabia y de venganza.

En ese momento solo podía preguntarse qué querría mamá, qué habría pasado para mandarla llamar, pues hasta ayer le había dicho que solo ella sería quien la visitaría. Desde hace un tiempo no vivían juntas porque en el pueblo no habían encontrado institución educativa con cupos para recibirla, así que la enviaron a otro lugar para que pudiera seguir estudiando.

Cerca de una hora y media después, la niña llegó a su pueblo. Bajó del bus y se encontró con unas calles desoladas y extrañas. Avanzó, caminando por entre las calles, y poco a poco se fue acercando a la casa de sus padres. Divisó de lejos tres cruces que estaban afuera y entonces sus mágicos pensamientos se tornaron turbios y confusos. Todo aquello que venía admirando de la vida, de la naturaleza, se fue desdibujando, una sensación inexplicable empezaba a dominarla. Rápidamente corrió en busca de su madre, porque le habían dicho que era ella quien había mandado recogerla.

Entró a la casa por la puerta del cuarto de sus padres, que comunicaba con la calle, y se encontró con su papá. Tan pronto como él la vio se lanzó a abrazarla, y entre sollozos le dijo:

—Hija mía, nos hemos quedado solos.

Aquellas palabras sonaron en sus oídos como un fuego que la quemó y mató por dentro. De inmediato corrió hacia la sala, donde había una

multitud de personas, quienes al verla soltaron a llorar. Ella miró tres ataúdes, se acercó a cada uno y empezó a levantar sus tapas.

Destapó el primero y miró a la esposa de su primo; el segundo, y se encontró frente a frente con su tía Alicia, esa mujer a la que admiraba tanto y por la cual decía que cuando grande sería como ella. Al llegar al tercero, aunque ya en su interior existía esa certeza, cerró los ojos y rogó a Dios que estuviera equivocada. Fue abriendo la tapa y sintió que su cuerpo se partió en dos. No podía entender lo ocurrido; no podía saber, como lo supo después, que con la muerte de sus seres amados se había silenciado la verdad sobre otras muertes, pues su mamá y su tía habían hablado en voz alta, habían expresado que sabían quién había matado antes a uno de sus familiares. No guardaron silencio y por eso segaron sus vidas.

Y allí estaba. De pie, junto a ese ataúd, experimentó el dolor más grande que jamás había sentido y que no volvería a sentir nunca más. Sus ojos chocaron con el rostro pálido e inerte del ser que le dio la vida, que yacía en esas cuatro tablas, inmóvil. Dio un grito que desgarró el alma de todos los que allí estaban y cayó tendida al pie del ataúd, sabiendo ya que su madre nunca más volvería.

Al despertar, estaban su padre y su hermanito de siete años al pie de la cama; ahí comprendió que les tocaba a los tres seguir el camino solos. Simplemente no podía darse el lujo de desistir, por eso en su mente se bloqueó todo sentimiento; desde ese día, su corazón se hizo inmune al dolor; entendió que si a esa edad había soportado perder al ser que más amaba, de ahí en adelante nada ni nadie le podrían causar mayor sufrimiento. Todo lo demás que viniera en su vida podría resistirlo.

Después de dejar a su madre en el cementerio, llegó a su casa, se recostó y se dijo: "Ahora te toca sola enfrentarte a la vida". Cerró los ojos y al despertar al día siguiente era otra, vestida con una coraza que hasta el día de hoy la protege y hace de ella una persona que soporta cualquier dificultad, y cuando siente que desfallece o se quebranta, su mente evoca aquel 27 de marzo.

EL KARMA DEL DÍA A DÍA

Blanca Olivar Ocampo



Esta historia comenzó cuando tenía dos años, pues mi vida ha sido muy triste desde esa edad. Mi padre me dejó con su hermano y su esposa porque no podía hacerse cargo de mí. Yo estaba muy peque, por eso no me acuerdo de nada; lo sé porque mi mamá adoptiva me lo contó. Por ella sé que mis padres biológicos tenían un laboratorio de coca en Puerto Leticia (Amazonas), aunque yo nací en Manaus (Brasil). Mi padre se llamaba Danilo Castaño, nacido en Chinchiná (Caldas); de mi madre no sé nada, ni el nombre, solo sé que era de Manaus, que un día decidió irse con ocho de mis hermanos porque mi papá comenzó a golpearla, y que a los cuatro más pequeños nos dejó con mi papá; que de tanto probar el producto que hacían en el laboratorio se volvió drogadicta y que desde que eso pasó comenzó mi karma. Cuando mis padres se separaron, mi papá nos puso a rotar a todos; él tuvo que acabar con el laboratorio y me trajo a donde mi tío, en Tumaco (Nariño), y allí empecé a vivir lo más feo de mis días...

A mis cinco años nos desplazamos a Cali, donde me crie, pero allí todo fue peor. Mi tío, que para mí era mi papá, no me miraba como una hija, sino como una mujer. Comenzó a abusar de mí. Le conté a mi mamá, pero fue lo peor que pude hacer, pues ella y su hija mayor no me creyeron y en cambio me dieron una muenda que casi me mata. Tenía ya once años y cada noche me orinaba en la cama, pero eso no podían entenderlo ellas; su ignorancia hacía que cada mañana, al despertar, después de ver las sábanas mojadas, me sacaran a la calle desnuda, según ellas para que me diera pena y dejara el vicio de orinarme. Pero no era un vicio, era miedo. Así que para lo único que servía esa humillación era para hacerme sentir avergonzada y para volverme cada vez más agresiva...

Yo seguí así, con mi rabia encima, hasta que un día mi papá me levantó a las cinco de la mañana y me llevó, según él, a requisar; mejor dicho, como

en Cali sembraban millo, frijol, soya, algodón, nos íbamos a recoger lo que la máquina dejaba. Pero yo sabía que él buscaba salir para abusar de mí. Era lo peor, era horrible, me sentía pisoteada, burlada al saber que mi sangre hacía eso conmigo. Aquella vez, al llegar a casa, me sentía cansada y muy triste; esa fue la gota que rebosó el vaso. Eran las siete de la noche, un día viernes de 1991, no recuerdo el mes; me dijeron que comprara unos panes para el desayuno y me dieron cinco mil pesos. Fue el último día que me vieron, porque me fui de la casa...

En las calles fue otro karma porque me tiré a las drogas, a robar, a la prostitución. A los catorce años quedé embarazada. Cuando ya tenía nueve meses, me fui a pasar mercado a Pradera; yo trabajaba en la zona de tolerancia. Allí estaba, recuerdo, con la panza a casi explotar, y en plena rumba, en medio de la pista, bailando y estando muy drogada, me cogieron los dolores del parto. Unas compañeras me llevaron al hospital local, pero llegué tan mal que me remitieron al hospital de Palmira. Me desmayé y me tuvieron que hacer cesárea. Mi hijo nació bien, hermoso; un niño que pesó 3,500 gramos, trigueño, cabello negro, muy peludo, y los ojos azules como el cielo. Cuando me lo entregaron fue algo bellissimo, nunca me olvidaré de ese día. Pero allí empezó otro karma, pues yo era menor de edad y el médico cirujano quería que yo les diera a mi pequeño ángel, el que en esos momentos iba a cambiar todos esos sufrimientos de mi niñez. Ellos no podían entender eso y al ver que yo no tenía a nadie que sacara la cara por mí, aprovecharon para llamar al Bienestar Familiar. Pero no permití que me lo quitaran; a los quince días me les volé con mi hijo del hospital...

En Florida (Valle), conocí a la mamá de una compañera que trabajaba conmigo, y me dijo que ella podía cuidarme al niño. Me fui con la hija a pasar mercado a Buenaventura. Cuando llegamos, durante los primeros días nos cobraron vacunas por trabajar allí; por eso tuvimos que quedarnos allá dos meses, pasando los días para poder pagar la habitación, la comida, las vacunas y dejar algo de ganancia. La mamá de mi compañera pensó que nos había pasado algo malo y decidió ir al Bienestar Familiar y me puso demanda por abandono. Yo sé que eso lo hizo con su segunda intención porque quería quedarse con mi pequeño; al enterarme, sentí como si me hubiesen clavado un puñal directo en el corazón. Me fui de una a Palmira, donde lo habían mandado a un hogar sustituto. Cuando llegué allá, no querían dejarme ver a mi hijo. Me volví como loca, grité, lloré, hasta que me permitieron verlo. Apenas lo vi lo tomé en mis brazos, lo abracé, lo besé tanto, no quería soltarlo, no quería perderlo. Después me quedé dos días allí afuera sin comer,

no me importó nada. Lo único que podía hacer era llorar y fumar más que puta presa. Me sentía como una mierda, me preguntaba por qué mi vida era así, si lo único que yo quería era ser una buena madre... Pude verlo luego y estar con él una hora, pero en cuanto pasó ese tiempo volví a la realidad. Solo podía visitarlo cada quince días, nunca faltaba, hasta que un día me sentí muy mal. Me fui al hospital del pueblo, me tomaron un examen de sangre. Cuando salieron los resultados la enfermera me dijo que era positivo, que tenía un mes de embarazo...

A mis siete meses de embarazo, estando en el negocio donde trabajaba, me metí tanta droga que tuve una sobredosis. Me llevaron al hospital y empezaron los dolores de parto. Fue tan horrible, sentí morirme; nació otro hermoso niño, claro que nació enfermo, bajo de azúcar y con hidrocefalia. Lo remitieron al Hospital Universitario del Valle, en Cali. Allí estuvo ocho meses y mientras tanto yo seguí luchando por mis hijos, cada quince días iba a Palmira a ver a Mauro y después regresaba a Cali al hospital con mi pequeño Carlos. Entonces llegaron de nuevo del Bienestar Familiar, y aunque dije que me sentía capacitada para cuidar a mis dos hijos, me dijeron que yo era menor de edad, que era una mala madre, que además no tenía familia y que era una N.N. El mundo se me cayó, no tenía para dónde agarrar. Era el karma de saber que perdería definitivamente a mis hijos. Me fui a fumar baretta, bazuco y me tiré a la calle, al vicio, al hurto, a todo lo peor. Empecé a vender droga y, con todo eso, otro karma: me olvidé de mí, de mis hijos que eran mi todo, ya no tenía por quién luchar...

Salí y volví a mi mundo, me enrumbé y en esas rumbas conocí al papá de mi tercer hijo. Después de un mes de relación quedé embarazada, pero estaba feliz por ser madre por tercera vez. Sin embargo, a los cuatro meses le cogí fastidio al papá de mi bebé y me independicé. Me fui a trabajar en una línea donde se vendía droga y ahorré dinero... Un jueves a las diez de la noche llegaron los dolores y al siguiente día, a las once de la noche, nació mi hermoso Calet David... Tenía ahora otro ser por quién luchar, un pequeño que hoy ya tiene dieciocho años y es un buen muchacho. Seguí adelante por él y por mi hija, una negra muy bella que nació dos años después de su hermano. Con ellos seguí mis días cuando nos fuimos a Buenaventura a vivir en la casa que mi abuela, la mamá de la mujer que me crio, me había dejado como herencia en un barrio de zona roja. Allí vivimos como tres años y conocí a un joven que era eleno, muy bello, medía 1,80 de estatura y yo le llevaba muchos años de diferencia, pues yo tenía veintisiete y él, dieciocho...

Un día me dijo que se iba a salir de la guerrilla pero que le daba miedo. De todas formas se fue a hablar, pero el jefe le dijo que lo pensara muy bien, que de eso no se podía salir así como así. Como él lo tenía decidido, entregó el fusil y los logotipos. Ese martes del año 2007, a la madrugada, estábamos dormidos cuando escuchamos ruidos, apenas nos dimos cuenta ya le estaban apuntando a mi esposo; eran tres tipos que tenían pura cara de criminales. Fueron los momentos más angustiosos... Mis pequeños comenzaron a llorar, a gritar. Uno de ellos nos dijo que saliéramos por la parte de atrás, porque iban a matar a mi esposo. Mi hija se quedó mirándolo y entonces, llorando, se arrodilló y se aferró a los pies de mi esposo. No supe cómo, pero cogiendo fuerzas, mi marido se le tiró a uno de ellos y le quitó el fusil. Nos dijo que corriéramos. Salimos por atrás, que es puro monte. Corrimos y corrimos, tanto que llegamos a una parte que era como un hueco. Nos detuvimos. Oímos unos tiros. Mis hijos y yo comenzamos a llorar, pensamos que habían matado a mi esposo. Esperamos hasta que amaneció. Picados por los zancudos y con mucho frío, salimos de allí y nos tiramos para la carretera, sin dinero alguno para poder viajar. Llevábamos una hora caminando cuando escuchamos un silbido: era mi esposo. Estaba herido en un brazo. Apenas nos vimos sentimos alivio, nos abrazamos todos y él solo nos decía que nos amaba...

Llegamos a Cali, me conseguí un termo para vender café y mi esposo se puso a carretiar, o sea, a llevar mercados... Pero ahí comenzó la guerra porque cobraban vacunas. Mi esposo se rebotó y allí empezó otro karma, porque nos desterraron. Pero me encontré con una paisana a la que también habían sacado de su pueblo y me dijo que estaba viviendo en una invasión, nos llevó y nos presentó al tipo que mandaba y resultó amigo de mi esposo... Vivimos tres años en esa invasión, hasta que el alcalde mandó desalojar; llegaron los del Esmad, nos iban a quemar los ranchos y todo volvió a ser como cuando nos sacaron de nuestro pueblo. Qué horrible, comenzamos a vivir otro karma... Después nos tomamos el CAN hasta que el alcalde habló con nosotros y con los líderes, nos hicieron firmar un papel, nos daban para tres meses de arriendo, nos fuimos a los cambuches y llegaron con los cheques a los dos días...

Al pasar un mes, mi esposo me dijo que le había salido un trabajo en una oficina de sicariato. Yo me sentí muy mal, por eso peleamos, hasta el punto de que él me pegó una pela que me dejó enferma como tres días. Mis hijos lo amaban, pero ya le tenían miedo. Cuando comenzó a trabajar eso fue otra pesadilla, se enrumaba con drogas todos los días, era horrible...

Un día llegó todo enrumbado a hacerme el amor, yo no me fui de aguante y saqué todas mis fuerzas, no le comí de fierro sino que cogí mi cuchillo y lo apuñalé, casi lo mato porque se lo metí en todo el corazón, por un centímetro casi lo mato... Cuando él ya estaba bien, llegó y yo le dije que se fuera, que no quería vivir más con él. Ese hombre se volvió como loco y no quería dejarme, así que seguimos, pero me lo aguantaba porque la realidad es que lo tenía todo, aunque es mejor un pan poquito bendecido que mucho sin bendecir...

Al transcurrir casi un mes lo llamaron a hacer otra vuelta de casi doscientos millones de pesos. Eran cuatro que iban a hacer el trabajo. Ese día llegó como a las cinco de la tarde, todo ensangrentado y feliz porque habían coronado. Eso fue el 9 de octubre de 2011. Me dijo que el domingo iban a repartir el dinero, a cada uno le tocaban de a cincuenta millones. Ya ese día se puso hermoso, desayunamos, nos abrazó y nos dijo que de ahí en adelante todo iba a cambiar. A las dos de la tarde lo llamé y no contestaba el celular, me comencé a desesperar. Salí con mis hijos. Al regresar los vecinos me miraban, sentí que algo malo había pasado. Para entonces había vuelto al lugar de mi infancia, enfrente de la casa de mis papás. Mi papá me dijo que habían matado a Jhon. Sentí paz y tristeza a la vez, porque de todas formas era el hombre que amaba y que al mismo tiempo me había hecho mucho daño... Nunca pensé que ese momento llegara porque muchas veces lo deseé en mi corazón, pero ahí me di cuenta de que volvía a quedar totalmente sola y que volvería al nuevo vivir sin nadie que me ayudara... Pasaron cuatro días y recibí una llamada de un hombre que me amenazó a mí y a mis hijos, preguntando si yo sabía algo de la plata que a él le tocaba y diciéndome que habían matado a mi esposo porque él no les entregó la plata, que lo mejor que podía hacer era irme de ahí. Colgué, cogí a mis hijos, llamé un taxi y salí de ese barrio que solo me había traído tristezas desde muy pequeña...

Este es mi segundo canazo y aquí recuerdo lo que he vivido, porque como lo vengo diciendo desde que comencé a contar mi historia, mi vida ha sido solo tristezas, llanto y sufrimiento, un karma del día a día...

UN DÍA DE FEBRERO

Mireya Jiménez



Once de febrero de 2013. Como todos los días en este lugar, me levanté, me bañé, me vestí. Todo parecía igual que siempre, sin ninguna novedad. Nos bajaron y pasamos al desayuno. Hicieron el conteo. Después de desayunar, pasé con mis compañeras a hacer lo que hacíamos siempre para distraernos: tejer, bordar, hacer bisutería. Sí, todo igual, nada diferente, pero yo sentía algo distinto, algo que me apretaba el pecho y que no podía entender. Pasé por el pasillo para ir a la reja 4; caminaba mirando las paredes blancas, los teléfonos de tarjetas y a muchas compañeras que, como yo, buscaban pasar el tiempo, cuando la seño Alicia me preguntó:

—¿Ya llamó a su casa?

Yo le dije que no porque no tenía minutos. La verdad no le puse mucha atención, seguí de largo y continué con mis cosas. Llegó la hora del almuerzo, hice la fila en el patio, como cada día, cuando pasamos por tramos a recibirlo. No tenía mucho apetito, pero igual me comí el sancocho, el arroz, los fríjoles y el dulce que dan de postre. El tiempo siguió, llegó la hora de la comida, terminé, seguí pensando en esto que se vive en la cárcel, en esto que es lo mismo todos los días. Y aunque nada aparentaba ser diferente, estaba en mí esa sensación extraña. Vino la encerrada, el momento de no hacer más sino esperar el día siguiente para volver a la rutina. Yo compartía cuarto con la señora Elizabeth y otras compañeras. Ellas empezaron a orar y yo solo me acosté para dormir, pero no podía.

Eran las siete de la noche cuando miré el retrato de mi hijo, que se movía aunque ahí no llegaba viento. Oí como unas ambulancias, sentía un desespero tan grande que solo quería gritar. Lo único que pude hacer fue ponerme a llorar pensando en mis hijos, pero más me preocupaba él, mi hijo hombre, pues lo tenían amenazado de muerte. La verdad me sentía

estresada, angustiada, era esa sensación indescriptible que me había ocupado el cuerpo todo el día. En ese momento, una amiga llamada Maru me dijo:

—Tengo un minuto para llamar, te lo regalo.

Ella se iba en libertad, por eso me regalaba ese minuto. Cuando iba a coger el teléfono me llamó la seño Alicia, a mí y a mi mamá. Me pareció extraño que nos llamaran a las dos. Cuando salí de la reja hacia afuera, vi los rostros de mis hermanas, de mi hija y la profe Andrea. Yo pensé que se había muerto mi tío, pero nadie decía nada, solo lloraban y lloraban. Mi hermana Claudia se arrimó y me abrazó:

—¡Nos lo quitaron! —dijo gritando.

—¿A quién, a quién? —le pregunté exaltada.

Fue cuando me dijo que habían matado a mi hijo. Sentí que todo se me vino encima; solo pensaba en su rostro, en la foto que acababa de ver moverse, en el sonido de las ambulancias que escuché, en el desespero que había sentido todo el día, en la preocupación constante y en las ganas de llorar que había tenido sin saber bien por qué. Quería salir corriendo, quería estar sola y desahogarme. Nada de lo que pasó después lo recuerdo. Todo lo escuchaba lejano: el llanto de mis hermanas, de mi hija y de mi mamá, la voz de la seño Alicia diciéndome qué debía hacer para que me autorizaran ver el cuerpo de mi hijo, todo se empezó a desvanecer desde ahí en mi memoria, nada podía importarme desde ese momento más que fumar cigarrillos y tomar café, pues no había algo peor; perder a mi hijo ha sido lo más horrible que he vivido estando en este lugar. Lo único que puedo seguir recordando es su rostro, el que volví a ver al día siguiente, cuando me trajeron el cuerpo a las dos de la tarde. Me dejaron cinco minutos para poder verlo. Lo habían vestido todo de blanco y le habían echado mucha base. Yo se la quité porque estaba muy blanco y él es trigueño. Desde ahí siempre he seguido sola, con mi dolor y mi tristeza, pero sé que me esperan mis otras dos niñas. El recuerdo de mi hijo siempre está aquí adentro de mí, y aunque transcurra el tiempo, él para mí no está muerto, sigue vivo en mi corazón.

Y QUÉ TAL TU DÍA

Viviana Andrea Lobo



Otro día que comienza como todos los días, con el gran bullicio de las llaves abriendo candados. Una mañana como cualquier otra. Se escuchan los pasos de las dragoneantes y de mis compañeras corriendo hacia los baños. Tres minutos después, la ordenanza grita: —¡Baños! ¡Señoras, colaboren con los baños!

Son cinco fugaces minutos que solo alcanzan para un chapuzón. Y haciendo la fila del baño se escuchan las tan anheladas palabras de cada mes:

—¡Las de la visita íntima se alistan, señoras!

Se alborota aún más la mañana. Algunas corren, piden ropa, maquillaje prestado; otras, el arreglo del pelo, las uñas, la rasurada. ¡Ah!, todo por esos 45 minutos de placer que implican, primero, reseña, requisa a la salida de la reclusión, y luego, dos horas de espera para el bus que nos va a trasladar hasta el penal de hombres. Salimos más escoltadas que Pablo Escobar. Ese es el trabajo del Inpec, contarnos como plata y cuidarnos como oro.

Después de una hora de viaje llegamos al penal. Requisa nuevamente, reseña, y allí estoy yo, sentada en el patio de visitas, con la ropa desordenada de tanto ponerla y quitarla en las requisas, y ahora esperando otra vez. Después de una hora por fin comienzan a llegar ellos, también presos. Solo busco entre tantos a mi esposo, hace 45 días que no nos vemos. Aquí he aprendido que la paciencia es el mejor remedio para todos los males, pero para mí esta espera, en vez de aliviar, se hace exasperante. Quiero verlo. ¿Cómo estará? Quiero sentir su abrazo sincero y recargarme de él para hacer más llevaderos mis días.

Ahí lo veo junto a más presos, ingresa con ellos el dragoneante diciendo:

—¡Señoras y señores, es una hora de visita familiar y una hora de visita íntima! ¿Qué quieren primero?

A una sola voz se escucha:

—¡Primero familiar, después conyugal!

Listo. Son las diez de la mañana, la visita se programa hasta las doce del día.

Cuando por fin estamos frente a frente, nos desatrasamos de todos los sucesos que han pasado en estos 45 días: hablamos de los hijos, de la perra, de la familia, del abogado, del proceso. Entonces se oye un pito: ya son las once. Sin darnos cuenta, ya pasó una hora; el tiempo es corto cuando se está con los seres amados.

Ahora la fila para la conyugal. Subimos a unos cuartos muy fríos, de paredes grises. En el planchón, una colchoneta, y al lado un lavadero, una ducha y un sanitario. Una sábana vieja se encuentra doblada en el centro de la colchoneta, al mejor estilo de motel cinco estrellas. Tenemos los mejores y más cortos 45 minutos de sexo para darnos cuenta, al final, de que no hay agua.

Suena un pito nuevamente y se oyen las llaves zafando los candados de las habitaciones. Una voz grita:

—¡La visita terminó, señores!

Salimos, nos despedimos. Lo abrazo como si no fuera a haber un mañana. Nos separan. Solo podemos ver que nos alejamos; él al patio donde habita y yo nuevamente a la reseña.

El bus, la hora de viaje, la requisa en la reclusión de mujeres y acaba el trayecto de la visita. Son las dos de la tarde. Cansada, comida y con hambre, solo me queda esperar; pienso ahora en esos treinta días que faltan para vivir nuevamente la travesía, para volver a verlo; mi corazón afligido no desea otra cosa.

CESAR

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE ALTA Y MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE VALLEDUPAR



LUIS ALBERTO MURGAS GUERRA
DIRECTOR DE TALLER

DESPERTAR

Adalberto Marrugo Narváez



La mañana del 15 de septiembre de 1978 dejó revelado en Deivis un verdadero sinsabor de una felicidad ilusoria. Era bien cierto que para Deivis respirar el aire fresco de un nuevo día había sido, y será siempre, una oportunidad para quien desea conquistar el mundo a su manera.

Deivis a menudo decía que sentirse vivo siempre sería un gran privilegio para alguien que sabe reconocer el excelente sentido que tiene la vida, pero desafortunadamente no ha sido así; en el mundo hay quienes no valoran su vida, tampoco saben por qué viven y mucho menos alcanzan a reconocer que la vida es un don o un regalo de la divinidad.

Para Deivis la vida era de mucha estima, y aunque lo había entendido tarde, sabía que ahora existían razones lógicas para amar la vida y aferrarse a ella. En su mente siempre existía la voluntad de cambiar la historia de su pasado. Sabía que su existencia estaba sujeta a propósitos buenos, teniendo en cuenta que después de haber sorteado tantos peligros y momentos difíciles, mantenía su aliento de vida; nunca se dio por vencido, a pesar de sus aficciones y melancolías, su vida pobre y reducida.

Un día, por fin a Deivis le pareció haber alcanzado su gran objetivo. En ese momento, juró que esos momentos iban a hacer inolvidables, aunque su felicidad le parecía confusa, porque sus sonrisas alternaban con las lágrimas que enlagunaban sus ojos. Ninguna escena de aquel momento parecía ser creada por la imaginación. En esta oportunidad, no valía la fantasía; la emoción era notable, todo lo que estaba sucediendo parecía un cuento de hadas o más bien una historia de hechos reales, donde todo tenía un sentido.

Deivis había alcanzado su más grande deseo; por lo menos eso era lo que estaba sucediendo. Aunque nada parecía ya igual, era cierto que todo había cambiado.

Cada segundo que pasaba en los surcos del reloj, dejaba ver aquella alegría que fácilmente embargaba la vida de Deivis.

Aunque todo había cambiado, y que aquellos cambios se evidenciaban mucho más en los rostros de los otros que habitaban aquel lugar, le parecía un poco desconocido por el paso de los años. “Cuánto tiempo había pasado”; el tiempo no brindaba ni la mínima tregua, tan solo había pasado como un viento fuerte que solo dejó recuerdos enquistados. Todo parecía como un premio a la soberbia. Quienes conocían a Deivis desde hace mucho tiempo no se atrevían a dar un mínimo concepto, por su intolerancia y por lo despreciable de su vana vida, ligada a sus grandes errores, por lo cual no se le determinaba para no ser víctima de su violencia. Quienes lo conocen actualmente, con una pobre vida reducida a cemento y hierro, dan un testimonio de su nuevo estilo de vida: algo sucedió en él, algo que había reducido su ego y su orgullo de ser una persona violenta. Todo este cambio significativo les dio un vuelco total a sus convicciones de ser humano; ahora cuánta humildad rodeaba a Deivis. Todo esto era lógico, de algo le sirvió cada momento de soledad y sufrimiento.

Deivis era ahora una nueva persona, llena de valores que lo hacían excepcional; por eso esperaba con ansias aquel feliz momento, que ahora vivía con su mirada vidriosa por el llanto, y observaba cada rincón de aquel lugar que lo vio nacer y crecer en las calles polvorientas y sus pocas casas de ladrillo y de madera. Cerca de Deivis, una niña sonriente de apenas unos pocos años de edad procuraba asirse a él, mientras que otra adolescente intentaba infructuosamente tocarlo o abrazarlo con sus tiernos brazos, como para demostrarle sin palabras cuánta falta le había hecho. A lo lejos, en una terraza sentada en una mecedora, como si fuera un trono donde reinaba, se divisaba la silueta de un rostro moreno envejecido por el paso de los años, y junto a ella otra figura desvanecida, la cual ella miraba y le sonreía; esos eran sus padres. Estas figuras se habían desdibujado por el tiempo y la distancia que con crueldad las había separado.

Esto era lo que se representaba Deivis a diario: un sueño despierto. Deivis soñaba con traspasar el tiempo y el espacio para volar a su casa y estar al frente de su familia sin las limitaciones de los muros. Es así como Deivis ensayaba su presentación y sus discursos para cuando llegara ese día, el reencuentro con sus familiares, cosa que se convirtió en rutina. Pero sucedía algo anormal cuando estaba frente a su familia. Aunque estos parecían reales, no se podían alcanzar ni tocar. Ese momento se veía nublado de un color azul claro, en el que las voces eran inaudibles e inertes. Pero

¿qué era lo que sucedía en realidad? El entorno feliz de Deivis era un misterio silencioso. ¿Este misterio se podrá revelar? Pero Deivis insistía en seguir contemplando ese misterio asombroso. Algo estaba por perturbar aquel profundo silencio que parecía eterno, ahora se percibía un susurro lejano como el de muchas olas que descansan en la orilla del mar o como el ruido de las hojas de un árbol que se estremece con las caricias de una brisa loca. Deivis pudo sentir que alguien lo tocaba cada vez más fuerte. Sintió esa sensación una y otra vez, mientras que por fin pudo escuchar una voz en tono muy bajo, pero afanosa, que le decía: “Buenos días, ya es tarde, hora de levantarse”. Era un saludo normal en ese lugar, pero para Deivis era una voz familiar, como si estuviera en otra dimensión. Era una voz real que estaba a su alrededor en ese momento de felicidad junto a su familia. Despertar es salir a la realidad, es un pequeño barco que llega a un puerto temprano, sin posibilidad de regreso. Deivis siguió acarreado su realidad reflejada en el rostro y con un nudo en la garganta reconocía: “Solo tiene valor lo que duele y cuesta trabajo”. Siempre seguirá siendo duro para él que en un cerrar y abrir de ojos la vida le había cambiado y un simple despertar le sirvió para reflexionar sobre el sufrimiento de la lejanía.

Deivis, aún bocarriba en su cama, paseaba su mirada vidriosa por todos los rincones de aquel extraño lugar. Con los ojos enlagunados y sin poder contener las lágrimas, trataba de traspasar o fugar su vista entre los espacios que brindaban los barrotes de aquella imponente puerta. Al conformar con sus ojos la claridad y el brillo de la aurora que anunciaba la venida de ese nuevo amanecer, Deivis era consciente de que se encontraba entre acero y concreto. Desde el incómodo y estrecho frío de su celda daba por cierto, entre lágrimas y sonrisas, que solo había durado una fuga desde el fugaz sueño desde la cárcel.

EXORCISMO

Orances Marín Cuervo



En el sueño vi que el padre de la Ciudad Eterna me mostraba una cruz muy destruida, sobre todo en la parte de abajo, y era sostenida por el padre del amor. Me siento vil gusano. Enormemente consternado, sufría y lloraba por semejante decadencia, y por eso lamentaba ver y reconocer el estropicio tan fatal que sufría el sanctasanctórum. Yo, muy contrito, le dije al padre: “Destruyamos esa cruz que se encuentra en tan mal estado”. Él respondió: “No podemos destruirla, porque al hacerlo estamos destruyendo el santo templo, y si se destruye el santo templo estamos destruyendo la única posibilidad que tiene la deidad de expresarse a través del hombre”. Muy solícito le dije al padre, lleno del fuego santo: “¿Qué debo hacer entonces?”. Él, con indulgencia, me dijo: “Esta cruz no puede ser destruida, este sanctasanctórum debe ser reparado para que llegue el tiempo de la reflexión, porque ningún apetito debe perturbar el fuego abrasador del amor. La convicción que impulsa a la restauración definitiva del sanctasanctórum de mi corazón. Una vez que salí del sueño, la doncella fiel me condujo a una fuente de inmaculada pureza, de la que brotaba un agua santa que le transmitía a mi cuerpo templanza, a mi mente sabiduría y a mi espíritu luz.

I. EL COMBATE

Despierto para un nuevo sol, el astro infunde vida y energías nuevas; el sol lo rescató el emperador para el templo que estaba en la oscuridad que reinaba en la ciudad de Salem. Transcurridos muchos avatares, hubo de afrontar severísimas pruebas, impelidas por fuerzas en auge dentro del reino de Salem.

En un antro tenebroso convivían un grupo de hombres, llenos de las más bajas pasiones; se entregaban a impudicias inmisericordes, degradantes y desvergonzadas, al colmo del desvarío. Uno de estos impenitentes tuvo que colgarse en su celda, muriendo así en su infierno, abandonando la carne que es presa para el buitре del tiempo, saliéndosele su alma, sometida a los más viles tormentos. El emperador, dentro del santuario, pronunció la siguiente sentencia: “Proceder, avanzar, no descansar”. Entonces, sin aplazamiento, me puse en camino; era necesario que esta atormentada alma abandonara este lugar, puesto que los demás hombres que allí vivían devorados por el fuego infernal invocaban cada noche a Lucifer, príncipe de las tinieblas, el cual dejaba una puerta abierta para que el alma del ahorcado entrara. Estas almas atormentadas se dejaban seducir por la tentación de la luz caída y engañarlos con una falsa redención. El templario, que secularmente permanecía adormecido por el influjo de Maya, abre los ojos a la luz, y con decisión empuña la espada, cruza la línea divisoria entre la luz y las tinieblas. El demonio pone resistencia a que dos impenitentes sufran convulsiones, posesos, para que caigan al fuego del infierno; ellos se resisten, amenazan, blasfeman, se retuercen, sienten el impulso del llamado. El templario, imparable, cayendo de rodillas y empuñando con firmeza la espada, me hace comprender que es el amor el que vence porque el odio mata, que es el juez el que los redime, que es la luz de la conciencia la única que los llevará a comprender para disolver el lazo que los ata, soportando el momento de vacilación.

La potencia conjura los cuatro elementos de la naturaleza⁶ (*Caput mortum, imperet tibi Dominus per vivum et devotum serpents*). El demonio, horrorizado, retrocede (*Cherub, imperet tibi Dominus per Adam Jot-Chavat. Aquila errants, imperet tibi Dominus per alas tauri. Vade retro, Satana*). Lucifer, con todas sus legiones, contraataca a los impenitentes posesos, que se retuercen y lanzan inmundos excrementos, amenazan, blasfeman (*Serpens, imperet tibi Dominus Tetragrammaton per angelum et leonem*).

6. Nota del editor: Ese conjuro de los cuatro elementos se le atribuye a Salomón, y aparentemente es muy usado por ocultistas y magos en todo el mundo. La traducción más fidedigna de las frases en latín que aparecen en este escrito, es la siguiente:

Cabeza de muerto, que el Señor te ordene por la viva y devota serpiente.

Querubín, que el Señor te ordene por Adán Jot-Chavat.

Águila errante, que el Señor te ordene por las alas del toro.

Serpiente, que el Señor Tetragrammaton te manda, por el Ángel y el León.

Miguel, Gabriel, Rafael, Anaël

Fluya la humedad por el espíritu de los Elohim, permanezca en la tierra por Adán Jot-Chavat.

Hágase el firmamento por Iod-He-Vau-He-Zeaoth.

Hágase el juicio por el fuego en virtud de Miguel.

Continúa la conjuración imperturbable, el fuego del infierno retrocede: Michael, Rafael, Gabriel, *Anael Fluat tudor per spiritum Elohim maneat terra per Adam Jot-Chavat fiat firmamentum per Leuven sevaot fiat judiritum per ignem in vivan te Michael.*

2. EL GALARDÓN

Una vez vencedor del tenebroso suceso, pasados unos días un hombre se presenta delante de mí con la mística del penitente y la austeridad del templario y me hace entrega de una preciosa cruz de madera; inmediatamente, la aparente realidad de este sueño objeto de Dios desaparece, quedando yo gravitando en medio del espacio sideral e infinito, lleno de una inmensa paz que siento en mi conciencia, lejos de razonamientos conceptuales, esta inspiradora salmodia testigo fiel de mis más acendradas luchas. ¡Voluntad inquebrantable! Tú, que eres sustentadora de la virtud, bienaventurada seas, pero hay que luchar con las terribles batallas, hay que liberarse para hacerse dueño de ella, pero qué galardón reciben los audaces que triunfan sobre ella, entonces la convicción me hace comprender que el emperador ha vencido al mundo, un mundo desvanecido en la nada, puesto que de la misma nada fue hecho, con un propósito ahora libre y voluntariamente vencido el influjo sensual de Maya; he vencido al mundo, me lo dice la conciencia: “Yo soy la verdad, el camino y la vida”. Tomando en mis manos con firmeza el galardón, el emperador decreta solemnemente en el santuario y esta humilde carne escucha con reverencia la consigna: “Avanzar, proceder, no descansar”. La orden ha sido recibida y guardada en lo más sagrado del templo, hasta que la piedra angular sea puesta para edificar en la luz. Amén.

LA MUERTE DEL KUERVO

Jeirock (seudónimo)



7:30 A.M.

Me encuentro en la celda del área de sanidad. Ingresan tres sujetos a los cuales observo. Noto en uno de ellos una forma de vestir que me llama la atención: lleva puesto una sudadera azul de franjas blancas, tenis negros y la camiseta del Junior de Barranquilla. Tiene pinta de barrista, de las barras bravas.

El hombre charla con los otros que se encuentran muy cerca de mí. A él le pasa lo mismo que me pasó a mí; algo le llama la atención. Tengo un tatuaje en el brazo izquierdo que me identifica como hincha del Atlético Nacional y digo: “¡Los del Sur siempre presentes!”. Lo observa y me pregunta:

—¿Sureño?

Levanto la vista y le hago señas de que sí. Me pregunta una y otra vez:

—¿Del Nacional? ¿Verdolaga? ¿De Los del Sur?

Le respondo haciendo un movimiento de la cabeza en forma afirmativa a todas sus preguntas.

Pero aquel hombre de tez trigueña, delgado, cabello corto de color negro y con muchas cicatrices en la cara, quería más de una respuesta a sus insistentes preguntas. Se levantó la camiseta, se señaló el costado derecho en el cual llevaba tatuadas las iniciales L.B.K. y me preguntó que si sabía lo que significaban. Le respondo que son las iniciales de la Barra de los Kuervo. Me observa fijamente con su mirada congelada, y sonrío maquiuévicamente. En ese momento entendí que estaba en problemas.

Pasan unos cuantos minutos y de la manera más discreta se acerca un compañero que me dice:

—Juegue vivo, Nacional, lo van a apuñalear.

Sentí un vacío en el estómago, mis piernas se movían de manera inquietante, no sabía qué hacer: tenía miedo, mucho miedo. Además, no contaba ni siquiera con un alfiler para defenderme. Noté movimientos extraños en aquel hombre: se paseaba de un lugar a otro, acechante, como calculando el momento propicio para el ataque. Se me vinieron unas ideas diabólicas en cada rincón de mi mente.

Nuevamente, mi compañero se acerca y me susurra al oído:

—¿Lo tiene?...

Con voz trémula le digo que no, y de manera casi suplicante levanto las manos, queriendo decir que soy un hombre de paz; expreso que no soy hombre de problemas y que, por lo tanto, no quiero pelear.

Él dice que eso no le importa y que lo mejor es que reciba un cuchillo, porque si no las cosas pueden salir mal. En fracciones de segundo me decido, tomo el cuchillo y como por inercia me levanto haciendo el primer lance de un salto, como si se tratara de un ritual de la danza de los puñales, que salen del uno y del otro. Sé que esto es real, se trata de la vida, la de él o la mía. Concentrado en el cuchillo, no debo dejar que me alcance con su punta lacerante y esquivo uno y otro lance del contrincante.

Se oye una explosión, señal de que la guardia está aquí. Hay mucho gas, pero no pierdo de vista a mi oponente, no hasta el momento en el que ingresen los guardias. Intervienen, nos golpean y nos rocían gas pimienta sobre los ojos, nos enganchan y nos aíslan. Por ahora todos ilesos, por fortuna.

Han pasado algunos meses, y hoy me entero de que aquel hombre con el que arriesgué mi vida y mi libertad, se encuentra muerto.

Quiso repetir la historia con otra persona, sin contar que el destino le traería un final desastroso. Un peleador que, sin darle tiempo, le asestó una puñalada en el cuello sin piedad. Murió el Kuervo.

LOS INVENCIBLES

El pirata (seudónimo)



Es el año 1998. Estamos metidos en una de las selvas más inhóspitas y peligrosas del Putumayo, cerca de la vereda El Tigre. Tengo diecinueve años y mi único deseo es el dinero —con esto se consiguen el poder y la venganza—. Me afilié a los paracos porque quería que me respetaran e infundir un círculo de muerte si no se obedecía. Pertenezco al grupo de los del “Negro” Aspri. Mi comandante directo era Veintiuno, el grupo era de 46 hombres de fuerzas especiales, encargados de cuidar unos laboratorios de cristalizadores, de los cuales se financiaba la organización.

Siete grupos conformaban el bloque, a los que rotaban por los diferentes puntos de procesamiento. Nunca estábamos juntos, solo cuando venían visitantes importantes, aunque ellos traían su propia gente.

A pesar de que éramos procesadores, el consumo para los hombres que cuidaban era prohibido. Los comandantes recomendaban no hacerlo; si se incurría, se pagaba con la muerte. Pero en nuestro grupo todo era diferente, el polvo estaba disponible, desde el comandante para abajo todos consumían. El comando sacaba su kilo y nos vendían los tubos, pero la tropa tenía que estar alerta. El comandante Veintiuno era muy cuidadoso al respecto y, por lo tanto, no podía haber soplones.

Una noche de diciembre, algunos comandantes se habían reunido para celebrar el reencuentro con unos viejos amigos, lo que dio pie para realizar una celebración en forma discreta: trago va, trago viene, un pase por aquí, otro pase por allá, muchas risas, alegrías y recuerdos de la época pasada. La noche transcurría con mucha alegría y todos casi ebrios, no podían levantarse para recibir el puesto de centinela. Para nosotros, en cambio, la noche era pesada y oscura; hacía días que no veíamos mechudos y reinaba el silencio antes del ataque. Esto se debía a que unos centinelas borrachos permitieron que se rompiera el círculo de seguridad y se formó la de Troya:

disparos, humo, gritos, muchas explosiones... Todo estaba descontrolado. Los comandantes gritaban las órdenes por todos lados, mientras veían cómo la tropa caía presa del pánico.

Muchos observamos cómo Veintiuno se llenó de furia y coraje y despachaba fuego como si saliera de sus entrañas, de frente, repeliendo el ataque con mucho fuego; su valentía nos contagió a todos. En ese momento éramos los invencibles, cualquier movimiento en esa jungla era eliminado de una. Poco a poco fue amaneciendo y vimos a los mechudos que se alejaban con sus muertos.

Nosotros estábamos en medio de nuestros caídos, pero fue una gran sorpresa para algunos comandantes que la tropa de Veintiuno quedó en pie. Los que quedamos éramos los invencibles, fieras con garras de acero, ojos hundidos y narices frías.

HUILA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE NEIVA



BETUEL BONILLA
DIRECTOR DE TALLER

EL DÍA QUE ME CONVERTÍ EN OTRO

Luis Ernesto Pérez Polanco



Hace ya quince meses que estoy en este maldito hueco a donde lo mandan a uno dizque a resocializarse. Gracias a Dios, mi esposa no me ha abandonado, ya que ella, como todos los que me conocen, sabe que no cometí ese delito del que se me acusa, principalmente porque ella estaba conmigo ese mismo día.

Por fortuna, en medio de todo lo malo, mi familia ha corrido con todos los gastos de mi ausencia del hogar, ese lindo hogar al que anhelo volver lo más rápido posible, pues estoy a la espera de mi libertad por apelación.

Pero lo que de verdad quiero contar en este relato es cómo en este tiempo en la cárcel he sabido lo que son las personas en verdad, la mayoría falsas y embusteras, amigos por conveniencia.

Un día, sin saber por qué, fui llamado por el Pluma a que hiciera presencia frente a él. Mi compañero de celda le había ido con la queja de que yo le había prohibido fumar marihuana en la celda, junto a la ventana del baño. De inmediato, aquellos a quienes hasta ese día había considerado mis amigos me golpearon y decretaron que debía ser expulsado del patio.

El encargado de Derechos Humanos intercedió a mi favor y dijo que dicho traslado no sería posible. Mis tales amigos se ensañaron conmigo y participaron en el robo de mi celda, aquel día en que me despojaron de todo el material con el que yo trabajaba.

A partir de ese día, tomé la decisión de ser otro. Mi cambio fue radical. Ahora me consideran su enemigo, simplemente porque no los participo de mi tinto, ni de mi pan, ni de mi gaseosa, ni de mis galletas, ni de mi chocolate, como si fuera obligatorio ser bien con quienes son malos con uno. Eso

lo compartía con ellos sin ningún problema, con la conciencia de estarles sirviendo a mis mejores amigos, sin remilgar en que lo traían solo para mí.

Ahora sí entendí que todo lo que tengo en la celda es solo mío. Cuando me vaya, momento que sé que va a llegar muy pronto, no les voy a dejar ni lo mínimo, pues esas cosas las repartiré entre aquellos que, sin considerar mis amigos, algún pequeño favor me han hecho. Lo peor, lo que ellos ni siquiera presienten, es que ni siquiera luz les dejaré.

FILAS DE A CINCO

Andrés Camilo Pastrana León



Otro día más, otro día menos. Nunca se sabe. Lo cierto es que amanece porque algo de claridad empieza a entrar por la ventana y de repente las luces se encienden. Lo primero que notamos con el Cejón y el Gordo es que hay una plancha sin ocupar, que quizás el día de hoy nos sorprenda con la llegada de un nuevo acompañante. Una lotería. De quien llegue dependen nuestros días en este lugar. Con el Cejón y el Gordo hemos hecho migas, las cosas están bien claras y cada cual en lo suyo. Me levanto, estiro la sábana de rombos y la extiendo sobre la cama, como me enseñaron en el batallón: bien templadita, cosa que si cae una moneda, rebote bien alto.

Sin mirar el reloj, sabemos que son las cinco de la mañana porque suenan las llaves y el interno de turno pasa abriendo las puertas de las celdas y cantando la misma canción de Diomedes de todos los días. No me gusta el vallenato, pero de tanto oírla, esa canción se me ha quedado grabada; hasta me siento a veces silbando su tonada.

Nos vestimos despacio, pues cada segundo está contado en una pequeña celda en la que máximo podemos dar tres zancadas en cualquier sentido. Repito la frase que siempre se me viene a la cabeza a primera hora, después de haberles dedicado unos segundos a mi mujer y a mis hijos: “Nos cuentan como plata, nos cuidan como oro y nos arrean como ganado”. Así salimos, arreados, en tropel, evitando que el guardia pegue esos alaridos que lo caracterizan. Como zombis de una película de terror, nos acomodamos en el mismo lugar, entre esa hilera de cinco personas con las que formamos para la primera contada del día. Eso nos vamos volviendo acá, un número: el uno, el dos, el tres, el cuatro o el cinco de la hilera. Ya no somos Juan, ni Pedro, ni Óscar. De a poco, es el número o el TD los que nos representan y nos remplazan.

Minutos después estamos frente al desayuno, intentando hacerles la mejor cara a los dos panes en miniatura, el café, el jugo en bolsa y esa salchicha que queda nadando en el plato. Es acá, entonces, cuando se añoran el olor del tamal, la carnita en salsa, esas otras cosas que forman parte de lo que a uno le van quitando, porque las pérdidas no se sienten de un solo tacazo. Primero se van los amigos que le han jurado a uno lealtad eterna; luego se van los familiares, de uno en uno, como si el primero tomara la iniciativa y luego ya los demás no pudieran parar; luego se va yendo la mujer, suavecito, con cortas pisadas, hasta que un día ya no vuelve y solo nos llega una que otra noticia de su nueva vida. Y con ella se van los hijos y estamos ya seguros de para qué la vida si ya todos se fueron.

Y cuando uno desayuna, la cárcel se vuelve más real. Es la hora de verle la cara al día, de saber cómo se va a hacerle frente a eso de un día más, uno menos. Está el patio allí, al frente, para que todos hagamos lo que mejor nos parece en él. Las celdas han quedado cerradas, hasta que a las cinco de la tarde nos vuelvan a recibir y cada uno busca su acomodo, intenta dejar que el día pase, que los recuerdos no se vuelvan tan desesperantes. El Gordo y el Cejón han caminado hacia el fondo a hablar mierda, como siempre, a llenar el día de palabras y más palabras. Yo me voy a lo mío. Agarro mi material y me dedico a tejer mis atrapasueños, pues por fortuna cada día crece la lista de encargos.

Luego el almuerzo, la misma monotonía de ver pasar las gordas, de comer y sentir que eso que le dan a uno acá lo está matando de a poquito por la escasez de proteínas. Y en la tele que está en el patio las noticias hablan de un nuevo país, de que todo va a mejorar, como si uno no supiera que la cárcel, lo que se ve acá, es el reflejo de lo que es el país: delitos, hambre, hacinamiento, falta de oportunidades. Colombia.

Son las dos y nos entra el desespero. La celda nos hace señas desde arriba, nos llama. Quizás porque allí, entre esas paredes, uno está a salvo de los demás, solo con los dos parceros, esperando a ese cuarto habitante, rogando que no vaya a ser una mala sorpresa, alguna liebre con deudas a cuestas. Pero como a la celda no se puede volver, agacho la cabeza, me meto en mis pensamientos y sigo tejiendo, porque fabricar estas cosas le permite a uno irse, fugarse de a ratos de esta realidad abrumadora.

Doy una mirada a mi alrededor y comprendo lo que somos, todos tan distintos entre nosotros. Unos fuman marihuana y suspiran con cada pitada, como si en eso se les fuera la vida. Otros ven televisión, ríen con cualquier pendejada y cabecean. Otros caminan de lado a lado, como almas pagando

penitencia; otros juegan cartas, o dominó, o parqués, o patean algún cuero, intentando hacer las jugadas que ven en los partidos.

Y luego, mientras la luz va cayendo y empiezan a anunciarse las sombras, volvemos a hacer fila, perdemos la identidad de ser Martín, Gatorade, Cejón o Gordo, y somos el uno, el dos, el tres, el cuatro, el cinco, personas despojadas de su ser porque un delito los convirtió en números, en estadísticas, en solo un miembro de una fila de cinco. Y nos vamos a la celda, felices, pensando en que mañana será otro día y, con toda seguridad, entonces, sí llegará ese cuarto integrante de nuestra celda.

NUNCA ES TARDE PARA CAMBIAR

Nelson Castañeda Claros



Cualquiera que dirija sus ojos hacia una cárcel pensará que quienes estamos acá, pagando una condena, simplemente nacimos así, equivocándonos, y que jamás, en ningún momento, hemos tenido instantes de reflexión.

En mi caso, al menos, no ha sido así. Me llamo Nelson y puedo decir con seguridad que desde muy pequeño vi cómo la desgracia me rondaba. Cuando tenía cuatro años, sin que a la fecha haya podido olvidar ese triste recuerdo, presencié cómo mi abuelo se hundía en lo profundo de un río y se perdía para siempre. Chapaleaba ante mis ojos y sufría, sin que yo pudiera hacer algo para salvarlo. Por la corta edad que tenía, ese hecho de la muerte no me dio tan duro, pues no sabía de su valor.

Pasó el tiempo y, a los tres años, apareció de la nada una tía que, con cuentos culos, convenció a mi abuela de que vendiera la casita que teníamos en el barrio Bogotá, en Neiva, con la idea de que nos fuéramos para Cali porque allí dizque nos esperaba un futuro mejor. Nadie le pudo sacar esa idea de la cabeza a mi abuela y, sin pensarlo mucho, hizo lo que aquella odiosa tía le pedía.

Como la desgracia iba en aumento, llegamos a Jamundí, en el Valle del Cauca, y allí sí que empezó lo feo. Fuimos a parar, desde luego que por influencia de ya saben quién, al barrio Aguacatal, uno de los sectores más complicados de esa ciudad. Allí, con tan solo ocho años, empecé a ser testigo de las continuas y muy fuertes peleas entre mi padre y mi madre, pues ella le reprochaba el que cuidara tan poco de nosotros por estar dedicado solo al trago.

Pasaron otros tres años en los que algo parecía querer arreglarse, pues las peleas entre ellos habían parado un poco. Cuando las cosas pintaban

mejor, mi abuela falleció repentinamente y nos volvimos a ir a pique, principalmente yo. Mi abuela, aparte de ser mi más grade apoyo, era como mi madre. Hoy que lo pienso, aunque no sé si eso sirva de disculpa, culpo a ese episodio de mi interés por empezar a fumar marihuana cuando contaba con apenas doce años.

Como no soy ningún bobo, rápidamente avancé en el negocio de las drogas y a los quince años ya comandaba una pequeña banda que se dedicaba principalmente a robar, algo que notaron mis padres de inmediato. Presas del desespero, creyeron que la solución para evitar que me siguiera perdiendo era sacarme de allí y volver a Neiva.

Cuando llegamos, sin casa, empezó el andar de arriba abajo por varios barrios. Ellos guardaban la esperanza de que yo iba a cambiar, pero sucede que una vez uno se acostumbra a esa vida, quitársela de encima es muy difícil. En ese rodar y rodar nos vimos en la obligación de invadir un lote cerca del barrio Las Palmas, en la comuna 10 de Neiva, un sector al que hoy llaman Álvaro Uribe Vélez, uno de los últimos barrios de la ciudad por esa zona, un sitio lleno de consumidores de droga. Allí seguí en mis actividades hasta que apareció el angelito que me cambió la vida. Eso fue hace cinco años. Conocí a una bella mujer que muy pronto me regaló la bendición de una hija, el motivo verdadero por el que decidí contar esta historia.

Por ella intenté cambiar de vida. Dejé de robar y me dediqué solo a vender drogas, pues, la verdad, no es nada fácil ganarse la vida para poder mantener a una mujer y a una niña. Aunque fui condenado a 32 meses, un tiempo corto para lo que son otras condenas, para mi esposa, mi hija y mi madre eso es mucho tiempo. Cada vez que vienen, me recuerdan, y yo agacho la cabeza, que suficiente me advirtieron acerca de los peligros que corría al haber elegido esta vida. Yo acepto que me equivoqué, pero les digo con mucha seguridad que aún nos queda mucha vida por delante, que nunca es tarde para cambiar.

TARDE DE PERLAS

Pedro Luis Roncancio Pedreros



Cierto día, desde lo lejos del patio 3, vi cómo algunos compañeros trabajaban laboriosamente con unas barritas pequeñas de acrílico. Me acerqué para apreciar lo que hacían y vi cómo armaban bolitas pequeñas, en tandas de tres y cuatro, en fila. Con mucha curiosidad, pues nunca había visto aquello, les pregunté qué hacían, para qué armaban esas bolitas. Con una sonrisa en los labios, como si se estuviera dirigiendo a su hijo más pequeño, uno de ellos me dijo, en voz baja, que eran para armar los turbos.

—¿Turbos? —pregunté decepcionado de la respuesta, que no me había sacado de mi interrogante.

—Sí, perlas —me dijo, cansado de tener que explicarme algo que parecía ser demasiado obvio.

—Venga y le explico —me dijo el mismo tipo.

Yo me dispuse a escucharlo, como quien se sienta en clase a recibir una muy valiosa información. Me dijo, entre otras cosas, que se colocaban en el pene para que este, en el momento de la penetración a la mujer, provocara más placer y así ellas anhelaran venir a tener sexo con uno y nunca se fueran de nuestro lado, por más que durara el encierro.

Esa noche dormí con la sensación dolorosa de estar siendo cosido con una aguja canera luego de incrustarme varios turbos. Soñé con mi mujer gritando de placer, todo como consecuencia del favor que me hacía el bendito turbo.

Al día siguiente, empecé yo mismo a trabajar en la fabricación de mis perlititas, tratando de que quedaran bien lijadas y lo más higiénicas posible, pues de esta forma el riesgo de que se encarnaran sería mucho menor.

Llegó el anhelado día de ponerlas en su lugar. Justo ese día llegó trasladado un amigo de la cárcel de La Plata, experto en colocarlas, y me dijo que él me hacía el favor. Me apuré para que consiguiera aguja e hilo y

un acrílico para poder romper la superficie del pene. Pese e mi profundo miedo, me abrí la cremallera, saqué mi pene y lo puse en sus manos. Lo curioso del caso es que eso que a veces tanta vergüenza produce en uno, de tener los genitales expuestos ante otros, se borró por el miedo de lo que iba a pasar. Lo mejor del caso era que no solo él lo veía, sino que muchos curiosos se fueron acercando, dándome ánimos, agarrándome de los brazos y diciéndome que me estuviera bien quietecito porque si no me lastimaban en la postura.

Pero como la cosa no terminaba con la postura, luego vino la cosida, sin anestesia, con la aguja entrando y saliendo, el hilo enroscándose en la piel de uno, y uno ahí, mirando, achantado todavía.

Y después de eso viene la pregunta que todos nos hacemos: ¿habrá valido la pena?

NORTE DE SANTANDER

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE PAMPLONA



JOHANA MARCELA ROZO
DIRECTORA DE TALLER

EL DEMONIO

Juan Carlos Mora Cárdenas



Muchas veces hemos oído historias asombrosas, que van más allá de la realidad, y las que más nos llaman la atención son las del lado oscuro, las que tienen un final inesperado. Aunque en este tiempo no hay mucho espacio en la mente para creerlas, casi para todo hay una explicación científica. Internet también abre la mente y vuelve a los hombres muy incrédulos.

El convicto fue condenado a 35 años de prisión por secuestrar y asesinar a una pareja de casados. El juez dicta una sentencia drástica contra Juan Manuel Pérez Brito, de 32 años de edad, natural del municipio del Zulia (Norte de Santander). Él tenía un abogado al que le pagó \$150.000.000 para que lo representara, pero no sabía que la Fiscalía trabaja con el abogado desde hace tiempo y por eso a Juan Manuel lo condenan. Su abogado lo traiciona y se lleva el dinero, fruto del trabajo de toda la vida de Juan Manuel; a la fiscal la condecoran por un positivo más, que acomodó a su antojo trabajando siempre de la mano del abogado.

Juan Manuel es inocente, solo estaba en el lugar equivocado y fue confundido por el testigo con el verdadero criminal. Ya han pasado veintidós años de la condena, y como todo convicto lo ha perdido todo: a la esposa, los hijos, los amigos, sus bienes materiales, todo.

En su celda vive solo, y aunque tiene la capacidad de adaptarse a cualquier entorno, eso le ayudó mucho; tenía una gran debilidad que fue percibida por el mismo demonio. Al ver que su soledad sería su compañera, sintió que la venganza sería su amante y renegaba de su suerte, apartándose de Dios misericordioso. Le daba la entrada en sus pensamientos al dios de la maldad, su mente proyectaba la imagen de todo aquel que lo traicionó, y como está comprobado que cuando un ser humano retiene la imagen de otro en su mente por mucho tiempo, este empieza a ser parte de su corazón y de allí es difícil sacarlo.

Aquel convicto solo pensaba en vengarse, en asesinar a sus enemigos. Día y noche renegaba de su suerte, y deseaba quitarse la vida, y ofrecerla al dios de la maldad; en medio de su loquera, se cegó y deseaba hacer un pacto con el mismo diablo, porque al sentirse solo perdió la esperanza de vivir, se desahució de la vida... Una noche en su celda, solo, acostado de medio lado con su cabeza hacia la pared, un olor no común llega a su entorno. En medio del cansancio lo percibe, pero no hace caso y sigue durmiendo. Un segundo más tarde, ese olor se vuelve más fuerte. A pesar de su largo y pesado sueño, logra percibirlo y llamar su atención. Inmediatamente abre los ojos: es un olor a perro mojado y a azufre. De una vez percibe que detrás del él hay alguien o algo en el ambiente. Su piel se enchina de inmediato y siente un silencio más allá del silencio que él está acostumbrado a sentir en esa celda, pero no se atreve a mirar para atrás. Su piel sudorosa y su corazón acelerado lo acobardan cada vez más. De pronto llega a su mente una información y en su subconsciente sabe que es como si alguien le hablara, pero no escucha eso; físicamente solo está en su mente.

“Sabes quién soy, ¿verdad? Y también sabes por qué estoy aquí. Tú me has llamado durante estos largos veintidós años. Sé que has deseado vengarte, pues está en tu corazón, y eso a mí me llama mucho la atención. También sé que deseas hacer un pacto conmigo y a eso he venido. Te voy a convertir en un ser de la noche, al que ninguna arma de fuego podrá quitarle la vida, pero sufrirás por las heridas porque el sufrimiento es para mí la mejor de las sensaciones, antes que la misma muerte. Y así podrás vengarte de todo aquel que tú quieras, pero para hacerlo debes dejar que ellos se defiendan y te ataquen primero para poder llevarme esas almas; al final vendré por la tuya, porque tú sabes que siempre que hago un pacto me llevo el alma del que lo haga conmigo”.

El convicto, al sentir esa información en su mente, pero sin escucharla, trata de reaccionar, de dar respuesta a lo que ahora acontece en su cabeza. Sabe que no es normal y trata de tranquilizarse, pero ese olor a perro mojado y a azufre definitivamente lo acobarda. Y arruchándose debajo de las cobijas, pero sin mirar atrás, trata de pasar ese momento tan desesperante y piensa que jamás hará ese pacto porque no le venderá su alma, por más deseos que tenga de venganza. Como si se estuvieran comunicando con pensamiento o telepáticamente, le llega la información a su mente.

“¿No quieres ahora que estoy acá para complacerte? ¿Tú crees que podrás estar aquí y salir cuando se te dé la gana? Hoy te salvas de mí porque tú no has cometido ningún pecado, solo has pensado y deseado, y como

lo hiciste con fe por eso estoy aquí, pero no me puedo llevar tu alma. Si sigues sintiendo eso en tu corazón, vendré corriendo por ti y te llevaré estés con quien estés”.

Juan Manuel siente que alguien o algo sale de la celda. El ambiente normal vuelve lentamente. Su cuerpo se recupera y sus latidos regresan a la normalidad, pero no se atreve a mirar para atrás. Acostado ahí, y paralizado, trata de darle explicación a lo que todo su ser acaba de sentir. Pasan varias horas hasta que el sueño lo domina, pero antes lentamente destapa su cabeza y lo atemoriza el olor a perro mojado y a azufre. Y se vuelve a cubrir, quedándose quieto para que llegue pronto el sueño.

Al otro día lo despierta el ruido de los guardias abriendo todas las celdas. El convicto, al escuchar a los compañeros hablar y al ver la luz del pasillo, se llena de valor y mira por primera vez para atrás sin ver nada. Se queda bocarriba y se destapa por completo, se mete en la cabeza lo que supuestamente le sucedió la noche anterior o lo que creyó escuchar; se convence de que tal vez lo había visto en una película o en un documental y se le había quedado en el subconsciente, y debido a la soledad de la celda fue fácil proyectar eso en su mente. Piensa que debe cambiar su forma de pensar y volverse a acercar al Todopoderoso. Sintió como si le hubieran dado una segunda oportunidad, su optimismo subió mucho.

Después se levantó, prendió la luz y puso a hacer café, como de costumbre; de pronto llegó su compañero de al lado, lo saludó y le pidió café, como todos los días, pero cuando entró a la celda hizo un gesto desagradable.

—¿Y por qué esa cara? —le pregunta Juan Manuel.

—Porque su celda huele hoy a perro mojado y azufre —le contesta.

Aunque la realidad esté lejos, a veces al final los hechos no le dan cabida a la duda.

EL PEZ DEL BANQUETE

Andrés Felipe Osma Ríos



En un lugar del río Vaupés, en medio de la selva, había un pequeño caserío de los nativos de la zona. En una tarde de verano, un pescador, aburrido del río y con escasez, decidió poner una trampa en una laguna cercana; la trampa, de tipo artesanal, permitía que los peces entraran pero les impedía salir. A la mañana siguiente, con el alba, aquel pescador se dirige a la laguna. Pero a medida que se acercaba a la laguna sus dudas se transformaron en intriga, pues empezaba a escuchar a un niño pidiendo ayuda. Para su sorpresa, al llegar al lugar de donde procedían los gritos de auxilio se encontró con un gran pez de aspecto dorado que le pidió al pescador que lo liberara, y le prometió que si lo hacía la abundancia nunca abandonaría su comunidad.

El hombre, incrédulo, lo llevó hasta el lugar más central del caserío, donde explicó a los demás lo que sucedió en la laguna con el pescado que traía. Sus compañeros pensaron que se trataba de un juego del pescador e hicieron un gran festín, pero ni el pescador ni su familia comieron de ese banquete; más tarde, antes de la medianoche, el hombre se despertó sediento, y después de haber calmado su sed con un vaso de agua, lo invadieron una profunda intranquilidad y deseos de salir de allí. Entonces tomó a su familia, su perro y las pocas cosas que tenía, y se embarcaron en un potrillo⁷ por las orillas del río.

Aquella noche el pescador sintió la necesidad de permanecer por fuera del caserío, y cuando estuvo por fin lejos, pudo ver cómo la comunidad que se burló del relato del hombre y comió las carnes de ese pescado, poco a poco era consumida como un mal silencioso: el nivel del río comenzó a subir y las orillas iban desapareciendo, hasta que aquella comunidad fue

7. Nota del editor: El potrillo es un tipo de embarcación a remo, de madera y panda, que usan casi todas las comunidades indígenas de la Amazonia y la Orinoquia.

devorada por el caudal y profundidad del Vaupés. El pescador y su familia se salvaron por no haber comido del banquete.

Desde entonces, la historia se transmitió entre los navegantes de la zona, quienes con respeto y valentía cruzan por aquel sitio, por el cual no se puede parpadear. Relatos han surgido de la magia del lugar, donde deben disminuir su velocidad, como símbolo de cautela, pues allí varias embarcaciones han naufragado por la incredulidad de quienes las manejan.

EL PROFESOR DE MATEMÁTICAS

Isai C. Antolínez Vera



Al comenzar el quinto grado, todos temían al profesor de matemáticas. Se llamaba Luis Torres, y era muy estricto en su materia.

Terminó la mañana, luego la tarde y llegó el nuevo día en que íbamos a conocer al profesor. Llegó imponente, como si fuera el dueño de todo en esas dos horas que por obligación tocaba estar con él. Lo más trágico son las dos horas de tortura, así sería el destino de trágico con todos nosotros. En el momento más inesperado sucedió lo que esperábamos. La primera víctima del profesor de matemáticas fue un muchacho que cayó en las garras del profesor por un error que cometió al resolver un problema. Yo sentía que el corazón se me quería salir y los nervios no dejaban de atacarme. El profesor dijo sus reglas del juego: dijo que la disciplina era todo, la presentación personal y la del cuaderno, en el cual le gustaba que utilizáramos colores. Yo siempre estaba alerta en esas clases de matemáticas con el profesor Luis Torres. Nunca caí en sus garras tan trágicamente como mis otros compañeros, pues me enseñó a estar atento y a ser disciplinado. Al final, me enseñó a hacer mi carácter y a no bajar la guardia ante las dificultades de la vida.

Gracias, profesor Luis Torres.

LOS PASOS DE MI VIDA, MI REVIVIR

William Bocía Rincón



Recordando cómo crecí, entendí poco a poco y en mi edad juvenil, que seguía compartiendo las cosas de la vida con esa gran amiga de siempre, la soledad, cómplice fiel de mis andanzas. Desde las pícaras travesías de dos guerreros inseparables que cruzaban batallas, creadas por nuestras mentes para poder ahorrar espacio, hasta la cotidiana y lenta vida que llevábamos. Velero incansable que tenía como estrategia cambiar nuestro bienestar, para no dejar nunca que nuestros sueños fueran derrotados ni interrumpidos, con el fin de encontrarnos en un futuro lejano para recordar orgulloosamente los logros conseguidos. Fue así como decidí partir, buscando un nuevo horizonte y una mejor vida. Me alejé con un mundo de ilusiones, esperando el momento preciso para sacar de esa bolsa mágica todos los deseos de triunfar, con la certeza de poder verme pronto con mi amiga la soledad para compartir ahora la realidad que en nuestra mente fueron las fantasías de aquellos días felices.

Pero el tiempo pasó y cada día fui cometiendo más errores. Entonces empecé a sentirme frustrado y vagamundo, temeroso de tropezar con cierta gente que siempre se reía de mis fantasías, desilusionado sobre todo de ver a cientos de personas cumpliendo sus aspiraciones, y yo estancado en el sueño de mis ilusiones, en ese mismo peldaño, fatigado, cansado y sin ninguna esperanza. Entonces me refugié en mi olvido, siendo las penumbras y la oscuridad de mi mente mis invitados especiales.

Me aparté de todo, incluso del amor, que era la mayor causa de mi desgracia, y no culpé a nadie personalmente de mi fracaso y derrota. Y no

lo hice por orgullo, sino porque reconocí que estamos adiestrados para soportar nuestro destino, el que nos espera al cruzar la esquina.

Error imperdonable, sabiendo lo importante que era mantenerme en contacto con la humanidad y la familia. Los aparté, buscando dentro de mí esa compañera inseparable, la soledad. Y volver a la soledad para cerrar un cielo sin luna y sin sol. Porque nuestro terruño es solitario, porque tanto la vida como la muerte uno las vive solo. Porque cuando llega la ausencia hay que enfrentarla solo, y comprendí en mi destierro que tal vez el estado natural del hombre es su propia soledad.

En ese mundo ermitaño, que atropella mi vida, me levanto y me observo en un espejo muy detenidamente, vislumbro esa vieja figura como nunca antes la había detallado, la analizo profundamente y descubro que en ese reflejo que se proyecta hay un hombre cansado, con la ilusión perdida. En ese momento aprecio más que nunca que ese rostro ha cambiado bastante, como si se hubiera trasladado a un futuro desconocido; entonces me pregunto: ¿será que a veces, cuando estoy triste, suelo recordar los momentos tan felices que viví cuándo era niño? ¿Será que por eso tengo un trauma con mi presente o será que al final de mi vida estaré destinado a terminar solo y derrotado? Pero eran esas cosas que yo amaba, esos placeres extraños que yo vivía, pero que no entendía porque pasaban inesperadamente sobre mi historia, dando languidez a mi existencia.

Hubo un momento en que todo acabó; el fuego, el frío y la soledad entraron tan fuerte a mí que se apoderaron de todo mi cuerpo. Ya no disfrutaba el silencio, sino que le tenía pavor. Llegué a darme cuenta de que mi ser nunca más supo lo que era vivir; ahora permanezco enajenado, viviendo un destino y deseando encontrar una dimensión desconocida; he perdido vitalidad, esperanza y cordura. En estos instantes no sé quién soy ni a dónde voy, mis seres queridos me han olvidado y todo en mí quedó desorientado. Aprendí a vivir como las rosas, mostrando su esplendor y en el fondo ocultando sus espinas ponzoñosas, pero sé que esta forma de existir me causa más problemas.

En mis años de prisión cesa para mí un recuerdo, pero no un recuerdo que me atormenta, sino que me sostiene como un rayo de luz que me dará una esperanza para una nueva vida. En estos días de tanto dolor aprendí que el sufrimiento no destruye en absoluto el espíritu humano y es posible transformar el aislamiento en una sociedad creativa.

NARIÑO

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE TUMACO



ALFREDO VANÍN ROMERO
DIRECTOR DE TALLER

ESTA HISTORIA

Dalmiro Klinger



No sé qué está pasando con esta persona que por todo me pone traba, sabiendo que lo nuestro lo debemos tener en secreto. Pero a toda hora quiere hacerse notar y me da cólera. Le llamo la atención y se enoja con frecuencia, por lo que estoy que tiro a la basura a 2.920. Pero luego pienso en todo este tiempo hermoso y recapacito y digo que seguiré peleando por esta relación, porque en este momento es cuando uno aprecia una buena compañía. Me mantengo pensativo por lo que pueda pasar cuando la 11.680 se dé por enterada de esta relación.

Y es que a veces me calmo y me pongo a pensar en mi relación con la 11.680 que tengo en casa. No sería capaz de botar por la borda tanto tiempo de felicidad, tristeza, angustia, pesares, alegrías, enfermedades... Pero si eso llegara a pasar, me tocaría tomar una decisión que no dudaría para nada porque 11.680 trajo cosas muy hermosas a mi vida. Por lo tanto, no se puede comparar lo que se puede vivir en tantos días de lucha y penumbra para conservar estos hermosos días... No habría mucho que pensar, porque la diferencia entre ambos amores es muy grande.

Pienso que finalmente haría lo siguiente, con todo el dolor del alma y con la tristeza más grande de mi corazón: daría por terminada una de las dos relaciones. ¡Espero que esto no llegue a suceder! No puedo dormir pensando en lo que ocurriría el día que eso estalle, no sé qué sería de mí, porque esto empezó el 29 de marzo a las 3:25, un día viernes, y desde ese entonces no encuentro tranquilidad en mi entorno cuando le toca a la 2.920. Yo no estoy tranquilo hasta que son las 12:30 del día; a esa hora descanso un poco porque pienso en alguna "vidajena" que vaya con el chisme a la 11.680. Pero cuando le toca a ella yo estoy más tranquilo, aunque no dejo de pensar que algún imprudente salga con cualquier cosa. Por eso trato al máximo de estar en mi celda, porque yo quiero mucho a esa 11.680.

Yo sé que estoy jugando con candela y que algún día me puedo quemar, porque el diablo tapa tapa hasta que por fin destapa... Pero ahora mismo tengo muy claro qué hacer; sé que tengo que coger el sartén por el mango. Si me toca suplicarle a la 11.680, y si me toca casarme para que me perdone, lo hago, pero mi relación debe seguir porque yo amo a esa 11.680. Si a la 2.990 toca hacerla a un lado, lo hago. ¡Son 8.870 días de diferencia entre ambos amores!

DÍAS AMARGOS

Gerardo Quiñones



En la rutina de la vida conocí a una mujer que me sacó de los caminos del alcohol. Esa mujer hizo que mi vida cambiara demasiado. Conviví con ella, nos juntamos, conocí a su familia, compartimos mucho tiempo. Yo hacía muchos trabajos para darle mejor vida, y a menudo tomaba decisiones erradas. Pasaron días hermosos. Pero empezó la indiferencia.

Un día nos separamos. Me fui a mi pueblo natal, donde empecé a trabajar como chofer de una camioneta. Me iba bien. Con los días, trataba de acostumbrarme a estar sin ella, con la convicción de que no volvería a tener otro fracaso. Los viajes iban y venían, levantaba bastantes pasajeros y eso llenaba de envidia a mis colegas.

En alguna ocasión me llamaron para un viaje en la ruta Barbacoas-Pasto. Yo iba preocupado, no sabía por qué. Incluso ya no pensaba mucho en ella. En un retén nos detuvo el Ejército y me pidieron revisar el vehículo. Todos bajamos. Requisaron el vehículo y nos requisaron a nosotros, con maletas y todo. Al rato apareció un oficial y me preguntó que si había visto algo raro. Yo le respondí que no. Él dijo que encontraron un revólver con munición en la parte de atrás de mi asiento. Alegué que era imposible, porque yo no porto armas. Nadie aceptó ser el dueño del arma.

Eran las 11 y 23 cuando nos leyeron los derechos. Se me vino a la cabeza el recuerdo de la separación, hacía tres meses. Me acordé de mi madre, que había prometido saludarme el día de mi cumpleaños. La cárcel me atrapó como si no bastara el sufrimiento que entonces estaba padeciendo. Mi madre venía a verme y les rogaba a los otros detenidos que dijeran la verdad, pero nadie decía nada.

Ahora estoy angustiado porque estoy preso sin que nada se me haya comprobado. No soy una persona de mala fe y no sé cuándo saldré libre. El coronel que ordenó la requisa no se presentó a las declaratorias, alegando

que anda de comisión. Ahora supe que algunos compañeros de trabajo se prestaron para hacerme daño, porque yo conseguía más viajes que ellos siempre.

Por ahora, solo me alegra que la última audiencia fue el 11 de julio. No permitieron que mi madre estuviera en la audiencia, pero alcanzó a saludarme de lejos. Miré alrededor, a ver si de pronto aparecía también ella, la mujer que me había ayudado a salir de los malos rumbos del alcohol y que había terminado conmigo sin que yo supiera por qué. No apareció por ninguna parte. Mi madre sabía que yo era inocente. Por eso, con lágrimas en los ojos, mientras yo subía al camión del Inpec, me gritó conmovida: “¡Feliz cumpleaños, hijo!”.

Ahora sé, por cosas que averiguó mi madre, que estoy vivo de milagro. Si no me hubiera separado de mi mujer, no me habría ocurrido esto. Y si no me hubieran detenido, estaría muerto, porque eso era lo que querían mis falsos amigos. Es una experiencia más en esta vida. Estoy leyendo mucho y escribiendo para salir con una historia cuando al fin abandone estas rejas.

EL RESCATE

Gonzalo Meza



El hombre estaba parado a un lado del puente sobre el ancho estero. A lo lejos se veían el mar y parte de la pequeña ciudad que crecía y crecía. Alguien pasó y lo saludó con el nombre de Reinaldo. Reinaldo Castillo, se llamaba. Él devolvió el saludo y se preguntó qué diablos hacía allí si él nunca se paraba en ese puente desde que habían empezado a morir o a emigrar sus antiguos compañeros de trabajo en el aserradero. Caminaría hasta su casa y se quedaría allí hasta el almuerzo con su mujer y una hija que ya le había dado un nieto.

De pronto se fijó en un grupo de muchachos que nadaban velozmente hacia el otro extremo del puente, mientras atrás quedaba otro que aparentemente estaba cansado y parecía que iba a ahogarse. El hombre comenzó a gritarles a los compañeritos del joven en problemas, pero con el chapoteo del agua que hacían los nadadores, nadie lo escuchaba. Se acordó de su nieto de cinco años, bautizado con un nombre que no pudo recordar en ese momento. Sin pensarlo dos veces, el hombre se quitó la camisa y los viejos zapatos y bajó hasta la orilla para ir al rescate del muchacho. Como no era tan profundo, no tendría problemas. Pero en ese momento sus pies ya no tocaron el fondo pantanoso y sintió que se lo llevaba el diablo. Alcanzó a chapotear un poco, y cuando recordó que él nunca había aprendido a nadar, ya el niño que él pretendía rescatar lo había visto y lo tenía agarrado de la camisa y lo llevaba a tierra, mientras llamaba a gritos a los demás para que vinieran a ayudarlo.

ÁRBOL MARCHITO

Glicerio Bravo



Aún recuerdo aquel árbol que estaba todo marchito,
Después fue creciendo poquito a poquito.
Así fue como tú llegaste a mi vida,
Adornando el paso de aquella oveja perdida.

Mi corazón estaba solo cuando llegaste
Y le diste el aliento que necesitaba.
Y ese árbol era yo que estaba marchito,
Por ti fue creciendo poquito a poquito.

Para qué quiero otro amor si ya te tengo a mi lado,
Si ha llegado a mi vida lo que siempre anhelaba.
Yo no quiero morir si te tengo a mi lado.
Eres tú la vida que el cielo me ha enviado.

QUINDÍO

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE CALARCÁ



DUVÁN DARÍO CANO
DIRECTOR DE TALLER

DE LA TRANQUILIDAD AL INFIERNO

Ruber Mera Quiñones



Año 1985: en aquellos tiempos donde todo era lleno de tranquilidad y armonía, de repente se cambió el silbido de los pájaros por el silbido de las balas y llantos. Me encontraba en mi vereda, cursaba quinto grado de primaria. Recuerdo tanto las palabras de mi profesora un lunes. Nos dijo:

—Hijos míos, muchachos, díganles a sus familias y no lo olviden ustedes: cuando salgan al pueblo, procuren no meterse en ningún negocio que les ofrezcan de plata. Se escuchan rumores de que va a entrar mucha plata fácil, pero después terminan en muertes... Cuídense mucho y no pierdan la visión de seguir estudiando y ser grandes profesionales.

En 1987 se cumplió lo que la maestra nos dijo: se dispararon el negocio y el precio de la coca, y se incrementaron los cultivos de coca. Comenzaron la tragedia, la muerte y la desesperación.

Para ese entonces alias Culebra y el Diablo, dos amigos inseparables y con mucha ambición, consiguieron una línea de tráfico de coca en Medellín, decían que con Pablo. Empezó a entrar plata por montones y se tomaron la zona. El pueblo se llenó de carros lujosos, motos, armas, discotecas en cada esquina del pueblo y a vender bazuco. Por todo lado comenzó la descomposición social: niños, jóvenes patrones, mujeres, maestros, todos a fumar bazuco. En cada mesa de las discotecas había de esta sustancia, y a tomar alcohol hasta por los ojos. Las parrandas comenzaban el jueves y terminaban el lunes.

Como en todo negocio, siempre es uno solo el que quiere el poder y el dinero. Empezaron las masacres entre ellos mismos. Cada ocho días había tres, cinco y hasta más muertos en las esquinas. La disputa por el

territorio entre la Calavera y el Diablo era horrorosa, hasta que murió el Diablo y quedó Calavera.

Calavera era un hombre acuerpado, alto, usaba sombrero. Tenía bigote y barba larga, y como era del campo, no le faltaban su caballo y su tabaquera. Andaba con su cinturón de tiros entrecruzados y su 38 que colgaba de un lado. Seguía matando por nada, y toda mujer que le gustaba tenía que ser de él por dinero, o si no, le ponía el 38 en la cabeza, así fuera la mujer del más rico. Se hacía lo que él dijera. La gente, ya cansada de Calavera, lo intentaban matar, ofrecían mucha plata, llevaban sicarios y no lo podían matar. Según decían, él estaba curado y no le entraba la bala, y a todo al que lo intentara matar él lo mataba primero. Tenía una puntería muy precisa; pasaba un tiro por el pico de una botella en las apuestas que hacían.

Mató tanta gente en el pueblo, que si les hubieran puesto cruces, el pueblo parecería un cementerio. Cuando relinchaba su caballo y raspaba con sus manos, era seguro que donde estaba Calavera había matado a alguien o lo habían intentado matar a él. Solía salir de las cantinas echando bala por todos lados. Montaba su caballo de un salto.

Cierto día que iba para mi casa, Calavera me alcanzó en la cabecera y me dijo:

—Súbase al anca que voy para su casa en busca de Juancito, su cuñado.

—Bueno, señor —le respondí.

Me entró la curiosidad de preguntarle si él era rezado o por qué no lo podían matar. Se alzó un poco la manga de la camisa de su mano izquierda. Tenía un amuleto rezado, luego le sacó los tiros al 38 y me lo pasó.

—Cuenta las rayas; cada una de ellas es un muerto en el pueblo.

Alancé a contar 250, ya que íbamos a llegar a la casa y me pidió el revólver de nuevo. Ahí lo estaba esperando Juancito en otro caballo y se fueron para otro pueblo.

Calavera era criado de un sacerdote que, según él, lo había sacado del pueblo para que no le pasara nada, pero cansado de todo lo que hacía su criado, el mismo sacerdote le rezó las balas para que lo mataran y murió Calavera. Poco a poco, el pueblo fue recobrando la tranquilidad. Construyeron un colegio y cambiaron de mentalidad a los niños. Hoy es un pueblo de paz, reconocido por ello como ejemplo de Colombia.

NUBES EN EL LAGO

Andrés Fernando Hoyos Arias



La noche era fría, tanto que incluso Hasmil Theywet, uno de los pescadores con más experiencia de la región, sentía que opacaba por completa los inviernos pasados. Hasmil era un anciano al que sus setenta inviernos habían nublado sus verdes ojos y debilitado sus huesos, pero lo más peculiar de esa noche de invierno es que era verano.

Para tomar un poco de calor, ya que las pequeñas olas del lago golpeaban la barca produciendo un pequeño vaivén, el anciano sacó su larga pipa e inhaló con fuerza y de prisa. Degustó un poco, y luego exhaló con lentitud y tranquilidad una gran bocanada de humo blanco, el cual se acentuó más por la temperatura.

La barca era pequeña y acogedora. Era el sustento de la familia. El abuelo la tenía hace ya muchas décadas, y en ella había tenido numerosas aventuras, propias de un pescador. Esta noche la barca era parte de él. En medio del humo y el vaivén de las olas, una voz gutural se escuchó:

—¿En qué lugar me encuentro?

Una nube verde envolvía su bote en medio del lago.

Fue tal el susto que por poco el octogenario de ojos verdes salta del bote, pero la mitad de su pipa en la garganta se lo impidió. Con miedo y recelo, el viejo pescador respondió preguntando:

—¿Quién es usted?

De repente, los movimientos de su pequeña barca se vieron interrumpidos y su soledad fue invadida.

—Amo, es solo un insignificante y patético humano. Su nombre es Theywet.

Se dejó escuchar una voz delicada y pequeña, como el maullido de un gato, con un tono malévolo e inhumano.

—No contestaste mi pregunta —continuó un momento después la voz gutural.

El temor del anciano de ojos verdes fue acompañado por terror y desesperación. Sin pensar en qué hacía, sacó de su bolsa una antorcha de yesca y su pedernal hizo el resto. Su mente no registró el momento, pues la luz de la antorcha inundaba la mezcla de oscuridad con el humo blanco de la pipa y la nube verde que rodeaba el bote, que a su vez sobresalían de la bruma. Cuando examinó su barca vio la pequeña criatura de tez carmesí, cuyos ojos inyectados de odio lo miraban fijamente; sobre su ceja derecha salía un cuerno, mientras que la izquierda solo eran astillas. Su cuerpo era delgado, solo tenía pelos en sus cejas, que eran como una noche sin luna. Sus largas manos y extensos dedos terminaban en uñas como garfios, al igual que sus piernas. Su cola era delicada y mucho más larga que su cuerpo, la cual culminaba en un brillo de metal cortante. Toda esta criatura no era mayor que el puño de Hasmil.

—¿No escuchaste, amigo? Contéstale a mi señor.

Solo en ese momento fue cuando el viejo pescador volvió en sí, cuando la delicada voz del pequeño diablillo chilló muy cerca, acompañada por un corte de su cola en la mejilla izquierda, y los ojos verdes de la criatura se acercaban a su cara.

—Lago, espejo gris —dijo el viejo mientras se alejaba del diablillo y tocaba la sangre en su mejilla—. ¿Quién eres? —inquirió de nuevo Hasmil.

—¿Sabes, humano? Ahora que lo pienso, tienes mucho que darnos; creo que mi amo tiene razón —enfaticó Mitual mientras se sentaba sobre el hombro derecho de Hasmil.

—¡Ah! Aléjese de mí. ¿Qué seres son? ¿Quiénes son ustedes? —gritó el anciano mientras intentaba quitarse al diablillo del hombro, sin lograrlo.

—Deja de floriquear, humano —dijo Mitual mientras chasqueaba sus dedos, y en respuesta, el pescador solo pudo mover sus ojos—. ¿Vas a escucharme, o quieres que me divierta contigo?

El abuelo solo pudo observar, mientras el diablillo levitaba frente a él.

—Perfecto, mi viejo y patético amigo —exclamó Mitual—. Sígueme.

El diablillo levitaba hacia el bosque y el anciano levitaba tras él, como si una sogla lo llevara en lastre.

—Mi nombre es Mitual y tú me perteneces, pero no tienes nada que temer; como dijo mi amo en su poderosa visión, tú nos serás útil en algún momento, pero no como te encuentras ahora.

Llegaron a un claro en el bosque. Mitual miró a un lado y a otro y una sonrisa retorcida se dejó ver en sus labios.

—Este es el lugar perfecto para cambiar lo que eres por algo mucho más útil...

Hasmil solo pudo ver cómo Mitual movía sus manos rápidamente y pronunciaba una lengua desconocida. Todo a su alrededor empezó a cambiar: las sombras se movían, la luna desapareció, pero el anciano pensaba en su familia, en sus hijos, su esposa, su vida, mientras las lágrimas nublaban sus ojos verdes. Todo se fue olvidando en su mente, mientras la nube y el humo blanco de su pipa lo envolvieron; todo se volvía oscuro y frío.

El diablillo miró con desprecio y asco al anciano.

—No eres digno de saberlo, solo eres un viejo y patético humano. Amo, ¿cómo puedo divertirme con él? Es solo un humano —preguntó el diablillo, con su minúscula voz llena de odio hacia el pescador.

—Déjalo, Mitual, puede que nos sea de utilidad —dijo la voz gutural dentro de la cabeza del viejo pescador.

—Hasmil, ¿en qué época estamos? —preguntó la voz ronca de manera serena pero con poder en ella, de tal manera que de los ojos de Hasmil brotaron lágrimas.

—Esta es la época de la hermandad entre los imperios, donde el crecimiento de la humanidad está en todas partes —respondió el anciano, mientras sus verdes ojos lloraban, sin entender sus propias palabras y conocimiento.

—Ya veo. Creo que he pasado mucho más tiempo de lo necesario en mi exilio —expresó con odio la voz gutural.

De repente, el anciano sintió como si su cuerpo se levantara del bote; tanto el humo como la nube lo rodearon, siguiéndolo hasta la orilla, donde lo tiraron sobre el lodo de la playa. Mientras se levantaba y salía lodo de su boca, preguntó con miedo en su voz:

—¿Qué quieren de mí? Solo soy un viejo pescador, no tengo nada.

—Mitual, te dejaré a cargo. Ya sabes, con el humano tienes lo suficiente para poner todo a mis pies. No me defraudes —dijo la oscura voz, y cayó el silencio como si la vida no existiera.

SUEÑO CON ALAS

Jhon Jairo Guzmán



Siendo muy chico, un niño, aún vivía en el campo. En las noches me gustaba contemplar el firmamento, contar las estrellas y alguna que otra fugaz.

Un día algo ocurrió, aún no encuentro explicación. De repente, volé por los aires como un pajarito libre. Me sentí tan libre y tan lleno de alegría que hoy, después de muchos años, no sé si fue un sueño o fue la realidad. No importa, estoy seguro de que volé, porque los zapatos que me quité para poder volar tuve que buscarlos al otro día para poder volar.

RISARALDA

ESTABLECIMIENTO PENITENCIARIO DE MEDIANA
SEGURIDAD Y CARCELARIO DE SANTA ROSA DE CABAL



DUVÁN DARÍO CANO
DIRECTOR DE TALLER

CUENTO AL REVÉS

Nolberto Arango Arango



Era un trabajador que administraba caballos. Un día, un caballo se enfermó de la panza y el trabajador le informó al patrón, pero este le dijo que lo dejara así; sin embargo, el trabajador no lo obedeció, se lo llevó para la pesebrera y comenzó a sacarle la lengua. Justo en ese mismo instante llegó el patrón, y al verlo, le preguntó qué estaba haciendo. El trabajador le dijo: “Le estoy sacando la lengua para voltearlo al revés y poder lavarle la panza y las tripas”.

EN AMORES

Reinerio Villegas Gallego



EN AMORES

Me enamoré de ti por tu sonido, tú te enamoraste de mí por la voz.
No eres nada sin mí, sin ti no soy nada.
Cuando voy por las calles contigo, todo el mundo me invita a las tabernas
Para oír tu sonido y escuchar mi voz.
Me gusta salir contigo porque se enamoran de ti, porque todo lo bonito vale.
Un violín se enamoró de ti y una bailarina se enamoró de mí.
No me apego a lo material y me apego a ti porque eres de carne y hueso
y soy inteligente.
Admiro todo el que se respeta, y cuanto te toco me das mucha felicidad, y
al sentir mis Manos te estremeces.
Cuando yo escucho tu sonido, tú escuchas mi voz.
Te compongo esta canción. Yo me enamoré de tu sonido y tú de mi voz.
Te dedico esta canción, amor sin fronteras.

LUNA

Tú, Luna, tanto que yo te conquisto,
Pero tú me tiras las piedras.
Eres como las estrellas más brillantes, más que el Sol,
Pero yo contigo estrellita me quedo.
Tú no eres transparente porque Dios te creó,
Por eso los hombres te admiramos,
Porque Dios te creó.
Eres como nuestros corazones
Que desde el cielo admiro.

LA CÁRCEL

Alexis Fernando Rojas Sandoval



No sé cómo llamarla, si es una ciudad o un pueblo, no sé.
Un sitio donde se sufre, se goza o se lloran lágrimas de tristeza al saber
Que afuera está la familia, quienes esperan con los brazos abiertos.
La cárcel es un sitio... no sé cómo llamarlo, un sitio de locos, sabios,
inteligentes.
No sé cómo explicarlo. Unos cantan, otros lloran, ríen o juegan.
Que me perdonen por todo lo que escribo y digo aquí en estas palabras. No
sé si mis cosas sean interesantes o quizás sea otro demente más. Solo son-
río y pienso, cuando escribo estas letras, que la cárcel es un sitio muy duro.

SANTANDER

RECLUSIÓN DE MUJERES DE BUCARAMANGA



JESÚS ANTONIO ÁLVAREZ
DIRECTOR DE TALLER

EL GATO

Mónica Johana Londoño



Gato: así lo apodaban. Era un hombre joven, atlético, de ojos claros. Un hombre fuerte.

Después de cinco años, lo volví a ver. La verdad, el tiempo le ha sentado muy bien. Se ve aun más atractivo que cuando lo conocí. Yo, con el tiempo, me volví a los caminos de Dios y ahora sirvo en una iglesia. Justamente en unos viajes misioneros con los pastores de la congregación, mientras esperábamos transporte, un motociclista que llevaba la ruta del pueblo nos informó que iba a recibir a unos familiares, pues era diciembre y venían a pasar unas vacaciones.

La moto del hermano apareció de nuevo, pero manejada por un joven que, al verme fijamente a los ojos, me hizo vibrar el cuerpo. Me confundí tanto que se notó. El chofer y su copiloto pararon para hablar con el pastor. Entonces, el muchacho de la moto me llamó con una seña. Yo no sabía qué hacer, por temor y por respeto; pero la esposa del pastor me alentó y fui hasta donde él estaba. Le di la mano y él me dio un beso en la mejilla. Me preguntó cómo estaba, qué había hecho y cruzamos algunas palabras.

Me preguntó si podía decirme algo. Yo le dije que sí. Entonces me pidió perdón. Confesó que me había hecho sufrir por venganza, porque no lo había querido a él y preferí a mi marido. Él mintió al decirme que estaba con mi hermana, que se había enamorado de ella. Cuando eso sucedió, yo estaba casada; pero, a pesar de ello, tuve una relación con el Gato. Él llegó un día a mi casa, en compañía de mi hermano Vladimir. Trabajaban juntos. Cuando lo vi por primera vez, me pareció un hombre simpático, pero no le presté atención. Mi hermana tampoco se inmutó.

Con los días nos hicimos buenos amigos. Él me mandó saludos con mi hermano, a mí me dio risa y no le presté interés, porque yo amaba ciegamente a mi marido. Un día, mi hermano me convidó a la casa donde

pagaba una habitación con el Gato. Como no teníamos energía eléctrica, él nos dejaba ver televisión. Esa era su excusa para que mi hermano me llevara. Un día, mientras veíamos una película, me sonó el celular. Yo corrí afuera, pues sabía que no podía ser otro que Yeison. Contesté el teléfono y, después de hablar un tiempo bien, comenzamos a pelear. Como ya era costumbre, yo empecé a llorar por las injusticias que él me decía y la forma en que me trataba. Al voltear un poco, me di cuenta de que el Gato estaba a mi lado, escuchando la pelea. Yo me sorprendí, pero él me dio un beso que me dejó atónita. Él me calmó y procuró que siguiera hablando. Busqué la manera y colgué. El Gato me pidió disculpas, diciéndome que por favor lo aceptara, que no era compromiso. “Deje de sufrir por ese man que no la valora. Yo sé lo que es trabajar como soldado. Además, soy un hombre y él no la va a valorar hasta verla prácticamente perdida”.

Acepté al fin y todo se me hizo más llevadero. Vivimos momentos muy agradables. El solo hecho de sentir la adrenalina por el temor de ser descubiertos era una experiencia única. Pero el Gato empezó a sentir celos y, a pesar de decir que él no se enamoraba, comenzó a verse envuelto en un drama. Yo hablé con él y le pedí que termináramos y que fuéramos solo amigos. Él aceptó porque ese había sido el compromiso de los dos cuando empezamos la relación. En esos días le salió trabajo en el campo para construir un internado y se fue. Yo me quedé con mi hijo de tres años, quien ha sido mi fortaleza. Pasados unos quince días, llegó mi hermano de trabajar, pues también estaba trabajando en el internado. Hablamos, compartimos un rato y nos acostamos a dormir. Eran ya como las once o doce de la noche, no estoy segura, cuando llegó el Gato a la casa. Llamó a mi hermano y él no respondió. Yo escuchaba, callada, pensando qué quería. Él decidió llamarme a mí, lo que me dejó fría; respondí rápido para que los vecinos no sospecharan nada. Salí de la habitación y él me estaba esperando sentado en una silla. Inmediatamente, me tomó de la cintura y me sentó en sus piernas, reclamándome por qué no lo amaba si él me amaba. Sin darse cuenta, me dijo: “Me enamoré de ti, ¿qué tiene él que no tenga yo? Déjalo y vámonos los dos”. Yo, con mucho dolor, me negué a sus peticiones, lo cual lo hizo sentir herido y se fue. Al día siguiente, mi hermano me contó que el Gato no tenía vida tranquila. Por eso fingió tener una relación con mi hermana y me hizo sufrir mucho, aunque si lo llamara de una manera, quedamos a mano. Pero, la verdad, nada de eso era justo. Desperdiciamos mucho amor por una aventura.

EL PADRE Y SUS HIJOS

Sonia Estupiñán



Cuando éramos chicos con mis hermanos, en la finca de Catatumbo (Norte de Santander), nuestro padre nos ponía todas las tardes a picar plátano para hacer el sancocho de los marranos.

Una tarde, mis hermanos se fueron a jugar fútbol y se les olvidó el oficio de todos los días. Ellos, muy contentos, jugaban y jugaban. Era muy tarde. Mi padre se dio cuenta de que no habían hecho caso y los encontró jugando. Él los llamó y los llamó, y nada. Al verlos en la cancha, se metió a jugar. Mis hermanos pensaron que mi padre de verdad quería divertirse, por lo que le tiraron la pelota y él la agarró. Después de tenerla en las manos, se vengó. Sacó la macheta de su cintura y les dañó la pelota, porque la cortó por la mitad y ahí sí se las tiró de nuevo.

Todos salimos corriendo, pero no por la pelota, sino para hacer el mandado que nuestro padre nos encargaba todos los días.

LA SERENATA

Luz Marina Ortega Gómez



Todo comenzó con dos amores. Nunca había pensado en esto, pero sucedió. Estaba disgustada con mi marido. Prácticamente vivíamos separados, él en su casa y yo en la mía. Todo el tiempo discutíamos. Éramos muy celosos. Un día, estando sola, conocí a Julio. Un hombre blanco, mono y bello. Nos enamoramos; pero, al igual que a mi esposo, le gustaba tomar mucho. Era torero; me llevaba a sus corridas. Yo vivía con una comadre, en un apartamento que compartíamos con su marido. Un día me disgusté con el torero y volví con mi marido. Nos fuimos a dormir a la casa de mi comadre; pero no sabía que Julio, mi torero, llegaría en la madrugada. El ruido de la serenata nos despertó. Mi comadre salió a chismosear y qué sorpresa se llevó. Mi novio preguntó por mí. Ella le dijo que no estaba, pero él insistía en entrar, aunque ella no lo dejó. Mi marido me preguntaba: “¿Para quién es la serenata?”. Yo le dije que tal vez para mi comadre. Pero el marido de ella apareció y yo no podía cambiar mi historia. Pensaba a qué hora entraría Julio a mi cuarto. ¡Ay, Dios! Yo lloraba para que todo acabara pronto y el torero se fuera. Mi comadre, por fin, lo convenció. Qué descanso. Mi marido preguntaba qué había pasado. “Se cansó y se fue”, respondí. “Mejor acostémonos”. Estábamos trasnochados.

Esa fue su última estocada.

Es difícil no conmoverse con estos textos, pensados y escritos desde las cárceles del país. Cada palabra tiene el sello indeleble de lo verdadero, de lo fundamental. Esta antología de *Fugas de tinta*, al igual que las once antologías que la preceden, está soportada por originales que harían llorar al más guapo, tanto por el tipo de historias que cuentan, como por las condiciones en las que se escribieron. Resulta increíble la cantidad de vida que hay en estas páginas, la cantidad de humanidad existente.

Libertad bajo palabra es un programa diseñado desde la dignidad, para que las personas privadas de la libertad, por los motivos que fueren, tengan un espacio mental y físico para vindicar la imaginación y la memoria. No son pocos los casos en que el solo hecho de poder escribir lo que pasó ha tenido un valor terapéutico: ha sanado heridas, ha servido para comprender mejor la realidad y entender la forma de estar en el mundo. Y es porque la literatura, aparte de un divertimento, puede ser un mecanismo de conocimiento de uno mismo, del entorno y de los demás.

Vale la pena hacer un reconocimiento a José Zuleta Ortiz, porque fue la persona que inventó estos talleres y logró hacerlos extensivos a muchas instituciones carcelarias de Colombia. Obviamente, también vale la pena hacerle un reconocimiento al Ministerio de Cultura, porque este proyecto no sería posible sin su apoyo logístico y económico.

CRISTIAN VALENCIA HURTADO
EDITOR



El futuro
es de todos

Gobierno
de Colombia

INPEC
Instituto Nacional Penitenciario y Carcelario



ISBN: 978-958-753-344-6



9 789587 533446